

Pensando a
Raymond Aron
y la guerra de Clausewitz



Patricio Rivas Herrera

Pensando a Raymond Aron y la guerra de Clausewitz

Patricio Rivas Herrera

Autor

320.12

R618u

Rivas Herrera, Patricio

Pensando a Raymond Aron y la guerra de Clausewitz / Rivas Herrera, Patricio. — 1.^a ed. — Quito: Editorial IAEN, 2021.

197 p.; 15 x 21 cm

ISBN electrónico: 978-9942-29-057-1

1. Ciencias políticas 2. Geopolítica 3. Historia social 4. Pensamiento político
5. Teoría política 6. Guerras 7. Cultura política 8. Historia universal 9. Filosofía política
10. Estudios políticos 11. Aron, Raymond 12. Clausewitz, Carl von. I. Título

Este libro cumplió un proceso de revisión por pares (*peer review*) externo doble ciego.

Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN)

Escuela de Seguridad y Defensa

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua, esq.

Tel.: (593 2) 382 9900

Quito, Ecuador

www.iaen.edu.ec

Información: editorial@iaen.edu.ec

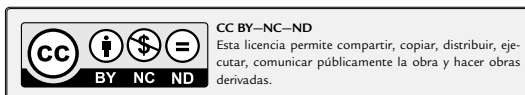
Dirección editorial: Bolívar Lucio Naranjo

Coordinación de arbitraje científico: Javier Monroy Díaz.

Corrección de estilo: David Chocair Herrera

Diseño de portada e interiores: Gabriel Cisneros Venegas

© IAEN, 2021



Índice

Sobre el autor.....	7
Presentación	9
Introducción	15

Capítulo I

1. El ámbito de la política de lo público y la guerra	21
2. El destino	26
3. La saga de la lucidez liberal	35
4. Asuntos inquietantes	37
5. La escritura y sus luchas teóricas	38
6. Raymond Aron y las perspectivas del pensamiento conservador en el siglo XXI	39
7. El observador crítico y comprometido.....	42
8. Aron y Clausewitz	47
9. La guerra y el pensar de Raymond Aron	52
10. La política, el Estado y la guerra	53
11. Las guerras de Aron	94

Capítulo II

1. El mariscal prusiano.....	104
2. Las sugerencias de Aron sobre las nociones de duelo de Clausewitz	113
3. La guerra y el camaleón.....	119
4. Clausewitz y las sugerencias teórico-conceptuales.....	128
5. Los nudos existenciales	132
6. Las imágenes expuestas y sus epistemes	133
7. La mirada más actual de la guerra y la agudeza de Aron	136
8. Primera definición analítica	139
9. Segunda definición analítica.....	140

Post escrito

1. Lo que conmueve.....	147
2. El laboratorio de sus ideas	147
Algunas obras de Raymond Aron.....	193
Referencias bibliográficas	195

Sobre el autor

Patricio Rivas Herrera

Es doctor en Filosofía de la historia, obtuvo el Premio Nacional de Ensayo en Chile. Se ha desempeñado como coordinador general de la División de Cultura del Ministerio de Educación de Chile, coordinador de Cultura del Convenio Andrés Bello y coordinador general de Investigaciones del IAEN. Fue agregado de Cultura de la Embajada de Chile en Ecuador. Es autor de investigaciones, artículos y libros sobre teoría política, geopolítica, epistemología, cultura y universidad, análisis críticos sobre procesos sociales internacionales, además de tener amplios conocimientos en seguridad y defensa. En la actualidad se *desempeña como docente de la Escuela de Seguridad y Defensa del Instituto de Altos Estudios Nacionales.*

Presentación

EL LIBRO *Pensando a Raymond Aron y la guerra de Clausewitz*, escrito por el docente Patricio Rivas y publicado por el Instituto de Altos Estudios Nacionales, la universidad de posgrado del Estado ecuatoriano, nos propone una territorialidad de sugerencias académicas que se desplazan desde el análisis histórico del contexto en el cual se fragua la obra del pensador francés, a la inclusión de elementos de su personalidad y experiencia que convergen en la formulación de las principales ideas de Raymond Aron. Presentar un libro es un ejercicio que invita a dos operaciones intelectuales, primero impele a situar la obra dentro de un campo de análisis específico y, asimismo, exige ubicar el libro como parte de una tradición teórica amplia.

La centralidad de este texto, que se inscribe en la tradición teórica del pensamiento estratégico, la geopolítica y la teoría política, es descubrir a Raymond Aron, escudriñando sus principales postulados sobre las teorías del poder y la guerra. También, se trata de un ejercicio hermenéutico que implica introducirse en el laboratorio del autor, en sus métodos, juegos temáticos, giros y supuestos.

Aron es parte de un espíritu intelectual y ético de singular refinamiento literario y vivencial, integrado por Camus, Malraux, Jean Paul Sartre, Múrice Ponty, Simone de Beauvoir, intelectuales con quienes protagoniza sutiles y agudas polémicas. Largamente influido Wilhelm Dilthey, así como por una lectura de Max Weber abierta y en ocasiones hermenéutica, en la que las ciencias del hombre redimen el estatus flexible del destino histórico y de la falta de determinación fatalista. El sentimiento de asumirse como un observado comprometido proviene de la experiencia de haber vivido en gran parte del siglo xx, uno de los períodos más sorprendentes de la historia de la humanidad, un siglo de extremos, trágico, dominado por guerras y conflictos, pero también de asombrosos avances y transformaciones.

Los giros en esta obra de Patricio Rivas permiten sensibilizarse frente a las opciones de análisis siempre flexibles de Aron y recuperar a uno de los principales teóricos de la guerra, exiguamente consultado en América Latina, porque ha sido asumido de manera simplificada como un intelectual de derecha, quedando por esta razón muchas veces desterrado del campo de las ciencias sociales, lo que ha determinado que algunas de sus tesis que amplían la comprensión de fenómenos contemporáneos se pierda, como es por ejemplo su análisis sobre la guerra de Vietnam que de acuerdo con Aron nació más de una errada caracterización histórica, política y moral de este conflicto por parte de las potencias occidentales, que asumieron que se trataba de una guerra contra el comunismo mundial que de perderse provocaría el denominado efecto dominó. Aron polemiza sobre esta trivialización y nos invita a entender el carácter nacionalista, revolucionario de las fuerzas de Vietnam del Norte, frente a un Gobierno en el Sur, con altos niveles de corrupción y en constante desintegración.

Rivas nos da a conocer mejor a Aron, su visión clausewitziana de la política, de la diplomacia y de la guerra y sus tipificaciones, la importancia de la conducción política de las operaciones militares, aspectos que son especialmente relevantes para una institución de educación superior, como el Instituto de Altos Estudios Nacionales, que asume como una de sus centralidades de formación y estudio las políticas de seguridad, defensa y paz. Raymond Aron es un autor sobrio y distante respecto a las modas intelectuales que fueron una característica del mundo que emerge luego de la Segunda Guerra Mundial, en el que acontece una ebullición de ideas precipitada por el surgimiento de un espíritu de reconstrucción teórica y moral, que busca superar una de las épocas más sangrientas de la humanidad, signada por acontecimientos insondables como fueron los campos de concentración y exterminio.

El realismo de Aron es complejo y alejado del pragmatismo con el cual se suele confundir. Su realismo se tejió en las lecturas de las obras de Maquiavelo y Clausewitz. Aron fue parte de las fuerzas del general De Gaulle. Estuvo en el Londres que resistió el acoso aéreo sin dejar de analizar ese gigantesco duelo histórico que comprometió al conjunto de las civilizaciones. Entendió la república de Vichy como

una suerte de opereta de la derrota, visión que es compartida por todos aquellos que resistieron de diversas formas la ocupación nazi.

El texto que presento provoca lecturas y revisiones tanto de Aron como de los autores con los cuales él se confrontó en su tiempo en amplias contiendas teóricas, valóricas y políticas. Pero singularmente nos incita a pensar la guerra como como un fenómeno que pone en juego categorías y nociones que nos dotan de modelos explicativos de la situación mundial de hoy, de sus geopolíticas, así como de los fenómenos de violencias en curso que se extienden sin pausas a escala mundial. Nociones como iniciativa, defensa, ataque, duelo de fuerzas morales y materiales se inscriben en las actuales elaboraciones de las estrategias de poder y son conceptos frecuentemente utilizados por los grandes bloques de hegemonía.

Desde esta aproximación sus ideas son parte de las teorías políticas recientes. En el Aron que se nos propone irrumpen una síntesis muy densa que conjuga al estudioso de la filosofía política y la historia y al analista de la política internacional, que ilumina desde el ángulo de los riesgos las comprensiones de los nuevos conflictos mundiales, tan trágicos como regresivos. Es posible que los grandes conflictos de poder en el plano mundial retornen con sus afanes y pretensiones luego que se supere la fase más crítica del actual ciclo pandémico. En definitiva, el mundo siempre estará en disputa alejado de la paz kantiana, que Aron considera ética, pero imposible de alcanzar cuando los intereses y liderazgos de grandes potencias controlan las opciones de la paz.

Estas observaciones aluden por lo menos a dos rasgos de las vastas obras de Aron. Por una parte, resalta la voluntad de poder de las grandes fuerzas internacionales y, por otra, advierte la dificultad que tienen estas para calcular los riesgos de lo anterior, la imposibilidad de comprender los efectos y eventualidades de las grandes crisis de los sistemas globales cuando su estabilidad es dislocada como resultado de los errores de las elites y de los sistemas de Gobiernos. Analizar el libro de Rivas es también un ejercicio de reconsideración del liberalismo, de sus fundamentos y acoples con el mundo de la vida, sus potencias y consideraciones sobre el individuo y sus potestades. Aron

no asume las filosofías políticas del individualismo posesivo. Pero resalta la importancia del sujeto.

Las teorías liberales gestadas durante el siglo xx, entre ellas la de Aron, han dado origen a un amplio debate con el Estado de bienestar y el pensamiento crítico, discusiones que son parte de la tradición universitaria e investigativa. Aron conocía y compartía muchas de las premisas denominadas keynesianas que desde diversos ángulos salvaron el sistema mundial capitalista. Pero pone en duda las posibilidades de la planificación central en la Unión Soviética con base en los límites de la razón analítica. Para él la política debe tener como sustrato la vinculación entre prosperidad y derechos individuales, dos términos que hasta hoy continúan siendo parte de las polémicas de los asuntos públicos y de Estado y que en los años de las tensiones entre el Este y el Oeste circularon entre la ciencia y las ideologías.

Consideraciones que adquieren mayor relevancia cuando recordamos que las páginas de Aron fueron hilvanadas en el ininterrumpido ciclo de entreguerras, desde 1920 a 1939 y más aún durante la larga Guerra Fría desde 1946 hasta su muerte, en 1983, tiempos aciagos, pero más aún peligrosos en sus dilemas, complejos en sus composiciones y variables en sus temáticas. Aron tiene la ductilidad de analizar las guerras remotas, la crisis de los misiles que se superó al filo de la tragedia, el conflicto árabe-israelí y la Guerra de Corea. Y si bien no advirtió el derrumbe de la Unión Soviética, dudó de sus capacidades de cambio y de aprender desde sí misma.

En este marco, sus estudios sobre Clausewitz le permitieron localizar la guerra convencional como un campo histórico sustantivo de los órdenes que se han fraguado desde hace siglos, sin asumir una actitud simple del tema bélico. Lo pone en marcos temporales y culturales, resitúa al duelo es un núcleo epistémico explicativo, escarba con un afán casi arqueológico. Si la guerra es la continuación de la política por otros medios, como el pensador prusiano afirma, entonces las ciencias de la política y de la guerra son parte de las decisiones del conflicto en el que el Estado como figura central asume desafíos estratégicos de dirección, cuyos efectos implican los destinos de las naciones y pueblos.

Sabemos que Raymond Aron, que se sitúa en el tormentoso siglo xx, se adscribe al campo liberal y a autores como Maquiavelo, Kant, Tocqueville o Marx. Su penetrante trabajo académico se completó con agudeza, con la artesanía crítica, anclada en la política internacional, por lo que es un agudo observador y un incisivo pensador de las dinámicas políticas. Nada hay que deba ocurrir ineluctablemente en la aventura histórica. Critica las pretensiones científicas del marxismo, pero admira la gigantesca solvencia y originalidad de los trabajos de Marx; en efecto, su monumental análisis sobre este último es una prueba de la sobriedad intelectual de Aron. Pensar y leer a Aron es un esfuerzo original por recuperar su producción intelectual y por abrir el ruedo de las discusiones desde las dudas y las urgencias sociales y de investigación.

Estoy persuadido de que nuestros propios imperativos de desarrollo como región nos impelen y permiten hacer de nuestros dilemas espacios para incorporar al pensamiento universal como componente de nuestras urgencias. El libro sobre Raymond Aron es de esta forma una propuesta de diálogo para ampliar nuestra comprensión del pasado reciente, como un universo por explorar, para volver a pensar y si bien asumimos que la historia no se repite, ello no significa desconocer que las grandes ideas continúan impregnando las voces de hoy.

De esta forma el libro de Patricio Rivas es un aporte singular para el despliegue y actualización de las teorías políticas, geopolítica, tanto en el campo de las investigaciones como en la formación académica de estudiantes de posgrado; y es parte del sistemático esfuerzo de incentivar el desarrollo de publicaciones relevantes de nuestros académicos, que aporten al despliegue cultural, académico y científico del Ecuador.

Dr. Fernando López Parra
Rector del IAEN

Introducción

PODEMOS PERCIBIR QUE, desde fines del siglo XX, la figura y personificación del intelectual como sujeto de la modernidad ha decaído en vinculación con la acelerada delgadez de la significación del mundo de las ideas, del debate argumentado y más delicado, en brazos de la imposición de lógicas funcionales para el impulso de las políticas públicas, la comunicación social y el mundo de la vida y la creatividad, sin el vuelo analítico que la complejidad de nuestra época exige imperativamente.

Esta figura del artesano de las ideas es antigua, creada en el clima del pensador en el mundo helénico y esculpida en la modernidad desde el siglo XVIII como la del intelectual independiente, agudo y muchas veces irónico y peligroso, para quienes se alimentan del saber cómo instrumento de poder, en el que el conocimiento es una relación con la realidad que permite manipularlo sin ninguna otra reflexión sustantiva. El pensador se desplaza en bordes y rincones académicos en los que también es observado, en muchas circunstancias, como un necesario resabio de la *Universita* histórica. Esto resulta de la configuración de los sistemas de educación y comunicación pública, como cadenas productivas más rituales que analíticas; del agobio productivista de la dialéctica comunicativa; del conocimiento, por otra parte, como una mercancía simple y de uso desechable para las cadenas de saber y poder.

Raymond Aron fue una de las personificaciones más densas del intelectual liberal europeo con sus cargas heideggerianas, su rigor del estudio del marxismo, sus juegos históricos con Maquiavelo y su época y sus giros lúdicos con lo contemporáneo en sus ámbitos heroicos y trágicos. También de esa exquisita resonancia antigua del ensayo sugerido por Michel Montaigne como género literario y de saber, en el que refuta la arrogancia que muchas filosofías exhiben más como exuberancias que como originalidad.

Nuestro objetivo en este ensayo es destacar a Raymond Aron como la figura de un intelectual del siglo pasado, que en un vértice del debate cultural político y de ideas como fue París en siglo xx, pensó la guerra, la paz y el realismo analítico en debate con figuras de gran densidad de época como Georges Canguilhem, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Albert Camus o Luis Althusser. Fue combatiente contra los nazis; académico, analista, periodista y, sobre todo, un sujeto que pensó su mundo sin clavijas dogmáticas. Para quienes provenimos de las tradiciones críticas, y deambulamos en los inicios de nuestra formación justamente con quienes Aron se confrontó, Aron será siempre una figura que pone a prueba nuestras analíticas, sus formas y profundidades de referencias en la prolífica tradición de la filosofía política universal.

Raymond Aron forjó una senda intelectual amplia luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, aunque su agudeza fue admirada ya antes por Jean-Paul Sartre y los círculos que ambos frecuentaban desde inicios de la década de 1920 en la Escuela Normal Superior, en una Francia victoriosa de la Primera Guerra Mundial, pero herida en su confianza y proyección. Eran décadas en las que la significación de los sueños revolucionarios se extendía a nivel mundial, y las ideas más densas de la creación académica debían dialogar en acuerdo o debate con esa aura nacida en 1917 en Rusia. Los tormentosos años que abarcan desde 1918 a 1939 lo conmovieron todo. El fascismo italiano y nazismo alemán plantearon un desafío civilizatorio al occidente liberal y al comunismo soviético, que fue el mayor intento de reconfigurar el mundo desde una lógica alineada en las usanzas de propiedad, sangre, Estado y orden productivo. El mundo estuvo en violenta disputa, al borde de muchos riesgos de las racionalidades y derechos más básicos de la noción misma de humanidad en los campos mundiales de las batallas de la Segunda Guerra Mundial.

Aron destaca en sus memorias que la sociología de Durkheim no conmovía al metafísico que aspiraba a ser, pero tampoco al singular lector de Proust que era como un alma que busca entender la sociedad como una gran dramática de los destinos. Sin embargo, le agita Max Weber, este también vive un ciclo aciago de la historia europea y alemana con sus conceptos de racionalidad, líder carismático,

poder, ciencia y artesanía política, lo que le dotaban de pistas para su tiempo y destino. Aron mencionaba que nació en la rue Notre-Dame-des-Champs, en una vivienda de la que no conserva recuerdos, el 14 de marzo del año 1905; eran inicios de siglo y también de las crisis que agitarían los próximos cien años al mundo. Pero tiempos de gran autoconfianza del mundo liberal y sus capacidades de evitar las crisis que habían marcado el siglo XIX, las cuales, como sabemos, serán pequeñas en relación con las que se avecinaban en esas primeras décadas de 1900.

Aron es un hijo del siglo XX, de sus aventuras y desventuras, que por momentos nos recuerda con los abismos de diferencias y opciones la vida de Eric Hobsbawm y, como veremos, de esa pléyade filosófica de los existencialistas que Aron critica, pero lee y estudia. Fue un notable profesor que escribió desde el mundo de la Sorbona y el Colegio de Francia. Pero no se aproximó a la figura pedante del erudito y sus juegos de aula. Se ha insistido en que tuvo alumnos, pero no seguidores o discípulos; tema que lo retrata en su rigor ético. Es magnífico cuando comenta a Marx y desbroza la *Crítica de la razón dialéctica* de Jean-Paul Sartre. Se distanció del ingenuo optimismo de la Tercera República francesa porque ve más lejos y duda del imperio de la razón humana; insiste como en una clave analítica diciendo que la historia es trágica. El caos europeo le alimenta esa originalidad de análisis, estudio y, desde luego, esa relativa soledad intelectual a lo largo de su vida, la cual, en todo caso, no le impidió conocer las instituciones del poder desde adentro y observar sus aciertos.

El Raymond Aron que proponemos en estas páginas es el del pensador estratégico, el estudioso de la guerra por encima de las doctrinas rígidas. El que somete el conflicto bélico al rasero de la historia de la filosofía y del azar de los destinos colectivos. El que regresa recurrentemente a los antiguos tanto como a los primeros modernos como Maquiavelo, a los hechos urgentes de las guerras mundiales de nuestra época y comprende la guerra de Argelia y la de Vietnam como nuevas evidencias de los costos de la falta de comprensión sobre la naturaleza, a la vez específica, de cada una de ellas y de los errores constantes y para intuir sus astucias en la historia de la humanidad. El hermoso libro de Aron dedicado a Clausewitz

se llama *Pensar la guerra*. La analiza desde sus senderos internos, sus decisiones, también de cómo los hombres suelen estar por debajo de sus complejidades cuando estas muestran todas sus potencias. Por ello, la figura trágica y existencialmente amplia del Mariscal prusiano Clausewitz está enfocada en la mirada de Aron como un paradigma de esa complejidad del conflicto por las armas a escala de Estados y civilizaciones.

En tiempos en que algunos creen que pueden escribir sin el debate con varias ideas alternativas en conflicto, con dudas e insinuaciones, buscando entender y no lograr jamás una respuesta unívoca, conviene recordar a los estoicos helénicos, a sus grandes filósofos de la política y la estrategia, a la tradición aristotélica, a Montaigne o Baruch Spinoza y, desde luego, a los poetas que reconocen que esa cosa llamada palabra, oración o estrofa, es un asunto serio como sugerencia y aproximación. Más aún, cuando de lo que se trata refiere a la vida y la muerte colectiva. La filosofía política de Aron no es exhibicionista o vanidosa, se esfuerza en revisar las pisadas de otras épocas y autores que aluden a sus sugerencias. Estos diálogos y revisiones son, en mi opinión, uno de los factores que lo sitúan hasta hoy como vigente para quienes piensan los juegos estratégicos de la política, la guerra y la paz desde los planos más amplios de los intereses sociales y públicos.

Como se ha insistido, Raymond Aron fue un intelectual conservador en su visión de mundo, y liberal en sus ideas políticas; no solo serio y rigurosos como implica la condición de pensador desde hace siglos, sino también agudo y claro en sus divergencias con los campos teóricos y críticos de las diferentes formas de anticapitalismo y movilizaciones radicales. Esto lo situó como un hombre del diálogo y de la discusión pública, a pesar de las virulencias de la academia francesa y de los exabruptos contra él en la polémica pública; pero además de sus propios excesos, cuando deseaba situarse frente a sus detractores públicos. Los excesos no fueron su forma esencial de asistir al debate público, lo fue mucho más la ironía y la lógica.

Sus obras sociológicas, de filosofía política e historia, siguen siendo hasta nuestros días hitos de referencia. En los mundos

universitarios de la región no es frecuentemente estudiado, aunque se denota una cierta búsqueda. En las academias militares y centros estratégicos se le comenta, pero solo en algunos se investiga. Sus varias obras sobre la guerra no están entre los textos de referencias principales, los cuales suelen estar saturados de la tradición sajona más utilitaria y menos ensayística.

En este texto me propuse, como señalé, observar al Raymond Aron que piensa la guerra en sus agudas ideas sobre este fenómeno, especialmente en el Aron que estudia críticamente a Clausewitz. En todo caso, sin pretensiones de ser exhaustivo por límites de espacio, pero también porque la dualidad de Clausewitz y Aron implicaría hacer una ancha revisión del pensamiento denominado estratégico en los dos últimos siglos, lo cual nos alejaría de la centralidad de Aron como pensador, debí resumir el manuscrito original que deberá seguir esperando, y excluí algunos capítulos que me parecieron susceptibles de enunciar como breves contenidos en algunos párrafos. De hecho, solo las citas de toda la obra de Aron que en el original eran consignadas completaban más de setenta páginas. A pesar de esto, creo que este resumen expresa con lealtad mi estudio sobre esta relación fructífera entre Aron y Clausewitz que es el núcleo de este trabajo.

Raymond Aron escribe con tranquilidad, deja la sensación que demora sus palabras buscando la claridad y coherencia. Su formación como pensador fue resultado de varias fuentes, pero la experiencia de vida en una Europa convulsa parece desear el reposo y lo hace desde un sujeto que sabe de las veleidades de la historia, de sus incertidumbres y trampas frente a los seres humanos ávidos de certezas y dogmas. La caída de parte importante de Europa entre 1939 y 1945 constituye un fenómeno que supera las analíticas bélicas e implica complejizar con variables exteriores y múltiples, lo que ocurrió en esos años y las eventualidades que se cocieron a fuego lento y quedaron pendientes como fenómeno histórico de largo alcance, como ocurre con el lanzamiento de dos artefactos nucleares en un Japón ya agotado para realizar una resistencia larga y eficiente. Son estos momentos sugerentes los que examina con tranquilidad Aron en muchas situaciones históricas y teóricas en sus abundantes páginas y variados libros.

Esta obra es el resultado de diversas exposiciones sobre Raymond Aron realizadas en el Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador, universidad de posgrado abocada a la formación de altos funcionarios de Estado en los asuntos públicos. Las notas de estas actividades fueron un aspecto esencial de lo que se desarrolla en estas páginas, pero las alusiones referidas a Clausewitz corresponden también a otros momentos que venimos transitando sobre la relación de poder desde hace varios años, en los que el Mariscal prusiano ha sido un referente de análisis y sugerencia. Fue el denominado *Grupo de Cuernavaca* el que congregó a muchos estudiosos sociales en la década de 1980 en estas agendas teóricas; muchos de sus aportes son solo textos de trabajo. Aún luego de muchos años, mi amistad intelectual con ellos ha sido una permanente motivación para no cesar en el esfuerzo originado desde la más profunda amistad moral e intelectual.

Aprovecho estas líneas finales para reconocer y agradecer el delicado trabajo de revisión de fuentes y edición de la investigadora Claudia Andrea Aguirre, quien, con rigor, revisó los manuscritos y consultó referencias, muchas de ellas difíciles de ubicar. Su apoyo fue fundamental para este escrito, el cual se fue dibujando durante varias secciones de diálogos y conversaciones. Y es que las fuentes primarias de Raymond Aron, así como los debates sobre él, implicaron una suerte de tarea arqueológica al buscar diferentes análisis sobre la obra de nuestro autor en diferentes períodos temporales.

Capítulo I

1. El ámbito de la política de lo público y la guerra

EN EFECTO, SABEMOS que el campo de los conflictos y las guerras son del ámbito del poder y ahí se deben analizar sus lógicas. La relación poder, frecuentemente asumida en el fetichismo de la fuerza como reseña tosca de la vida social, encierra la doble constitución de lo social en diversas épocas y formas, y de la energía de los cuerpos como condición de la acumulación del poder.

El poder, la vida histórica y la guerra constituyen procesos esenciales de los estudios sociales desde sus diversas disciplinas, y un marco indispensable para ubicar los estudios públicos en contextos de mayor valor explicativo y contemporáneo que las lógicas que, en muchas ocasiones, se imponen desde las comprensibles urgencias de Estados y Gobiernos, pero que se consumen en períodos de gobiernos. Esto es así porque lo público, es decir, la gestión de los grandes asuntos del desarrollo, la estabilidad y la calidad estatal y sus programas, operan en situaciones influidas por luchas y consensos nacionales que son orgánicas de la historia interna, tanto como desde los procesos internacionales que delimitan sus posibilidades de mediano plazo. Aunque en relación con esto último hay varias dificultades para reconocerlo con base en que se asume lúbilmente la naturaleza conflictiva de las relaciones históricas —en las que habita la gestión pública— amplias de la humanidad, incluido en los ámbitos de las decisiones estatales. Se puede destacar que el interés en los conflictos, guerras, negociaciones y paz como geografía de lo social, alimentan desde los orígenes de la política la noción de realismo de Estado.

Sin embargo, lo real como fuente ontológica de la conceptualización de realismo nunca ha sido fácil o poco discutible de acuerdo con el corpus con el cual se le alude. El clásico trabajo realizado por Hans Morgenthau denominado *La lucha por el poder y la paz* permite pensar estos dos realismos no antagónicos. Para Aron hay algo no

inmutable pero persistente de la naturaleza de lo político que él resaltará con escepticismo, como son las pasiones de poder, control y riquezas. Esto con pocas alteraciones permanece en el tiempo en el hombre social e histórico. Pero con todo, para Raymond Aron la conceptualización de realismo es mucho más problemática y dinámica en el asunto de la naturaleza humana que para los realistas puros como Hobbes. Es más dinámico, flexible y sujeto a constantes amplitudes, como se podría inferir de las páginas sobre Maquiavelo, Clausewitz, Marx y Tocqueville.

Es muy sofocante pensar que la noción de realidad es de suyo unívoca, simple, evidente, o peor aún indiscutible para Aron, que se evidencia en su debate con Michel Foucault el 8 de mayo de 1967, en un programa de radio llamado *France Culture*. Podría haber formas de realismo moderados —epistemológicos— cuando el asunto en debate no es la larga naturaleza humana, asunto antropológico, sino cuando los acápites refieren a la historia, el poder, la política y a la guerra como veremos más adelante.

La guerra como fenómeno histórico es de los procesos más densos de relaciones variables y sentidos internos. Se le puede analizar desde una aproximación política-cultural y valórica desde los ámbitos tecnológicos y geopolíticos hasta psicosociales. Raymond Aron lo hace en varios libros desde muchos de estos sentidos con una impronta propia. Dos textos, como veremos, aglutinan sus observaciones: *Paz y guerra entre las naciones*, además de decenas de artículos y entrevistas. No se deja acotar en los rasgos tecnológicos e instrumentales de lo bélico, razona desde los sentidos plurales del duelo violento y armado en las ideas y opiniones de un teórico como Clausewitz, pero no para quedarse en él, sino para desde ahí comentar la inmensidad de lo bélico en términos y como pista del análisis de la relación de poder y dominio a escala mundial.

Hoy que regresa la tensión geopolítica, pero ahora en virtud de los impactos del ciclo pandémico como hemos formulado en un texto titulado *Una tormenta en desarrollo*, al tiempo que las luchas hegemónicas se hacen más duras y amplias, la analítica de Aron hace falta para poder repensar desde su sensibilidad, perspectivas solventes de entendimiento y paz entre las naciones.

Pero hay en este tiempo de hoy, el predominio de un tipo esquemático de teorías que parten, por lo menos, de las siguientes premisas. La aceptación escolar de una idea simple de lo concreto, tanto en la paz como en la guerra, entendido esto como lo empírico e inmediato y palpable que expulsa el dinamismo de los hechos a los marcos de la pura probabilidad. Los debates de Aron, especialmente sus ensayos sobre Clausewitz, Marx y Vico, superan con mucho el empirismo y pragmatismo en boga, al tiempo que dan evidencia de que se pueden hacer análisis perdurables con sentido político sin caer en las chaturas de las circunstancias inmediatas, como se ejemplifica en sus producciones respecto a la estrategia de disuasión o las vicisitudes de la noción de guerra total.

Por otra parte, demasiados escritos ahora en circulación parten de que una idea debe servir de manera mecánica para hacer algo, de no ser así se trataría solo de especulaciones. De hacerse dominante está muy exigua actitud de los denominados seres prácticos, nos quedaríamos sin investigaciones, ensayos y capacidades proyectivas, no solo en los campos de las ciencias humanas y sociales, también en las ciencias duras. La guerra está saturada de incertidumbres y azares tanto como de emergencias y giros, eso la hace el fenómeno multivariable por antonomasia.

Por último, y más específicamente, se dice que, tratándose de los conflictos y las guerras, de las rebeliones y temas de seguridad, los modelos de estudios y proyecciones deben estar abocados a lo contingente y posible. Craso error, la mayoría del pensamiento estratégico mundial trabaja sobre eventualidades que pocas veces se verifican e incluso cuando lo hacen, esto ocurre solo de manera parcial. Las dinámicas persistentemente profundas de la historia superan ampliamente muchas hipótesis de análisis. Las relaciones entre teoría y política desde el plano de la guerra nunca fueron lineales en la historia. Hipótesis, ideas e incluso imágenes, influyen de manera abundante en lo que se traduce al final como hipótesis de conflicto, pero luego la realidad distancia aún más las diferencias entre la idea y la facticidad histórica.

Las pobreza de hoy en los planos teóricos corresponden al poco alcance analítico en muchos centros de estudio que prefieren el saber rápido y fácil, abocados a cómo se puede estar y gestar apuntes o resúmenes comprimidos. De esta forma, la milenaria tradición del saber estratégico se pierde y muchos analistas se conforman con muy poco. Leer la producción de Aron nos obliga a revisarlo a él y sus fuentes, entender sus dilemas y más aún desbrozar sus actualidades. Estas formas de analizar la historia y sus giros, las guerras, así como sus intrincadas causas dentro de marcos conceptuales flexibles pero consistentes, ubican a Raymond Aron como uno de los autores necesarios de conocer y desde nuestro tiempo debatir con él. Más aún, cuando se trata de analizar a un autor y temas que se refieren a los más solventes y menos virulentos del pensamiento estratégico de la segunda mitad del siglo xx. Pero también a quienes desde las teorías sociales e históricas elaboran estudios y adelantan hipótesis o simplemente ideas para el debate.

Los autores clásicos que más se introducen en el ámbito del conflicto dejando una huella de referencia desde Sun Tzu hasta nuestros días, suelen trabajar sus palabras con más sobriedad que urgencias, con más medida y llamando por encima de todo a la mirada global. Los que ven en cada día el conflicto último y definitivo están, por lo general, abocados más a la exacerbación que al pensamiento riguroso.

El talante intelectual de los más sobrios estudiosos y dirigentes de confrontaciones importantes se caracteriza, por lo general, por un cierto estoicismo en la reflexión; solo cuando se asume la definición por la violencia se pasa a otro nivel signado por la determinación de victoria, es decir, por la conquista de la paz a través del uso de la fuerza y la voluntad estratégica. Pero también en estas circunstancias las palabras son más cautas que proféticas o exageradas.

Hay una suerte de rasgo distintivo en muchos trabajos sobre los campos de la estrategia, la geopolítica, las prospectivas y los análisis de conflictos, condensados en unas retóricas que suelen ser estrepitosamente extremas en términos del lenguaje y de las perspectivas, pareciendo siempre mirar desde extremos y lugares al borde de algo

trágico o, en todo caso, catastrófico. Desde luego, estas gramáticas tienen una cierta historia proveniente de gran parte del siglo xx, de ciclos en los que se vivieron grandes derrumbes del orden internacional seguido por dos fatales guerras mundiales. También tienen redefiniciones muy agudas de la economía mundial y de sus órdenes políticos que, a su vez, promovieron revoluciones, contrarrevoluciones y estados de excepción y nuevas guerras.

Pero las obras que quedan y marcan sendas de investigaciones no son las más beligerantes, sino las más sobrias y analíticamente medidas, sea cual sea su paradigma y adscripción teórico-metodológica. Se podría adjudicar las diferencias entre el estratega medido frente al pendenciero, a rasgos de personalidad, formaciones culturales o simplemente a motivaciones psicológicas. Algo de esto existe; sin embargo, lo esencial es saber de qué se habla. Es saber combinar el sentimiento adverso a la tragedia humana de la guerra y la singular necesidad de entenderla por encima de las dogmáticas en uso.

Se debe asumir que un conflicto agudo o una guerra no es solo un asunto infausto, sino que este deja heridas por mucho tiempo y siempre fundamenta nuevas crisis. La preminencia de la política sería se sostiene justamente en admitir la guerra como el último recurso. Esta palabra de último recurso es el tema más esencial de las políticas de defensa de los Estados y coaliciones en todos los tiempos, de las políticas internacionales y de los sistemas de alianzas. El uso de la fuerza en un sentido ontológico tiene que ver con la diferencia entre la vida y la muerte; entre el inicio de una empresa sin retorno que impulse a disponer del conjunto total de las fuerzas de manera directa, indirecta o persuasiva hasta obtener la victoria. Esto se evalúa con base en conquistas, muertos, heridos, prisioneros y derrota del contendor. Estos perfiles, desde luego, constituyen también al hombre de Estado, a aquel que ve, por lo general, la política desde un plano de bienestar global de los pueblos y las naciones, que estudia las causas de la guerra en la historia como el evento más trágico que la marca. Pero no la borra del panorama de lo posible, por ello mantiene una atenta cautela; observa en las guerras sus causas, los errores, muchas veces tanto evidentes como evitables que se dan en medio de las pasiones. Incorpora, además de esquemas analíticos, llamados

de atención en torno a que todos los destinos humanos también requieren sabiduría, equilibrio, severidad y mesura para no sucumbir a la ira y la irracionalidad.

2. El destino

Estas páginas con algunas indicaciones sobre Aron resultan de un reconocimiento del hecho que hoy la reconversión de la humanidad en su forma más radical, que no es la de Marx, y la contrarrevolución y el conservadurismo en su formato más integrista, que tampoco es la de Raymond Aron, están impelidas a jugar en la danza de la política mundial y local regulando sus urgencias y pasiones.

El análisis correlacional entre Hegel, Carlos Marx, Alexis Tocqueville, Raymond Aron y Nicolás Maquiavelo, Giambattista Vico, entre muchos otros para analizar desde Clausewitz la guerra, es posible siempre que tengamos presente cuatro condiciones mínimas: 1) la verdad denominada última social e histórica, si es que existe, no ha sido probada y se desplaza con las complejidades de la historia y las crisis de la historia universal, de la guerra y la paz está aún abierta; 2) la historia es reversible e inesperada, en tanto todo progreso civilizatorio puede perderse e incluso ser negado por alguna irracionalidad emergente. Es posible, aunque sea impensable, una guerra generalizada hoy en el mundo; 3) en el mundo habitan todas las ideas, y elegir las mejores es el asunto de la política, pero estas no se comprenden desde sus autoafirmaciones, sino mucho más desde sus capacidades de generar mayor desarrollo humano, es decir desde sus resultados. Por esto, estudiar la guerra implica una episteme crítica; 4) estamos viviendo y transitando por un largo ciclo crítico del conjunto total de la civilización humana, el orden mundial del poder y las hegemonías. La paz es frágil, y en muchos casos hay tendencias a resolver las pugnas entre Estados o bloques mundiales por medio de la fuerza. Estas nociones son solo alusiones a como trabajamos el tema de este libro.

El transitar de Aron se despliega hacia Montesquieu, Tocqueville y da un salto hacia la modernidad analítica a través de Durkheim y Weber. Pero también avanza sobre Pareto y sobre la sociología de la

élite de la Escuela Italiana, que ha sido fundamento de muchos autoritarismos modernos. Como manifestamos en este escrito, Raymond Aron de manera paradójal o por lo menos original con su liberalismo es un conocedor exhaustivo de Marx. Los autores de esta magnitud suelen ser hijos de sus entramados históricos; y no cabe duda que, en este caso, las dos guerras mundiales y el conflicto polar entre Estados Unidos y su potencia alternativa, la Unión Soviética, fuerzan al pensamiento a ir más allá que el sentido común o enciclopédico.

A través de sus vínculos con la Escuela Práctica de Altos Estudios en Francia conoce la producción de Alexandre Koyré, Alexandre Kojév y Eric Weil, amplificando singularmente su visión sobre epistemología, historia y filosofía política de la historia. Quizás aquí radica su capacidad de dudar y con ello de dialogar. Hay una singularidad en este ciclo, que es la de problematizar la objetividad histórica universalista desde el ángulo de sus límites. Nicolás Maquiavelo suele ser la entrada luminosa para repensar una y otra vez la política; el realismo irónico del florentino —Maquiavelo— le viene bien a Aron entre las enseñanzas de la historia y política. Pero se trata, para ambos, de un sentido de la realidad como algo jamás evidente y en todo caso complejo. La brecha que tiene Maquiavelo sobre el pasado en términos de filosofía política le permite a Aron establecer esos momentos de rupturas de continuidades en los tiempos históricos en los que se fundan nuevas premisas, como ocurriría con la Guerra Fría a partir de 1947. Luego de Kant, la significación esencial del realismo es de creer que hay algo cuya existencia y naturaleza son y ocurren con independencia de nuestras percepciones. El fenómeno en sí no logra ser penetrado en todo sus niveles y posibilidades en lo que a estas páginas importa. Luego, los modelos de verdad han alcanzado sofisticaciones múltiples. Pero este concepto es problemático cuando se asigna a la política al considerar la autonomía del campo y la eterna conflictividad de lo político como proceso. El hombre real es constituido y constituyente del fenómeno de conflicto, lo cual conlleva que lo político no se debe analizar sino solo de manera complementaria desde la cultura, la religión, lo artístico, y desde sus propias premisas internas, desde sus efectos estratégicos y sus secuencias de objetivos logrados.

De esta forma, sin caer en el normativismo, se refiere en general en Aron —un realismo— a que los actores políticos tienen propósitos, pero no plenamente controlados por ellos, y se mueven por intereses que se explican en grandes aspiraciones; sin embargo, sus logros son modestos y relativos a la dinámica general de todas las estrategias en pugnas o alianzas. Se trataría de partir de un contexto de límites de posibilidades, de egoísmo y fracasos relativos de las racionalidades. Se infiere así que se debe partir más de lo práctico, verificable y quizás modesto de las estrategias y objetivos. Los grandes propósitos y propuestas pueden sucumbir porque las rutas críticas se difuminan con el tiempo y la amplitud. Es decir, la comunidad política nacional y mundial es del tipo de relaciones de incertidumbre. Relativizar la noción de realidad para profundizar en la de realismo no es un rechazo a la ciencia. No podemos situarnos por fuera de la realidad desde una visión cósmica, es en esa interrelación entre lo fáctico y lo interpretativo que surge la filosofía realista de Raymond Aron, urdida desde la historia, pero no desde el historicismo. Regresaremos en el último apartado sobre esto.

En su libro *El arte de la guerra*, Nicolás Maquiavelo se expresa sobre las virtudes de la vida militar desde una doctrina muy rigurosa de ética moral y formación, ya que desde estos rasgos la “milicia” es una cubierta y techo de la república. El capítulo séptimo de este texto, en un estilo de época, se centra en las capacidades analíticas del mando de la fuerza y el Estado con una imagen de realidad compleja y dinámica, no como algo rígido y unificado. De reflexiones como estas, Aron va urdiendo con mucho sus visiones más agudas y pragmáticas en un sentido analítico al tomar el detalle de los giros tecnológicos que afirma Maquiavelo en cambios de doctrinas.

La intelectualidad francesa, como se sabe, vivió su ciclo de oro en buena parte del siglo xx, con una singularidad sobre otras regiones del planeta como América Latina. Esta pléyade de pensadores, tanto de izquierda como de una culta derecha liberal, mantuvieron frecuentemente contactos, debates, a pesar que la pasión, y en ocasiones las frías distancias, no estuvieron ausentes. La autodescripción recurrente de Aron como un liberal podría llevar a una simplificación de lo que esto implica en su caso. Si bien sus críticas a la Unión Soviética

son de fondo, en su mirada más globalista buscaba singularizar los instrumentos en la política mundial que permitieran un equilibrio de poderes, aunque reconoció que este siempre sería frágil. Cuando alude a las singulares distancias que separan al capitalismo y comunismo realmente existente, se ubica no desde los sistemas de propiedad privados o estatales, sino en otro punto que consiste en que el capitalismo convive en conflicto y en debate público una pluralidad de partidos políticos que compiten por la dirección del Gobierno. Sin embargo, en el caso del comunismo, el régimen es de partido-Estado y se expresa un monopolio irrestricto del control político y de la polémica pública. Pero en ambos encuentra el modelo de sociedad industrial, con lo cual hace primar la política sobre la economía, en términos de hipótesis de trabajo, desde un ángulo poco convencional para el pensamiento liberal de esa época.

Reflexionando desde hoy esto, es relevante que la sociedad industrial clásica que él tiene en mente es la posterior a la Segunda Guerra Mundial. En el siglo XXI, los modelos soviéticos —estalinistas— han sucumbido en virtud del doble evento de centralización y despotismo. A su vez, el capitalismo internacional se aleja de su tradición liberal hacia tipologías políticas de consumos como forma dominante de relación social y control interno en base de nuevos elitismos. En su texto de *El observador comprometido*, se podría decir que hay una sospecha de los cambios enormes que traerá el siglo XXI. Pero siendo poco tendiente a la profecía, se mantiene apegado al ciclo histórico y solo enuncia sugerencias sobre el futuro.

Como señala Aron en su último período de vida, era un observador comprometido; la frase puede ser misteriosa para quienes examinan el acto de observar como distancia y falta de vínculo con lo real histórico. Este no es el caso de él. Si bien los sistemas de gobierno y Estado son los principales protagonistas del devenir colectivo, el rol del hombre en los entramados de cada ciclo de la vida colectiva suele adquirir en los instantes una mayor densidad y tensión, una significación fundamental. Podríamos señalar que, para él, un buen gobierno no puede darse con un mal presidente en el clásico conflicto de política de Estado y Gobierno, intereses generales y de fuerzas políticas, sistema institucional y político. Su sistema de registro y observación, por

ejemplo, desde el campo del periodismo que fue una de sus pasiones, lo configuran con una suerte de lúcido realismo; no hace proyecciones *ad infinitum* en el tiempo, sino apegada a la evolución de los procesos.

No hay una ideología de la historia ni un sentido de finalidad —a pesar de conocer a Kant y Hegel—, sino una filosofía de la historia localizada en la complejidad y el azar de la vida humana. Es así una historia política que se ancla en el pasado de las tradiciones de cada nación, sin quedar congelado en ellas mismas. Esto lo lleva a trabajar con distintas disciplinas académicas como la filosofía, la historia, la economía, con una clara impronta del enciclopedismo weberiano. No hay una actitud normativista en él desde la cual se estudia canónicamente lo que ocurre, sino una flexibilidad desde la variedad, en la que la moral transformada en moralismo sirve de muy poco para defender los valores de la libertad liberal. En esto último podríamos encontrar las miradas de Maquiavelo sobre la política de su tiempo, ese constante pesimismo histórico que lo connota de una capacidad de observación sin adornos optimistas.

Nos podríamos preguntar su rechazo muchas veces excesivo a la ideología y economicismo marxista;¹ pero lo que hay, en nuestra opinión, es singularmente un distanciamiento agudamente polémico con el determinismo histórico, con la idea hoy ya ingenua que la humanidad tiene una dirección preestablecida hacia algún lugar, con la liturgia de las etapas fijas que el propio Marx criticó en sus últimos años. Esto se denota en la tensión escritural y analítica de él, al comentar a Marx y a Tocqueville, en su *Ensayo sobre las libertades*; y, desde luego, en esa relación de afecto-rechazo que hay frente a Sartre y a Merleau-Ponty. La convicción, en todo caso, que la humanidad avanza hacia algún lugar, como señalé, resultó más de la vulgata de la filosofía de la historia del movimiento comunista internacional que de los textos principales de Marx.

1 Al respecto, Aron señalaría: “La revolución de tipo marxista no se ha producido porque su concepción misma era mítica: ni el desarrollo de las fuerzas productivas, ni la madurez de la clase obrera preparan el derribo del capitalismo por los trabajadores conscientes de su misión” (Aron, 1955, p. 49).

Las relaciones internacionales juegan en su obra un lugar decisivo. En *Paz y guerra entre las naciones*, Aron trabaja la noción de relaciones internacionales con un operador teórico singular: la relación entre política y guerra en un escenario intraestatal y a la sombra de las guerras del tercer mundo, y especialmente de la Guerra Fría. Es una obra que tiene el sello del realismo en clave —a pesar de diferencias— morganthauiana; desde aquí, emerge con fluidez su monumental trabajo sobre *Pensar la guerra*, dedicado a Clausewitz.

Con lo cual podríamos regresar a Maquiavelo y sus escritos sobre la milicia, la guerra y la paz. En su último período, Aron deseaba responder a un conjunto —en algunos casos— agudo de objeciones a su obra *Paz y guerra entre las naciones*; pero en esencia, más que la respuesta, la obra merecía ser actualizada. Postulaba el intento de una mediación abarcadora desde Rousseau a Clausewitz, pero recordemos que no alcanza a analizar con cierta perspectiva los síntomas de agotamiento interno de la URSS y las profundas transformaciones económicas, culturales, que sufre Occidente y especialmente Estados Unidos en brazos de las nuevas tecnologías. China aparece tanto desde las visiones que expone sobre la política y estrategia de la revolución, como de los escritos de Mao Tse-Tung. Intuye la potencia y originalidad del comunismo asiático, pero se mantiene al interior de una gran referencia historia, no prelude la grandeza de la China de hoy.

Maquiavelo, para él, es uno de los más grandes pensadores políticos junto con Tocqueville, y la obra de este último *Democracia en América*, de 1835. Pero el realismo al cual alude Aron no es el realismo abstruso y simplón —como insistimos— que reduce la noción de realidad a la materialidad de lo que ocurre, a la fuerza de lo que existe y a la estrechez de las opciones prácticas. Su concepto de realismo es dinámico, las piezas del tablero están en movimiento, los actores aciertan y se equivocan frecuentemente, la sociedad irrumpe de manera sorprendente, e incluso los grandes gobernantes vacilan en momentos culminales. Hay cúmulos de aciertos y muchos errores en diversos grados, que se mezclan en una imagen que el analista simplificador denominará realidad concreta y total.

Hay una actitud de periodista y comentarista en Aron en tiempo presente, que explica parte de esta postura, pero, antes que nada, hay una visión histórica larga que refuta al determinismo en todas sus acepciones. Se podría resaltar que el realismo dogmático termina, en muchas ocasiones, emparentándose con el determinismo mecanicista a pesar de sus aparentes aversiones.

Esta incertidumbre proviene de su afirmación de que la democracia es una organización “sustentada en la competencia pacífica con vistas al ejercicio del poder”, en la que hay competencia e incertidumbre. En marcos en los que las acciones de la política nunca resultan de acuerdo a lo planeado. El estadista como el político de Max Weber debe ser sensible al cuadro global, a las equivocaciones de cada actor, a la capacidad de corregir y salir de los desfiladeros en los que él mismo ha llevado las cosas.

Los juegos de la vida histórica jamás son perfectos y no hay método que prevea cada una de las vicisitudes y sus ramificaciones tanto en Marx como en Weber. Pero los sistemas de gobierno y poder están ocupados de manera significativa por las élites, aspecto que él resalta a partir de los trabajos de Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, y las democracias oligárquicas. El camino que lleva a Aron a abordar este campo temático recorre desde la revisión de *Los discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* hasta los procesos históricos del fascismo italiano. Aquí resaltemos que afirma que “no se sabe muy bien qué es el pueblo”; es decir, de manera no taxativa afirma que lo que garantiza la estabilidad, en ningún caso, es la democracia directa, sino que un mínimo “de libertades políticas”. Se podría tratar de una suerte de economía de la libertad semejante a la que tendrán años después los teóricos de la Trilateral. No es fácil sugerir una respuesta, pero la duda queda formulada. Se podría aludir que hay un pesimismo presente en esta mirada, pero lo que él resalta, en definitiva, es que partidos, Estados, tienden a ser controlados en el mediano plazo por grupos de individuos con intereses específicos. Es más, el propio marxismo, a pesar de sus afirmaciones monumentales, habría conducido históricamente a la tiranía de grupos. La noción que un partido y solo uno tiene el derecho de existir con ella, lleva a “la eliminación de los partidos rivales”. Interesante reflexión que, escarbando la historia

política del siglo xx, vamos a encontrar no en referencia con el marxismo, sino con la conducción de las revoluciones concretas, como del joven León Trotsky y en Rosa de Luxemburgo, o a Robert Michel con la ley de hierro de las oligarquías. Desde luego, también años después en Hannah Arendt desde una visión más liberal democrática.

En *Democracia y totalitarismo* (1965) realiza una composición de los regímenes políticos desde las dinámicas de industrialización y cómo estas influyen en la organización de la política. Pero siempre en él predominará la primacía de la política, en tanto vértice aglutinador de las tensiones, pugnas e intereses diversos de la vida social. Él no se asumía, como se ha dicho, como alguien de derecha, sino como un liberal pluralista, e incluso favorable en muchos campos a las teorías keynesianas. Conviene resaltar que cuando observa el mundo de la izquierda, singularmente el francés, lo considera una suerte de superstición o mito, afirmación excesiva si se recuerda la fuerza de la izquierda social y política de ese país, y más aún para nuestro propósito, su peso intelectual. Sin embargo, hay algo donde se vincula el modelo teórico de Aron con su afirmación polémica, referida a la composición del totalitarismo soviético. La clásica discusión sobre la naturaleza de la URSS le impacta, y este debate soslayó para él, en su lógica, que lo básico es estudiar a Rusia tal cual antes que saber de su naturaleza en una especie de manía dialéctica formal.

Al basarse este régimen en una imposible teoría revolucionaria, termina asumiéndose como el “salvador colectivo” de la humanidad y demiurgo de la historia, desde lo cual se infiere, de manera indirecta, que la izquierda, más allá de su fuerza en muchos casos impactante, se sostendría en un mito de la revolución, y en una ingenuidad de la planificación equitativa, que, al basarse en la centralización económica, termina irremediablemente en manos de la burocracia, de un “despotismo anónimo”. Aron no dudó en expresar sus discrepancias con la izquierda y manifestó:

No cabría considerar inseparables la violencia y los valores de izquierda, la inversa se aproximaría más a la verdad. Un poder revolucionario es, por definición, un poder tiránico. Se ejerce a despecho de las leyes, expresa la voluntad de un grupo más o menos numeroso, se desinteresa y

debe desinteresarse por los intereses de tal o cual fracción del pueblo. La fase tiránica dura más o menos tiempo según las circunstancias, pero nunca se llega a obviarla —o, más exactamente—, cuando se consigue evitarla, hay reformas, no revolución. La toma y el ejercicio de poder por la violencia suponen conflictos que la negociación y el compromiso no logran resolver; en otras palabras, el fracaso de los procedimientos democráticos. Revolución y democracia son nociones contradictorias (Aron, 1955, p. 47).

Sin embargo, toda teoría política, aún las más burdas, incorporan diversos factores utópicos en sus formulaciones en la medida en que hablan para el futuro, tanto como deben movilizar voluntades colectivas a las cuales se le ofertan esperanzas, reencuentros, salvaciones o destinos. Nos parece, por ello, demasiado indiscriminado sus críticas a la utopía y la propia historia. Es posible que el siglo xx fuera uno de los más ideológicos de toda la historia humana. Pero esas ensoñaciones tenían ciertos fundamentos materiales y políticos que las hacía plausibles en el campo de las ideas y la acción.

La Sorbona, con toda su vitalidad interna, con su clima de libertad de cátedra y con su saga de seminarios, le resulta insoportablemente anacrónica a pesar de que su espíritu de académico no sucumbe a lo que podría denominarse un magnífico anticuario del saber, como lo pone en evidencia cuando comenta la revuelta de 1968. En ese sentido, en su libro *El observador comprometido*, respondería lo siguiente:

J.-L. Missika. —Usted se alejó de la Sorbona en enero de 1968. ¿Sentía venir la tormenta?

Raymond Aron. —En realidad, la Sorbona se había convertido en algo que me disgustaba un poco. Me alejé por primera vez de ella en 1928, después de pasar el certamen de oposición. Volví en 1955. Fundamentalmente, con algunas pequeñas excepciones, seguía siendo la misma. Pero entre 1955 y 1965 dejó de ser la misma. Mantenía su organización, pero todo había cambiado: el número de estudiantes era enorme. Me parecía que ya no podría realizar una enseñanza tal como yo la entendía, es decir cursos que pudieran convertirse en libros, que fueran una manera de trabajar en los problemas que yo consideraba de interés para mí y para los alumnos (Aron, 1983, p. 221).

3. La saga de la lucidez liberal

Como otros intelectuales de posguerra, Raymond Aron expresa múltiples contradicciones humanas e intelectuales en relación con la situación de entre guerras que, al poner como alternativas la polaridad entre fascismo y comunismo, tensionó a extremos el debate y las posturas personales de cada uno; ejemplo de esto fueron las tensiones entre él y Jean-Paul Sartre.² El existencialismo, como filosofía del ser arrojado a la vida y fatalmente, solo es el continente más lejano de la filosofía de la historia y del realismo de Aron.

Por citar algo que conmueve, recordemos que Spinoza en su tratado político define un paralelismo entre las pasiones que modifican y los seres humanos con sus vicios que tipifican lo real de la vida, la belleza de la humanidad. El escepticismo, en este caso en Aron, responde más a un rechazo profundo al clima intelectual parisino que a un rechazo *tout court*, a toda idea política que no se concrete en la inmediatez, en la que la filosofía política de Spinoza deshace el constructo del orden fundado desde el miedo. Cada persona es una realidad compleja en pasiones, deseos y capacidades; esto puede ser dinamizado de la acción que genera posibilidades que las crea.

De manera más compleja, por ser más contingentes las opiniones que Isaiah Berlin y sus trabajos sobre la libertad, así como de Edmund Wilson y *La Estación de Finlandia*, Karl Popper y *La sociedad abierta y sus enemigos*, Aron se centra en la lucha teórica-política que tiene como objetivo y adversario al comunismo. Separemos aquí dos niveles: el comunismo militante expresado en el Partido Comunista Francés y la URSS, por una parte; y el marxismo de Marx, en este caso sus observaciones son más complejas y de largo plazo. Cuando él se refiere a esto remite a dos ámbitos: el comunismo en su versión soviética y burocrática, y el radicalismo de Sartre. Se puede observar un

2 Aron mencionó lo siguiente contra Sartre: “A menos que su pensamiento haya cambiado profundamente con posterioridad a *El Ser y la Nada*, Sartre no interpreta la historia como el devenir del espíritu. No presta a una revolución, cualquiera sea, un significado ontológico. La sociedad sin clases no resolverá el misterio de nuestro destino, no reconciliará la esencia y la existencia ni a los hombres entre sí. El existencialismo de Sartre excluye la creencia en la totalidad histórica. Cada cual está hundido en la historia y elige su proyecto y sus compañeros, a riesgo de errar. Camus suscribiría sin esfuerzo tales proposiciones” (Aron, 1955, p. 58).

pavor de la herencia de Hegel sobre Marx por el impacto totalizante de la filosofía hegeliana. Si la historia humana es susceptible de ser orientada en alguna dirección y sentidos, entonces esta se configura en ese nivel inmenso, mucho más allá de las contingencias, en algo predecible científicamente, en algo por ello mismo dirigible desde alguna ciencia; y el propio concepto de libertad pierde sentido en la medida en que todo el futuro es hoy concebible en sus rasgos básicos desde un esquema, lo cual le daría a la historia una autoconciencia imposible de aceptar si se cree en la libertad humana.

La noción de conservador, desvirtuada como idea en parte luego de la Revolución francesa por motivos que no me extenderé, no remite a quietud o inmovilidad, sino a cambio gradual, mesurado; y, desde la política de Aristóteles, con su declaración que el hombre es un animal cívico que habita en una ciudad que es una *polis* que se le impone como necesidad, implica el cuidado con todos los otros y sus intereses. En el siglo xx la categoría de conservador se localiza en el pensamiento de derecha internacional como antagónico a revolucionario, que alude a fracturas y alteración del orden de lo real. Guardándome las ironías posibles, quiero destacar que hay revolucionarios conservadores y conservadores en revolución. La conservación implica saber un porqué se debe preservar algo y esto puede darse incluso desde un régimen subversivo. También un modelo conservador está expuesto a producir cambios de fondo en varios planos. No debemos trabajar estas palabras como cerradas y unívocas, si las contemplamos a la luz de la historia y desde un desglose de análisis con las experiencias del siglo xxi.

La Revolución francesa y luego Tocqueville establecen ese constante diálogo entre los excesos idealistas de un Fichte y el afán moderado de un Tocqueville, que la dota de un caudal histórico, señalando que los acontecimientos no parten de la nada. El peso de lo anterior, de lo pretérito y su entrelazamiento histórico en una perspectiva futura, es antropológicamente clave para entender las ideas de Raymond Aron. No todo lo sólido se disuelve en el aire, hay procesos que provienen desde muchos siglos y otros que son recientes, que ocurre con cada cual dependiendo mucho de la capacidad que tenga un programa político de saber qué se debe y puede sumar. Aun considerando

el carácter dinámico de toda construcción histórica y cultural de sus significaciones más profundas, los procesos de más largo plazo están redefiniendo, por otra parte, las vidas sociales con mucha mayor agudeza que las acciones de formaciones políticas.

4. Asuntos inquietantes

LA FILOSOFÍA, CUANDO muere, en tanto ámbito y saber para la vida histórica, se caracteriza entre otros rasgos, por su sana locura en destruir las ilusiones que encantan a los seres desde una argumentación de sentido común. Aron es un historiador de la historia como proceso, y de la narración desde la subjetividad; recordándonos a Pericles y Tucídides, es testigo, actor y crítico. La inteligencia esencial es la de la situación que se refiere a la condición de entender las cualidades de un hecho y proceso, desde el plano de su cambio y estabilidad, insertando las libertades liberales en el campo de la dinámica real. Como historiador y académico, identifica series, continuidades y rupturas en el pasado que todavía existe hoy, y un futuro que te impulsa hacia alguna parte no predefinida. Pero ninguna filosofía o filosofía de la historia podrá decidir la parte lógica y la parte accidental que constituye, en el largo plazo, una situación compleja.

En toda historia danzan las vanidades y habita la tragedia. En su famosa defensa de tesis del 26 de marzo de 1938, como nos recuerda en sus memorias, él con ciertas connotaciones románticas, pero también razonables, alejado del pesimismo y vinculado a los hechos, no por frialdad, sino por pasión, observa el desmoronamiento del orden europeo como un sabio, un filósofo y un político. Pero aun así hay amargura en su enfoque de estos hechos. Su fe laica y estoica le permite esa distancia frente a la desmesura de lo diario; y, a semejanza de Kant en el siglo XVIII, se arriesga a ser considerado un relativista cuando en realidad es un probabilista. El relativismo se expresa mediante la disolución escéptica de la noción de idea y verdad. Existen límites a la libertad de interpretación que se sostienen en la actualidad de los hechos. Todo actor domina muy poco esos estilos y están encerrados en una red determinante; todo acontecimiento no es posible, pero tampoco se le puede entregar al pasado la incertidumbre

del futuro. La soberbia académica y analítica es la enfermedad del radicalismo no solo de izquierda.

Sin ser economista, Aron desarrolló una sobria cultura analítica sobre estos temas y volvió sucesivamente sobre *El Capital* de Marx. Esto le permitió apartarse del economicismo rampante, que curiosamente se asemeja al liberalismo simplificado; entendió los límites de la economía y su relación con la política y lo social. Él le debe mucho a la filosofía crítica de Kant; sin caer en un idealismo trascendental, intenta trabajar la solución crítica de las antinomias en tanto filósofo contemporáneo de la modernidad. No ve en *El Capital* de Marx una senda señalada, sino lo que el propio autor manifiesta, es decir, una crítica de la economía política. Su texto ensayístico el *Marxismo de Marx* es un repaso crítico interesante desde el plano de la filosofía política y la teoría económica.

Cuando analiza la pluralidad caótica que lleva a la Primera Guerra Mundial, desde la mirada de las relaciones internacionales, surge un realismo científico crítico, un conjunto de hipótesis falibles y discutibles, y un conocimiento detallado de las voluntades de los actores más importantes en el contexto de una ética que le debe tanto al universalismo kantiano como al realismo aristotélico. Su conclusión es la prudencia y el cálculo de los riesgos que se aventuran en operaciones insensatas. Pero teniendo muy claro que el denominado imperativo moral no puede ser el único determinante de la acción; es decir, no se puede hablar de moralidad como intención abstracta sin tiempo, sin entender las consecuencias amplias de esa pretendida acción que se justifica en giros lógicos en la moralidad. Los intentos de las buenas acciones tienen consecuencias y en algunos casos son trágicas. Los políticos y Gobiernos deben hacerse responsables de sus acciones en la historia.

5. La escritura y sus luchas teóricas

Como alumno de la Escuela Normal Superior y luego académico de esta, trabajó en su centro de documentación y elaboró en 1935 *La sociología alemana contemporánea*; en 1938, realizó su tesis doctoral *Introducción a la Filosofía de la Historia*, más crítica que laudatoria. En

1970 se consagra al ingresar al Colegio de Francia,³ pero jamás se resecó como una figura erudítica del mundo universitario. Escribe en la revista *Libres Propos* en la década de 1930; hace periodismo después de la Segunda Guerra Mundial. Se convertirá en editorialista del periódico *Le Figaro*. Es ensayista, en la década de 1950-1960 escribe *El Opio de los Intelectuales*, obra irónica y punzante cuya sombra latente es Sartre. Luego, *La tragedia argelina*; posteriormente, *La Argelia y la República*; después *Israel y los judíos*. Es asesor de la élite política francesa y sus gobiernos. La multiplicidad de estos atributos lo configuran como uno de los mejores intelectuales conservadores europeos del siglo xx, junto con Isaiah Berlin y Karl Popper. Pero él los supera en diversidad e intensidad política y polémica cotidiana. Es también un hombre de acción dentro de sus circunstancias académicas y laborales.

6. Raymond Aron y las perspectivas del pensamiento conservador en el siglo xxi

El mundo de la existencia en este siglo contiene una tendencia a la ingobernabilidad sustantiva, referidas a la rezonificación de la vida en la comunidad política. La difícil gobernabilidad responde a la irrupción de sociedades demandantes y sistemas políticos apegados a procedimientos y formas rígidas de repartición del poder y sus recursos, que ya no dan abasto para la presión por vidas mejores impulsadas por el propio desarrollo y la educación, factores que dinamizan los grandes cambios. Este proceso deviene del aumento considerable de la riqueza, los saberes y los niveles culturales, que se constituyen como dinámicas de conflictos con los despotismos, dogmatismos, así como las injusticias y los monopolios de poder. Es un mundo en tensiones enormes que arriesga su estabilidad frente a crisis económicas, corrupciones, crisis climáticas, debilidad de las instituciones democráticas, entre otras. Los patrones simples para hacer las cosas

3 Con respecto al Colegio de Francia, ante una pregunta de Wolton, contestó lo siguiente: “D. Wolton. —¿Le satisfizo su paso por la Escuela Práctica de Estudios Superiores?”

R.A. —Sí, pero prefería el Colegio de Francia porque me exigía trabajar aún más. La enseñanza fue siempre para mí una manera de defenderme del periodismo, de obligarme a trabajar seriamente. Para eso, el Colegio de Francia era excelente. La Escuela Práctica era menos convincente” (Aron, 1983, p. 221).

llevan en ocasiones al desastre, y los nuevos modelos para hacer el gobierno, a la confusión por pérdida de sentido.

Desde una mirada amplia e intentando considerar no solo la cantidad de fisuras de los órdenes políticos, sino también sus rasgos esenciales, es la variedad temática y de viejas y nuevas necesidades lo que eclosiona. Hay un esfuerzo —liberal— en Aron por comprender el ritmo la gravedad de esto desde un plano de filosofía política e historia. Fija sus preocupaciones en la carrera armamentista, los integristas, la dogmática política; pero se puede postular en la pobreza estratégica de sistemas y gobiernos para lograr estabilidad en dinámicas de cambios progresivos y satisfactorios. Anuncia la decadencia de Occidente, pero de manera gradual y posiblemente frenable de acuerdo a cómo este Occidente se sitúe en su propia historia larga.

Se trata así de una dinámica de la historia, la vida de los hombres que hoy no tienen una teoría política democrática y participativa a la altura de sus complejidades y lógicas de la vida social. Los grupos políticos con mayor significación se atribuyen marcos teóricos que no son reales para hacer cosas que son muy imperfectas y mal diseñadas. Los liberales terminan por ser proteccionistas, y las izquierdas apelan a la apertura indiscriminada de la economía, en unos giros de roles que presentan el desconcierto de una época. Estas élites de poder y dinero, existen con patrones de gran pragmatismo e improvisación tanto en las tareas de gobierno, como en la formulación e implementación de sus políticas. Hay un vaciamiento de la relación entre legado histórico y práctica por parte de las formaciones políticas de mayor continuidad que en tiempos de Aron, pero que emergen luego de la Segunda Guerra Mundial que él ve e intenta entender por encima de la crónica, y que hoy son básicamente las mismas si las estudiamos desde sus programas y la personalidad de sus grupos de liderazgos.

Raymond Aron se destaca también hoy en virtud de que en él se localizan las dotes de maestro de la academia, y el analista de la política desde las lógicas del realismo. Su rigor teórico nunca sofocó sus dotes de estudioso del poder y las lógicas de este. Sin abarcar como Isaiah Berlin un intento de antropología amplia de esta relación histórica, observemos que la ideología pura de la medida y el tino que se introduce desde la teoría conservadora desde la Revolución inglesa,

es un intento por establecer una relación de correspondencia entre la dinámica del cambio histórico y la preservación de las costumbres y las instituciones que las conservan.

En Aron y en debate con Marx, esto se hace una teoría muy exquisita y refinada, en momentos donde la Guerra Fría amenazaba con el infierno del ascenso a los extremos. Esto lo dibujó con la noción de un siglo de guerra total. Pero aún antes, el esfuerzo de Aron es más de fondo, se trata de cuestionar la propia noción de revolución en tanto es un declarado intento de superar todo lo que constriñe la expansión de las potencias humanas. Esta negación de la vivacidad de la revolución la hace en nombre de un concepto realista de libertad. Por esto, su conservadurismo no es rancio y costumbrista, es político y realista; si se quiere, es del mundo y en el mundo tal cual este es, pero no petrificado, según él. Lo denomina un pesimismo crítico lejos de un pesimismo irracionalista —como alguna vez se le señaló—, o satánico desesperado —como signó alguna vez Paul Fauconnet—. Se trata de un escepticismo analítico y no de un pesimismo decadentista.

Convengamos que no es necesario compartir sus postulados y tesis para saber que la reflexión de sus textos y también sobre su vida, son un ejercicio de seriedad y vigor en la mirada de quienes debemos aportar espíritu crítico y no dogmas y rigideces, que ya son muchas en tiempos de sequía del debate. Cuando compara a Hitler con su potencia terrible frente a sus maestros y condiscípulos en la década de 1930, comprueba las distancias de pesos relativos en relación con el destino histórico general.

Pero el centro de este trabajo más extenso será sobre sus estudios de estrategia, política y sistemas de relaciones internacionales. Aron estudió la guerra sin admirarla como demiurgo histórico; la analiza con una sorprendente flexibilidad disciplinaria desde sus causas humanas más antropológicas hasta sus modelos estratégicos y relaciones de sistema de armas y tecnologías en el arte de usar la fuerza. El tema es pensar la guerra como un fenómeno no solo complejo y en parte irracional, pero explicable. La relación entre política y violencia es un nudo explicativo de esto, pero siempre de cuadros históricos que lo configuran no como una metafísica laxa, sino como campo de hechos explicativos.

Estos textos iluminan desde la historia y la teoría un cuadro de graves asuntos mundiales de hoy. Aron vivió dos guerras mundiales y la organización de los campos de concentración. Su sentido de la paz no lo hace un pacifista, sino un estudioso de la ilegibilidad última de los grandes conflictos humanos.

Las sagas de la vida del mundo intelectual francés, que quizás jamás perdió un cierto estilo de Versalles y cierta elegancia e ironía volteriana, se configuran en torno a la figura de Aron con distancia y gloria. Se ha señalado que Sartre tuvo mejor fortuna; no es seguro, si mejores comentarios de prensa en esos años. Este último vivió la vehemencia de la revolución y su decadencia siempre con una notable lealtad a las ideas. Aron, tanto en los momentos de ímpetu como en los de desconfianza con la sociedad del orden, también se mantuvo leal a su enfoque de la vida y la historia como cuando critica a De Gaulle y a los estudiantes de 1968 parisinos; o cuando dice que no a las ofertas de ser funcionario del poder de la IV República. Sartre y Aron son las luces de una misma época y nación, lo cual nos refiere a la riqueza de unas décadas de maestros del pensar europeo hoy inexistente. Ser un maestro del pensamiento es también ser distante a las emboscadas de las élites de mandarines y consejeros.

Aron tiene una delicada capacidad de dialogar con autores de distintas generaciones y corrientes. Desde sus trabajos sobre estrategia, sociología, filosofía de la historia, hasta su obra póstuma sobre Marx, se descubre una mente abierta desde su núcleo conservador. Él sugiere que el gran debate de la sociedad contemporánea es entre Marx y Tocqueville; hipótesis que se puede compartir en la medida que transformación y restauración son dinámicas que se rozan y conviven.

7. El observador crítico y comprometido

J.-L.M. —Como observador comprometido, como actor y observador a la vez, desde 1940 usted tomó partido acerca de todos los grandes problemas, de todos los grandes acontecimientos. ¿De dónde proviene pues su fama de ser alguien que analiza, que diseña y no elige?

R.A. —Es una reputación falsa y justificada a la vez. En efecto, siempre he tomado partido en los grandes temas: la Unión Soviética, la

descolonización, Argelia, 1968, la conferencia de prensa del general de Gaulle sobre los judíos, etcétera. Temas que para mí tenían tanta repercusión personal como significado histórico. Pero dado que escribía una o dos veces por semana artículos sobre temas económicos, frecuentemente analizaba la situación sin decir de manera perentoria: “Esto es lo que el ministro debe hacer.” Me considero un aficionado más o menos informado, no un profesional en economía. Sé suficiente economía política como para comprender los problemas económicos, explicarlos, aclararlos. Pero proponer una solución, un remedio, es otra cosa. Por eso ese rechazo de las conclusiones categóricas irritaba a parte de los lectores de *Le Figaro*. En general, los lectores esperan que un comentarista les diga lo que ellos deberían pensar.

En ciertos aspectos esa protesta me parece justificada. Pero mis argumentos son también de mucho peso. Considero que un periodista informado no es necesariamente alguien que adoctrina. Por consiguiente, cuando hay una situación económica difícil yo no sé con certeza lo que habría que hacer, pero trato al menos de dar a los lectores los datos fundamentales sobre cuyas bases el ministro debería tomar una decisión (Aron, 1983, p. 277).

La figura de Raymond Aron, con el despliegue de las graves tensiones de la segunda década del siglo *xxi* que amenazan la frágil paz y los delicados niveles de convivencia social, se hace magnífica por su consistencia y sobriedad, en el grado que la personalidad del intelectual crítico y no funcional se nos aleja hasta dejar un vacío sensible para la calidad del pensamiento libre en este tiempo. Vivimos una época de proliferación de los consultores de Estado y de fuga de los intelectuales de los lugares sensibles. Muchas instituciones de Estado y privadas desean memorándums justificativos o genéricos; la crítica equilibrada pasa por un largo tiempo de soledad y de acoso.

Aron era un liberal convencido de su sensibilidad político-filosófica, pero jamás un integrista refractario a las complejidades de la vida histórica. Existe en él un dominio de las teorías desde sus fuentes originales, y una sensibilidad notable para escuchar de forma activa la realidad y sus orientaciones. No se deja seducir por las modas y tendencias intelectuales muchas veces fugaces, tampoco por el *Opio de los intelectuales*, aunque este libro que es parte de su debate

con las izquierdas, cae en excesos polémicos formales y por ello desproporcionados teóricamente. Cultiva su campo con esmero y dejando que el tiempo seleccione ideas y clasifique el peso real de los acontecimientos.

Sus ideas sobre la libertad social y política son ubicables en la mejor tradición conservadora desde Edmund Burke a Isaiah Berlin, sin trivializar estas miradas como hoy suele acontecer; pero se apegan más en los análisis de la acción política o de las ideas que inspiran las grandes decisiones históricas, no desde un monismo causal e híperexplicativo, sino desde un pluralismo de causas y efectos en muchos casos impredecibles. De ahí nace la distancia con los grandes relatos de la filosofía política que apelan a las formulaciones rigurosas y compactas.

Al igual que Berlin, entiende la libertad desde una óptica negativa, es decir, como algo que no debe impedir la acción de los hombres y las comunidades, es un rechazo al monismo ético y a toda restricción. Esto no implica dejar los rasgos positivos de la libertad, pero sí señalar que estos desde un enfoque solo y excluyentemente positivo permite excesos. Pero a diferencia de Berlín, Aron opta, en muchos casos, por una crítica afirmativa y positiva del objeto como la que se observa en relación con los intelectuales de los años cincuenta a los ochentas, a la URSS y a las filosofías de izquierda.

Señala que, al leer textos estratégicos estadounidenses, se preocupa por la cronología de elaboración y por el origen de cada concepto;⁴ lo que podría ser un asunto de rigor formal, es un modo de producir análisis en todos los casos. En esas preocupaciones existe una arqueología de fuerzas que explica textos y conceptos. En su monumental memoria observamos una vida que podría ser la de un solitario que se vincula con los temas del mundo desde la doble vocación teórica y sensible, como señaló él mismo a un observador comprometido. Pero siempre se podrá encontrar una cauta distancia con las pasiones inmediatas de los sujetos. Hay un murmullo de Tucídides en esa relación austera con el ruido de lo público y sus estilos. Su ruptura con Jean-Paul Sartre y antes con Charles de Gaulle, lo

4 Sobre el tema, ver Aron, R. (1972). *Estudios políticos*. España: Fondo de Cultura Económica.

expresan frente a dos sujetos del todo diferentes pero ambos activos en las escenas públicas mundiales.

Su sentido del racionalismo no es funcionalista, sino complejo, abierto. Por una parte, están los proyectos políticos y sus desventuras evidentes; por otra, la idea, la pasión y el perfil singular y psicológico del hombre de Estado, situado en vértices donde la razón y la pasión suelen jugar un rol muy significativo como peligroso. También es matizado su juego temático-analítico entre técnica, política y guerra, en el que cada una de estas corresponde de manera cambiante de acuerdo con los períodos de sus trabajos como eje de los otros dos.

Pero al final, afirma sin romanticismos, que quien dirige la guerra es la razón política, ahí no solo debe estar, sino que está a lo largo de la historia. Este énfasis corresponde a algo más que una convicción filosófica, sino también a una hermenéutica de sus estudios políticos. La guerra de Argelia y Vietnam prueban una vez más que cuando es lo bélico lo que domina los análisis, los grados de desastres aumentan mucho con pocas posibilidades de correcciones. Estas dos guerras, que fueron grandes equivocaciones de los expertos, alcanzan niveles paradigmáticos en Aron para demostrar la amplitud y gravedad de los errores estratégicos.

Aron contempló junto a otros intelectuales el ciclo trágico que va desde 1914 hasta 1945, cómo su mundo y el de todos se reconfiguraba por un espiral de violencias políticas y guerras entre Estados, que culmina en su forma bélica con el lanzamiento de dos bombas atómicas y el inicio de una paz simulada al amparo del poder nuclear.

Es testigo de los efectos amplios de la Revolución rusa de 1917, la Revolución china de 1949, de la Guerra de Argelia y de Vietnam, de la crisis de los misiles, de las revueltas de 1968, de dos guerras mundiales, y analista detallado de la Guerra Fría en medio de la crisis de Berlín y de los misiles en Cuba. Mirado desde el marco político de Occidente —es decir, antisoviético— por él, pero con la delicada observación de un analista que no se deja petrificar por las ideas burdas de un bando u otro. Pone el acento en la genealogía del evento y sus evoluciones más probables sin dictaminar un fallo, sino una dinámica amplia y voluble de acuerdo con lo que ocurre en cada instante.

No fue un Henry Kissinger, es decir, un consejero de Estado habituado a intentar moldear el poder al cual sirve en infinitos juegos, sino que fue un analista con sus ideas e independencia.⁵ Kissinger es un sujeto que fragua situaciones para acomodarlas a sus intereses, Aron es alguien que observa el conjunto para descubrir cómo la soberbia y también la ignorancia llevan a la tragedia.

En el rigor del análisis político contemporáneo deberíamos partir, por lo menos, de una duda: la de saber si existe algo que se pueda denominar ciencia política en un sentido duro, o si más bien lo que funciona es una práctica de saberes acumulados, que son las formas de los análisis precavidos y con un aceptable grado de acierto. En esto, Raymond Aron es una figura ejemplar, no sucumbe a la tentación quiromántica y se mantiene siempre en el campo de las probabilidades y, aún ahí, asume la incertidumbre. No hay una sola metodología en juego, sino una composición que hereda por su ductilidad del debate alemán de principios de siglo xx del europeo de posguerra y del francés que en la década de 1960 desea reinterpretar el mundo. Esto también le ocurre a Sartre, solo que sus conclusiones son distintas e incluso antagónicas, pero ambas son lucidas y polémicas.

La dinámica histórica es, en última instancia, impredecible, nos coloca en el punto de apoyar lo más razonable sin saber completamente si lo es. La relación entre la filosofía y la ciencia política son para él “inciertas”. Esto implica poner desde el estudio frente al hombre de Estado y el espacio público, un conjunto de sugerencias, “un determinismo” parcial y muchas veces local. En situaciones como en 1968, la retórica opera como un agudo “qué pasa si todo esto sale mal”; o cómo es que construyen sus equivocaciones refiriéndose a lo que ocurre en las calles.

Detrás de esto habita un rechazo profundo a la idea de una política como ciencia exacta; es una forma de pensar más artesanal que positivista, como la que hay en la ley de los tres estados de Auguste Comte. Pero también se opone a un relativismo absoluto como el que afirma que toda decisión es solo arbitraria, ya que de esta manera no se puede actuar. Los datos son siempre insuficientes para tomar

5 Al respecto, véase Aron (1985a), y Aron (1987).

alguna decisión, pero estas se toman también con y desde algunas premisas éticas y morales. Es su extrema amplitud de mirada y su realismo lo que hasta hoy nos atrae, y desde el cual postula un modesto uso, un saber que conoce sus límites por la complejidad del gran drama de la incertidumbre; un saber que es un instrumento de análisis que aún, a pesar de formas posiblemente imponentes, está acotado.

Es una noción de realismo muy diferente a la pasividad frente a lo real empírico, en ese común juego de señalar que se es realista cuando se acepta el orden inmediato de las cosas que denominó “historiografía del presente”, al resaltar en su mirada de lo mundial y regional una sensibilidad del análisis y el ensayo. Era más que un agudo observador de la vida nacional e internacional, a pesar de que en ocasiones su estilo de brillante periodista primero en *Le Figaro* y, posteriormente en *L'Express* como editorialista, fue puesto en sospecha por una posible falta de profundidad. Pero aún impelido por el ritmo de la prensa y la aceleración de los hechos relevantes, su pensar fue profundo y original como ya no cabe duda.

Este Aron, con un riguroso y crítico saber sobre la sociología,⁶ radicaba sus observaciones sobre la política mundial, el sistema internacional, la guerra, la educación, la URSS, la política estadounidense, en una visión muy asentada sobre los límites de las voluntades humanas en una más amplia observación histórica. Quería poner al sujeto humano en un lugar de responsabilidad, pero no de hipersabiduría.

8. Aron y Clausewitz

Su paso en la década de 1930 en Alemania lo vincula a la amplia producción de Wilhelm Dilthey, Max Weber, George Simmel y, desde luego, su conocimiento detallado de Carlos Marx.⁷ Ahí conoce de referencia la obra de Clausewitz, referido por el pensador Herbert Rosinski. Se integra al debate y ámbito del historicismo asumiendo la significación de la comprensión como sustrato esencial del saber humano, en el amplio debate de ese período entre ciencias de la naturaleza y la cultura, que, por otra parte, refiere a las críticas de las

6 Al respecto, ver Aron, R. (1967). *Las etapas del pensamiento sociológico*. España: Tecnos.

7 Véase Aron, R. (2010). *El marxismo de Marx*. Madrid: Siglo XXI Editores.

ciencias del espíritu frente a unas ciencias positivas del estudio de las sociedades humanas. Esa Alemania en la que se estaba intentado rehacer la filosofía, el mundo y la vida.

Se asemeja desde una sensibilidad política y filosófica liberal a Isaiah Berlin, singularmente desde el vértice de la crítica a todo determinismo histórico. Recordemos que Berlin se hace una pregunta no resuelta, la de saber si la historia humana tiene un sentido que pueda ser conocido como postuló Hegel. Hoy son pocos los que creen en alguna forma de determinismo histórico en alguna dirección de los hechos humanos ineluctable, o instalada en las lógicas de las vidas.

Aron es liberal, atlantista, judío, francés, filósofo y periodista. Además, estudioso de la historia y la política en la senda de Alexis Tocqueville, pero sin modelo a seguir, más bien como un enfoque paradigmático de análisis. Todo gran autor regresa una y otra vez sobre ciertas figuras que, como contraparte modélica o como alma próxima, son sus pares en la elaboración. Aron tiene admiración y distancia profunda con Marx, del cual es un constante crítico; también con Tucídides y Maquiavelo. Marx debela las lógicas profundas de la producción material del capital y las instituciones de este orden. Tucídides, el gran cronista del drama histórico entre Atenas y Esparta; Maquiavelo en el estudio de las complejidades del poder. También de Montesquieu y Alexis de Tocqueville, sobre las tramas de la democracia y los equilibrios de poderes. No hay una secuencia directa entre estos autores y el marco de trabajo y pensamiento de Aron, pero sí en cada uno de ellos una distancia con una filosofía de la historia determinista y fatal.

Hay una fantasía analítica y hermenéutica en Aron y Berlin, que consiste en escuchar el rumor social de las personas de antes, tanto como de sus contemporáneos, reír y sufrir con cada uno, comprender la historia desde la multiplicidad de opciones siempre en agudas hibrideces. Desde luego, esto lo pone en debate con Hegel y con Marx, a pesar de que su Marx resulta más exquisito y más complejo que el de los partidos comunistas de la época, apegados a un fatalismo simple y lineal. Aron es uno de esos sujetos del saber que luego de la Segunda Guerra Mundial alimentaron la asamblea de voces de

posguerra desde Heidegger a Sartre en la Europa continental, en la que se fraguó un diálogo de filosofías en pugna que vendrían a eclosionar en el campo de las ideas y la política en la década de 1960 en varios lugares del mundo.

La ancha genealogía que habita ese exuberante período implica que se reconozca la brutal extrañeza de una forma modélica de modernidad dinámica y transformadora de los límites de la vida cultural y social, pero de manera simultánea y pegada a esto último, la barbarie, no como un exterior a esa modernidad, sino como una de las lógicas funcionales que porta. La amistad hasta 1946 que tienen Jean-Paul Sartre y Raymond Aron revela las fracturas de una época en la que las lógicas binarias de la Guerra Fría formulan sus teorías y lenguajes de un mundo dividido y subdividido en relaciones de poder, geopolíticas en las que los dos grandes de la política mundial pugnaban por situar a todos y cada uno en sus bloques de espaciales y de dominio.

No obstante, Aron y Sartre encarnarían una polémica enemistad en aquellos años de abundante debate teórico de la época, en especial a las pretensiones de ciencia que muchos tenían como eje argumental. Pero Aron lo hacía desde una plataforma polémica de sentidos que nada tenía que ver con las culturas panfletarias de la derecha más militante.

En los años de la post-guerra Aron se aproximaría al gaullismo, mientras que Sartre afirmaba durante aquella época que odiaba tanto a De Gaulle como a Pétain en los tiempos de la ocupación. Durante la guerra de Argelia, conflicto que dividió tanto a los franceses, que ambos grupos se tildaban de traidores, Aron tomó posición a favor de la independencia de Argelia al lado de Sartre. Pero luego vendrá mayo de 1968, en ese transcurrir de una revuelta que casi derribó al régimen del general, ambos chocarán, así Sartre el Papa del existencialismo dirá: “ahora que toda Francia ha visto a De Gaulle desnudo, es necesario que los estudiantes puedan ver a Raymond Aron desnudo; sólo le devolveremos la ropa si acepta la polémica”. Además está decir que Aron nunca rehuyó la polémica. Es más, le dedicó varios libros: “El opio de los intelectuales”, y “Los marxismos imaginarios” en donde atacó fuertemente a Sartre y a los marxistas (Esteves Arria, 2018).

Raymond Aron, un excepcional parisino, apasionado por la filosofía, la historia y la política, lo convertirían en un comprometido con su ciudad por sus aportes. Dedicaría su obra a diversos ámbitos debido a la multiplicidad de sus intereses, que lo motivaron a escribir una variedad de obras, pero en los campos en los cuales se pondrá énfasis, como señalamos en este texto, será en las relaciones internacionales y en la teoría de la guerra. Desde luego, en todo su legado no puede faltar su refutación hacia el marxismo en su afán por desafiarse y cuestionarlo.

Dos de las obras de este pensador de la Guerra Fría han sido consideradas muy ilustrativas y de gran aporte tanto para las relaciones internacionales como en la teoría de la guerra, que son *Paz y guerra entre las Naciones* (1962) y *Pensar la guerra, Clausewitz* (1976). El respeto y notable contribución intelectual del trabajo de Aron han sido ligados al realismo político y a la comprensión del sistema internacional, sobre todo en los años denominados como la posguerra.

La influencia de Carl von Clausewitz en la obra de Aron —si bien estos difieren en los años de existencia, el primero sería una figura importante en los siglos XVIII y XIX; mientras que el segundo, en el siglo XX— tendría como punto de partida los acontecimientos suscitados en 1939 con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, en la que el estallido de dicha guerra lo motivarían a incluir en sus artículos citas del estratega prusiano —Clausewitz—. Pero no sería hasta 1962 cuando se produzca “la entrada de pleno derecho de Clausewitz en la obra de Aron” (Elía, 2007, p. 110), en su libro *Paz y Guerra entre las naciones*, en el cual aparecen “los principales temas clausewitzianos: la relación entre guerra absoluta y guerra real, entre política y guerra, entre fines y medios, entre diplomacia y estrategia” (Elía, 2007, p. 111).

Además, su texto *Paz y Guerra entre las naciones* sería la expresión de su afinidad por los asuntos internacionales, texto en el cual cuenta con una amplia reflexión sobre el sistema internacional, la coyuntura de un mundo bipolar con las características de oposición ideológica, política y estratégica, así como la disuasión nuclear. Un mundo insensato pero explicable. Además, en esta obra no abordaría el tema desde un punto de vista “solamente de la conducción de conflictos,

sino de su amenaza y las posturas generadas por su anticipación y prevención” (Sur, 2013). Al hablar de sistema, se dice también límites y fronteras, junto con este mecanismo que advierte riesgos y amenazas generales para la estabilidad general, así concibe la categoría sistema.

Las similitudes entre estos autores —Aron y Clausewitz—, parte de la noción de Clausewitz al concebir a la guerra como la continuación de la política, pero por otros medios; para lo cual, Aron desde su postura realista característica reafirmará esa tesis del prusiano bajo la consideración del análisis del sistema internacional, adicionando elementos como el equilibrio de poder que está dado por las potencias de aquella época (EE. UU. y la URSS). Aron está consciente del estado de naturaleza de los países, que no podría ser limitado bajo el idealismo de la ONU. Pero eso no es óbice para entender la importancia del derecho internacional y sus normas. Estas regulan los poderes, también las locuras.

Sin embargo, criticando ese idealismo jurídico bajo el cual opera la ONU en cuanto a la paz, según Aron, se debe considerar que la paz es solamente un postulado legal. Los postulados vinculantes de la Carta de la ONU no lo impresionan, ya que “en última instancia, cada Estado tiene un derecho de autodefensa, individual o colectiva” (Sur, 2013). Bajo esas nociones, Aron estaría apoyando la doctrina de Sir Hersch Lauterpacht. Por tanto, Aron concentrará sus esfuerzos en demostrar que la validez jurídica es principalmente la que impera a nivel estatal interno, y manifestaría que el derecho internacional sólo sería efectivo si es que lograra convertirse en algo como supraestatal. No obstante, dichos planteamientos serían debatibles, porque las principales críticas en torno a esas expresiones son con base en un anacronismo que sostiene Aron en su texto que no incorpora ampliamente el proyecto de paz perpetua de Kant.

Las dimensiones a las cuales se enfrenta Aron en esos escritos son a la política, guerra y paz; nociones que serán abordadas bajo la consideración de que son temas inevitables en la existencia humana, y desde luego, tomando en cuenta que, aun cuando Aron maneje un realismo moderado, no deja de lado que dichos asuntos son parte del estado de naturaleza, bajo los cuales los países viven o actúan en el sistema internacional.

9. La guerra y el pensar de Raymond Aron

En los capítulos anteriores intentamos exponer la singularidad histórica e intelectual de Aron en el panorama de un siglo xx tormentoso y prolífico. Escudriñar en su biografía nos ha parecido una posibilidad de hacer más descifrable las elaboraciones de Aron sobre la guerra y sus analíticas sobre Clausewitz. Abarcaremos, de manera sumaria, aspectos relevantes y heurísticos del texto sobre Carl von Clausewitz del sociólogo, filósofo, politólogo e intelectual francés Raymond Aron. Redactó el libro que analizamos en un período singular de la historia mundial, años tensos de la Guerra Fría. Pero también, un ciclo de emergencia de nuevas fuerzas sociales que se expresan con particular fuerza, en lo que se denomina la corriente mundial de 1968, respecto a la cual Aron manifiesta una distante crítica sobre su alcance y significado.⁸ Pero que, sin embargo, recorre el mundo sin pausa por varios años de esa década y la siguiente.

Estado Unidos vive hacia fines de 1970 los efectos profundos políticos y psicológicos de la derrota de Vietnam. Una guerra que lucharon sin saber cómo ganar una derrota, sobre la cual tienen una pobre explicación. Por su parte, la URSS comienza a denotar los efectos de una profunda crisis de dinamismo interno tanto económico como de visión compartida de futuro, que la llevará a la triste aventura militar de Afganistán; aventura que condensa errores de cálculos estratégicos enormes, una decadencia evidente en sus sistemas de dirección global. En los próximos años intentarán superar este estancamiento global bajo el liderazgo de Mijaíl Gorbachov, infructuosamente. Demasiado tarde, este proceso escapa de su dirección dando lugar al derrumbe de los socialismos burocráticos y al fin de la Guerra Fría en su forma de conflicto ideológico fundando, de esta forma, el ingreso del mundo a unas disputas de hegemonías sin amplias y radicales ideologías alternativas.

Las páginas de Aron sobre Clausewitz en el escrito de referencia se expanden de manera indirecta en la formulación de una crítica liberal muy apegada a su estilo de la situación mundial, y de la visión de las

8 Al respecto, ver Aron, R. (1968). *La Révolution introuvable. Réflexions sur la révolution de mai*. París: Fayard.

teorías sobre la guerra desde los años de Napoleón desequilibrantes o también gestoras de un nuevo orden hasta la década de 1970. Magnífica panorámica tanto por su rigor como por sus sugerencias, las cuales conservan la solidez y agudeza hasta los temas y vicisitudes de nuestros días.

El libro sobre Raymond Aron y la filosofía de la guerra de Clausewitz que estamos escarbando en este apartado abarca comentarios de los dos tomos de este autor. El primer tomo, de 471 páginas, al que el autor denominó *La edad Europea*, contiene nueve capítulos que se extiende en temas como la vida de Clausewitz desde un plano biográfico, intelectual y político; la formación de su pensamiento ubicado en los eventos que alimentaron la elaboración del tratado, la denominada síntesis final y el debate estratégico de este tratado; los medios y los fines en los que la tensión entre guerra y política se hace presente; lo moral y lo físico, es decir, fuerzas morales y materiales; la diferencias entre la defensa y el ataque, para luego avanzar en la teoría y las leyes de la guerra, la teoría y la historia, y de la teoría a la doctrina.

El segundo tomo, de 343 páginas, que se denomina *La Edad Planetaria*, abarca hasta fines de la década de 1970 e implica en sus analíticas asuntos como: del aniquilamiento al agotamiento; el encuentro de dos revoluciones, en el que se extiende sobre Lenin y la guerra; el armamento del pueblo; la era nuclear; las letras de la disuasión. La guerra es un camaleón por medio del cual analiza desde Vietnam hasta América Latina. Por último, el capítulo más denso desde el plano de la teoría política moderna es el referido a la política o inteligencia del Estado personificado.

10. La política, el Estado y la guerra

Existe la convicción de que la política nace con el Estado y con este la guerra, lo cual es real solo en cierta medida, y nunca de manera completa. Ahora bien, en términos efectivos, desde el mundo antiguo tanto la política como la guerra han sido fundamentalmente asuntos de Estado si entendemos como esto la existencia de un marco formal y constitucional que ejerce el poder sobre las personas, la comunidad y la ciudad, así como la comunidad constituida con base en leyes, normas e identidades.

Henry Maine señaló a mediados del siglo XIX: “La guerra es tan antigua como la humanidad, pero la paz es una invención moderna”. Thomas Hobbes nos situó desde el *Leviatán*, escrito en un clima de guerra civil, en una metafísica del realismo premoderno de la constante tensión entre libertad y necesidad. La libertad se relaciona en la historia social con la voluntad disidente y plebeya —ambas diferentes—, en el vértice para crear realidad histórica para tejer nuevas necesidades. El ámbito del encuentro entre fuerzas materiales transita en una suerte de geopolítica del cuerpo y sus capacidades colectivas, para alterar y contener un espacio singular que denominamos orden y realidad. Desde esta situación todo encuentro no es solo una lucha por la distribución del poder, sino que, además, es un espacio en el que las correlaciones entre eventuales realistas e idealistas constituyen un territorio común. Sea desde Hobbes para unos o desde Rousseau para otros, en esos conflictos ambos son actores de un mismo drama que los hace posible materialmente. Ambos son fundados en el duelo de voluntades. Se podría argüir que el *performance* productivo de estos eventos y la disponibilidad para batirse está condicionado por los niveles de acción desde lo posible y real para cada cual, y que el más realista en el rigor de las opciones estratégicas se hará de la victoria. Pero aquí enfrentamos un tema histórico tanto como teórico bajo la forma de un rompecabezas.

Hobbes tenía una visión mecánica del mundo, el universo y también del hombre que influirá mucho en las visiones sobre el poder, el conflicto y la razón social. La voluntad humana responde al intento de liberarnos de nuestros deseos y necesidades básicas y complejas, hambre, miedo, poder. La naturaleza —estado de naturaleza— sin el control de la sociedad sería una guerra de todos contra todos: “Solitaria, mísera, desagradable, brutal, y breve”. La solución es una forma de contrato social que imponga la paz. Hay un rechazo radical a la espontaneidad y al poder constituyente; hay rechazo al miedo de morir, más aún, de ser parte de una comunidad generativa y alterativa. De formas nunca del todo claras, las relaciones entre guerra y paz fluctúan entre el miedo al desorden y la pérdida de pavor frente a la muerte cuando se enuncia algo singular y original emergente.

La naturaleza de la paz, siempre más difícil en su estabilidad que la guerra, implica violentar las pretensiones de neutralidad y soslayando las prescripciones normativas de claro origen kantiano en uso; las cuales se expanden, incluso, a los análisis más prácticos y de acción de la geopolítica. Esta operación suele ser más retórica formal que real. Se resalta que la paz es parte de una victoria en la guerra o el conflicto y está sujeta a un campo de fuerzas entre los intereses del vencedor y la cooptación del vencido.

Así como el *Leviatán* se impone a lo largo de la historia de la tecnología de todo Estado nacional u orden internacional, también sabe, en muchas ocasiones, que lo que deja fuera, los vencidos y otras huestes de los márgenes, socavan su estabilidad con la intención de disgregarlo. La paz requiere siempre de racionalidad material, de un despliegue sin pausas de iniciativas tácticas y puntuales frente a los viejos riesgos; pero también de manera simultánea, frente a los nuevos, tanto como de una vocación mítica —de acuerdo con Carl Schmitt—, en referencia a la operación estratégica de la neutralización, la cual no está en las normas de la paz y, menos aún, en las de la actividad declarada del Estado. Alemania luego de sus derrotas en la Primera Guerra Mundial se levantó paso a paso frente a los ojos de todas las potencias mundiales hasta que ya se hizo tarde la contención; manipuló sus intenciones evidentes frente a Occidente, así como frente a la Unión Soviética.

La situación de realización de la victoria de reconfiguración de la paz en una efectiva y duradera conquista del derrotado ha sido durante el siglo *xx* y *xxi* un asunto. A semejanza de Kant, Wilson indicaba que la paz se logra sobre las bases de repúblicas democráticas que deben ser inmensas en número y solventes en calidad. Sin dinastías esta paz sería solvente. Pero la refutación de los últimos tiempos nos indica que es el mundo el que está en disputa con mucha independencia del tipo de regímenes que están en esta controversia. La paz mundial e incluso regional es frágil y sujeta a altos riesgos, sobre todo cuando se están definiendo las relaciones de poder por muchas décadas más por fuerzas estatales y exteriores a él, que desde dentro de él y por fuera del ámbito formalizado de la política. Se trata de la relación entre poder y potencia, bajo la forma relacional del poder de la paz y la potencia de los conflictos.

La dinámica amplia de la guerra entre Estados, culturas o grupos sociales, no se inclina a favor de la operación y de la idea de que cuando hay paz no existen conflictos de altos riesgos. Simplemente hay una multiplicidad de opciones en esas situaciones; una larga odisea de posibilidades entre las cuales las fuerzas que actúan desde lo dado de lo que existe, sin lugar a dudas, pueden imponer su voluntad para preservar el orden nacional o internacional establecido. Pero también ocurren inversiones que afirman una subversión, una negación a ese ordenamiento de la realidad. Las guerras en el límite de sus situaciones también dan lugar a otro sistema de poder y de lo político. Más aún, no solo como resultado de grupo victorioso, sino como producto además de lo que aconteció con la paz. Las repercusiones de los vencidos se impregnan en la forma de los vencedores; estos deberán cambiar para que su liderazgo sea consistente.

También ocurre que la masa de los derrotados no desaparece, sino conservará la mayoría de las veces el alma rebelde del esclavo que aspira a tener en las más diversas formas un destino sublime. Al no existir guerra absoluta en términos fácticos, no hay victoria perdurable; a no ser frente a la opción irracional de guerra nuclear total. Pero, aun así, ahí ambos duelistas están perdidos y junto con ellos la totalidad humana.

El orden complejo del zarismo y debilitado por sus agonías de racionalidad internas y su desgaste bélico y demográfico externo sucumbió dando lugar a una revolución social que décadas después se devendría no en una restauración, sino en una refundación completa que asume un variado programa de desafíos, entre otros, el de reinstalar su situación de poder mundial al tiempo que competir en el plano desde el cual se quebró como parte de su despliegue de fuerzas económicas y morales. Se podría señalar que se deshizo la Unión Soviética, pero no la Rusia histórica. El juego de poder mundial obliga a los sujetos políticos a cambiar su naturaleza y personificación cuando tienen las condiciones de recuperación. Pero si esa voluntad de estar en el escenario tiene reservas y retaguardia bien pueden retornar. No son los de antes, ahora saben con determinación jugar en el nuevo mundo.

Sin embargo, al mirar la raíz del tema, la guerra desde un plano histórico es primero que la paz. El enfrentamiento de grupos humanos desde los primeros instantes de lo social se expande hacia maneras cada vez más complejas e interrelacionadas con varios aspectos de las comunidades, hacia variadas construcciones de personificaciones y estructuras que implican desde el héroe hasta la actividad del soldado profesional en sus formas permanentes desde el mundo clásico. Es fundante del Estado y de la comunidad. Sus formas de acumulación de conocimientos serán decisivas para el saber de la política del Estado y de los conflictos. Los Estados emergen como instituciones de la defensa y el ataque de la ocupación del espacio y el encuadre de las personas. La organización de la violencia básica en dispositivos estratégicos de lucha racionalmente fundada, aparece como un proceso largo de aprendizaje, mejora de tecnologías de agrupamientos y de perfeccionamiento en la idea de estrategia.

La paz que debe ser comprendida con la guerra solo es comprensible a partir de la dualidad entre victoria y derrota. Son los victoriosos los que proclaman la paz. Las derrotas de todos ellos también esperan la continuidad de la paz hasta llegar a un momento en el que se salden las viejas cuentas del dolor. Hay una dialéctica entre estas dos categorías, pero no se trata de un asunto simple.

Estos aspectos de las guerras y los conflictos han intentado ser comprendidos y resueltos en parte cuando se les piensa desde sus complejidades intrínsecas, desde las teorías de juegos, disminuyendo de esta forma los niveles de incertidumbre. Thomas Schelling fue un economista que fraguó modelos de juegos de guerras de diversos tipos de intelectuales y científicos desde los años cincuenta, modelizando estrategias para el uso de las armas atómicas. El autor original de esto fue John von Neumann. Él se situó en las complejas interacciones entre los sujetos colectivos que tienen intereses contradictorios, y cómo esto afecta a cada uno configurando esto como objetos matemáticos, desde lo cual se podrían tener respuestas dentro del cuadro de qué y cómo serían los resultados al utilizar armas nucleares: “Si hacemos esto contra los soviéticos, cómo responderán ellos y nuevamente nosotros”, en un sistema de juegos de suma cero en el que los participantes tienen el interés común por ganar y quizás no

perder. ¿Qué ocurre si algo sale mal o trágicamente mal sin opciones de rehacer un cuadro favorable? Estados Unidos estaba comprometido en la guerra de Vietnam. El asunto es que las dinámicas complejas de las formaciones sociales del mundo de la vida no son susceptibles de formalizar completamente; por ello, las modelizaciones solo pueden tener una función indicativa, más aún cuando el tema es la guerra como se demostró en la guerra de Indochina.

La guerra, más aún la moderna, es mucho más que violencia pura. En la heurística de este proceso cohabitan las más frías racionalidades, y el más alto despliegue de las pasiones en contextos de cálculos pensados con tiempo y decisiones precipitadas por la vorágine de los hechos.

El agrupamiento para la guerra fue previo al Estado y la ciudad, e implicó la construcción de un territorio geográfico y cultural de los grupos más básicos. Este territorio es social, no es posible y no hay territorios individuales. La territorialidad de los individuos es la relación social con otros, por esto el conjunto total de estas relaciones es constitutivo del hombre, de la sociedad y de las relaciones de poder. Los individuos sociales son parte de las relaciones de poder. Pero estas comunidades constituidas alrededor de las guerras son los núcleos iniciales de las guerras con otras comunidades, y con ello, de la guerra y el poder. Todo esto emerge a partir de las rupturas del hombre con sus condiciones complejas de existencia y del proceso de emergencia de la propiedad y la expropiación de la energía de los cuerpos de otro.

Pero el ámbito de la guerra es parte del proceso de producción de las relaciones de dominio y poder. Es también un fenómeno en el cual se gestan las condiciones territoriales y demográficas del poder. La guerra nos ha sido expropiada de sus condiciones de intangibilidad, de sus relaciones con el poder social a lo largo de la historia de la especie humana. Ya no existe un yo explicable desde sí mismo libre y solipsista, sino inmerso en conjuntos de relaciones sociales que lo configuran. La toma de conciencia será así resultado de este proceso, será una reconstrucción intelectual explicativa de los fenómenos que ocurren.

La guerra es un fenómeno social, ahí está su raíz originaria situado como medición extrema en la construcción ampliada de relaciones

de poder y dominio: ocupar, dominar, derrotar la voluntad del otro, infundir miedo y sumarlo a la propia hegemonía. Pero ninguna de estas categorías será un logro total y mucho menos eterno. Todo estará invisiblemente siempre en ascuas.

Aquí se pueden establecer algunas indicaciones fundamentales que ensanchan el campo histórico y teórico de estos dos asuntos, es decir, política y guerra. Lo cual reseñaremos brevemente en virtud de la naturaleza más enfocada de este escrito. El Estado en su forma moderna es el resultado de la complejización de las relaciones de poder y de los imperativos de preservar variadas formas de contrato social. La política moderna depende hasta hoy del Estado como figura central de sus sistemas y relaciones.

Empero, la dinámica política no se consume, solo trasciende hacia los ámbitos más de base de las relaciones sociales y derechos hasta los internacionales. Hay que establecer diferencias entre la política como un tipo de acción profesional y permanente en términos de actividad, y la política ciudadana que se refiere a otros planos que desde el siglo xx adquiere enorme importancia sistémica. Para el primer tipo de situación de la política, la figura de Max Weber es fundamental. Recordemos el texto canónico, en este plano, de Weber, *La política como profesión*. Conferencia dictada el 28 de enero de 1919, aquí Weber establece en un alto nivel de abstracción, en el que uno de los rasgos fundamentales del Estado es el monopolio legítimo de la violencia, esta es física y material. Esta violencia no pertenece a la sociedad, de ahí la palabra monopolio. Esta situación es la que permite a todos hacer y ser parte de la política. Es decir, es expresión del Estado en un sentido de legitimidad que responde a un pacto o voluntad general. En la senda de Hobbes, desde su antropología negativa, su legendaria frase “*Homo homini lupis*” —el hombre es el lobo del hombre—, es lo mismo que el hombre de Aristóteles en estado natural, sin virtud, dominado solo por sus instintos. Weber define al Estado a través de una tesis indirecta (monopolio de la violencia), y asimismo define de forma aproximada la política desde una situación de crisis —como lo señaló Fernando Mires—. La política para él es asunto del Estado; pero veamos, no todo es siempre político, no obstante, todo puede llegar a tener un sentido político. Pero en tanto

el Estado es el lugar de violencia y del poder, la lucha por adquirir un lugar relevante en él es la lucha por tener poder con fines nobles o fines egoístas. Hay un magnífico texto de Max Weber del año 1916 que se denomina *Alemania entre las grandes potencias europeas*,⁹ en el cual a propósito del príncipe Otto von Bismarck y su libro *Pensamientos y recuerdos*, Bismarck se configuró como leyenda, Canciller y general victorioso entre 1866 y 1870. La nación alemana asumió frente a él una increíble admiración que en parte debilitaba sus convicciones de dirección colectiva y democrática de los asuntos públicos. Weber critica severamente dos asuntos básicos del sector más expansionista y aventurero del pangermanista alemán y la “vanidad conquistadora” de ese tiempo.

Además, Weber empalma una observación de fondo criticando las tesis de la geopolítica alemana que serían parte significativa de los planes de Hitler desde inicios de la Segunda Guerra Mundial. Consigna “no dejarse arrastrar por el deseo de escapar de las condiciones geográficas de nuestra existencia”. Refuta la idea de grupos de poder en esos años de anexionar Bélgica y Francia septentrional. Idea que a él le parece simplemente estúpida. Es notable este escrito, por lo menos, por dos motivos. Se trata de un texto de agudo análisis de la situación política-estratégica con énfasis en los asuntos comerciales, políticos y culturales, es decir, es complejo y amplio. Estudia con intensidad la situación rusa, inglesa y francesa, marcado por el rigor y la medida. Pero, por otra parte, enfatiza que Alemania debe asumir el peso de su desarrollo y rol europeo y mundial, y cargar de alguna forma, con su destino y sentido de gran país, si se da la pregunta sobre esta larga y terrible guerra. Weber comprende con gran realismo que, en el fondo del Estado moderno, la verdadera dirección no se verifica sustantivamente, menos en tiempos de guerra, en las proclamas, sino en el manejo diario de las políticas públicas, incluida la guerra por burócratas profesionales; también el ejército de masas que es dirigido por burocracias y funcionarios y no por nobles o sujetos improvisados.

9 Weber, M. (1982). *Alemania entre las grandes potencias europeas* (pp. 35-58). México D. F.: Folios Ediciones.

Es decir, analiza la guerra desde sus contextos con su tradicional estilo y rigor, pero no parece haber estudiado los temas de la gran estrategia a partir de la relación de Clausewitz del tratado de la guerra. Pero al igual que existe política por fuera del Estado y muchas veces en contra de él, también se ha visto a lo largo de la historia guerras que rebasan y pueden poner en crisis la idea del monopolio legítimo de la violencia.

Evento anterior que está presente en la noción de resistencia partisana de Clausewitz, y más ampliamente en el conjunto de eventos y conflictos armados durante el siglo xx y xxi. Con lo cual enfrentamos, por lo menos, dos hechos teóricos e históricos. Los conceptos de Weber muy establecidos desde hace décadas se refieren a las guerras y la política en el ámbito de lo establecido, pero no asumen de manera directa al conjunto de los hechos sociales de guerras y grandes crisis y menos por fuera de la legalidad nacional e internacional.

Es destacable que para Weber el capitalismo contemporáneo es una forma social de alta racionalidad sistémica como despliega en su obra *Economía y Sociedad*, no solo los singulares de una economía monetaria o de los planos contractuales del trabajo, o desde las relaciones de intercambios; más aún, de la separación entre propiedad y vida privada y mercado libre de trabajo. Por otra parte, establece una relación entre la noción de racionalidad formal como en dependencia del mercado en el que el cálculo económico en un plano monetario con independencia, no se puede realizar sin que ese mercado fije el precio del dinero en nexo lógico con la idea de que el mercado es un ámbito de intercambio racional en el que las partes buscan el beneficio.

Weber ha sido cuestionado en relación con su eventual visión de “democracia cesarista” de liderazgo, lo que es muy lejano a los límites que sugería para el poder carismático y liderazgo en sus trabajos. Pero, por otra parte, y desde nuestros intereses, llama la atención que por los años de tormenta y guerras en los cuales él vivió no haga unas reflexiones de fondo de por lo menos dos asuntos. En primer lugar, la racionalidad de las guerras dentro de un tipo de orden donde imperaría un tipo de racionalidad; y por otra, la relación entre poder, política y guerra.¹⁰

10 Se sugiere revisar los dos tomos de Max Weber publicados por la Editorial Folios, de México.

Al ubicar este texto de Weber, observamos dos situaciones singulares. Se establece un lugar privilegiado desde el cual emana el poder, y por el que discurre básicamente la política. Pero también, un ámbito e institución en condiciones de hacer de la violencia no solo su monopolio, sino también forjar una institución capaz de hacer de la violencia un instrumento aceptable y de poder; declarar la guerra a otras naciones y Estados. La guerra y la política se configuran en la figura del Estado como mediaciones fundamentales de su existencia.

Al situar el tiempo histórico y existencial de Raymond Aron como intelectual y hombre público, existe la necesidad de dibujar parte del clima de época que explica y hace plausibles muchos de los giros tanto polémicos como globales de los autores franceses de esos años de controversias y pasiones teóricas. En muchos sentidos, esa historia es también una historia intelectual y de grandes maestros del pensamiento. El ciclo que emerge luego de la Segunda Guerra Mundial pasará al relato social como unos de los más agudos y prolíferos de la gran saga de saberes en Occidente, en el cual el peso del intelectual influyente es un rasgo que tipifica la vida histórica de esa época nunca tan lejana, pero hoy tan irreconocible para quienes no la vivieron.

Esa pléyade de intelectuales mundiales guarda relación en temas de originalidad e impacto público con el siglo de la Ilustración. Fueron días y años de agudos y filosas diferencias, y también épocas en las que el intelectual sí tenía impacto público y político. Pese a que la humanidad se ha propuesto múltiples veces resolver los temas de la paz, singularmente desde la primera modernidad con Montesquieu, Rousseau y Kant, se formula esto aludiendo al eje nuclear de pacto entre Estados soberanos guiados por la razón. Durante el siglo XIX y XX, la empresa bélica alcanza niveles industriales e implica crecientemente a la población. Como factor de desmoralización de la voluntad de lucha y resistencia se golpea la retaguardia y sus fuerzas de producción materiales e industriales, también se quiere aterrorizar a la población y obligarla a ser un lastre moral para sus dirigentes. Las condiciones industriales, tecnológicas y logísticas de las guerras con objetivo de destruir, modifican la naturaleza del conflicto clásico desde una guerra en frentes de lucha delimitados, a una desmesura de guerra contra la población y el conjunto total de sus recursos de

vida. La guerra moderna facilita esto, más aún, el uso de armas bacteriológicas y nucleares que están ahí como amenazas. Hiroshima y Nagasaki fueron objetivos sobre la moral mucho más que sobre las fuerzas materiales de las armas japonesas.

En una notable obra Michael Howard titulada *La invención de la paz. Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*,¹¹ resalta que la paz se inventó entre los siglos VIII y XVIII como noción fundamental de un sistema político que requería de ella para estabilizar el poder entre dos fracciones fundantes de este sistema: la clase de los dirigentes guerreros que sostenía el orden por la fuerza y el clero que lo legitimaba. Según este autor, uno de los fundamentos del dominio europeo ha sido su actuar bélico durante muchos siglos; esto la dota del ímpetu de la guerra y de las condiciones de dominio y expansión externa y de control interno. San Agustín, en el siglo IV, forja la idea de que la guerra tenía que ser aceptada como situación del hombre caído; este era habitante tanto de la ciudad de Dios como de la de los hombres que a pesar de sus vicios tenía una función en el orden divino. Más aún, las guerras desencadenadas contra los enemigos del cristianismo son necesarias y justificadas. Hugo Grocio intentó, con mucho éxito, formalizar a principios del siglo XVII la noción de guerras justas, estableciendo que estas implican el propósito de superarla. Luego, en el siglo siguiente se señala el *ius in bello* al amparo de una guerra que produjera el mínimo de daño, y culminara con una paz justa y estable sin causar más daño que el necesario.

Es de importancia analítica el saber observar en relación con el tema de la actualidad de la guerra; saber de qué forma y hasta dónde el quiebre histórico al que llamamos “posmodernidad” tiene alguna significación reflexiva pertinente en el plano de la guerra y la paz. Jacques Barzun, al escribir su amplia obra *Del amanecer a la decadencia*, en relación con medio milenio de vida social y cultural especialmente de Occidente, despliega con una visión de moderado pesimismo una convicción de decadencia que ya vimos más radical en Oswald Spengler a principios del siglo XX, en función de la debilidad de las

11 Véase, Howard, M. (2001). *La invención de la paz. Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*. España: Salvat Contemporánea.

instituciones frente a cada ciclo de nuevos desafíos; pero también a la persistencia de la guerra como constituyente de la política. El trabajo de Barzun es de un realismo agudo en el cual admira lo grandioso de la cultura de Occidente, pero signa el período a la baja de esta gran civilización como fatalidad.

La civilización occidental se fue haciendo en virtud de una epistemología muy compleja que se refiere al desarrollo sin límites de la igualdad, y a la revolución de las formas de vida históricas como fines teóricos, pero de impacto psicosocial. Para lograr esto en nombre de estas premisas se debían utilizar todas las armas de la paz, la economía, la ciencia, la política y la guerra, poniendo la economía al servicio de un individualismo racional y calculador.

La guerra no ha sido un accidente furioso de instantes de irracionalidad sistémica, sino función misma de las formas de crecimiento y sostenibilidad del amplio orden geopolítico de la modernidad larga que, con la fractura del ciclo postmoderno, se agudiza en el grado en que se disputa cada palmo de cada lugar que abastezca con recursos humanos materiales y simbólicos en todo lugar del planeta. Se trata del sueño americano liberal, del europeo más próximo a sus orígenes sociales; del chino de nuevo eje mundial o del ruso de recuperación en el escenario global. La relación entre guerra y política no desaparece, sino que se complejiza. Fugarse de la maldición de la guerra implica superar la forma social en que se reproduce la humanidad desde, por lo menos, el mundo primario de la antigüedad.

El político y el estratega saben que pueden echar a volar su imaginación solo hasta el punto en el que esta sigue vinculada al conflicto rudo de la realidad; la especulación es sobre la lógica y dinámica de lo real. Hay una tensión entre lo abstracto y lo material inmediato. Lo primero juega con límites sobre las ideas y las generalidades de la historia y las experiencias. Lo inmediato en sus tumultos de hechos está ahí como desafío, que exige respuestas rápidas y de pocos errores. La lucha política como lucha por la dirección de un conjunto de procesos de poder es un conflicto de voluntades al igual que la guerra en términos de modelo de análisis, pero en esta se busca la hegemonía y el dominio a través de instituciones y procesos fundamentalmente regulados. En la

guerra se busca el desarme-derrota del contendor a través de la producción de bajas y disgregación moral y política del adversario.

Pero ambas personificaciones, el político y el estratega, juegan en territorios colindantes sobre todo en este siglo XXI. El nivel de formación de sus teorías y capacidades operativas se ven desafiados por la articulación general del mundo como objeto y espacio de luchas densas y por la cantidad enorme de incertidumbres que su acción tendrá en cada paso e indicativa relevante. Las estrategias están sometidas “al triple condicionamiento”. En primer lugar, por condicionamientos tácticos, es decir, al arte del encuentro. Condicionamientos por la totalidad estructural,¹² esto es, las campañas con o sin decisión. Las que desempeñan una decisión final y las que son síntesis de muchas batallas independientes entre sí, y culminan en una decisión final. Toda guerra es una totalidad, pero se llega a esta totalidad por algunos de estos dos principios expuestos. Pero lo más relevante para nuestro análisis es el condicionamiento “por la finalidad política”. Este dibuja y define el plan de la guerra, pero existe una tensión muy real en muchas ocasiones, entre el fin político y los fines más limitados y específicos de la guerra, frente a los tres objetivos claves del conjunto de acciones bélicas en juego: la voluntad estratégica del enemigo, las fuerzas armadas enemigas y los recursos de este. El elemento que determina estos tres ámbitos desde el plano de la guerra es la neutralización de las fuerzas armadas. Pero desde el plano de la dirección política, es la voluntad y determinación de lucha. No obstante, en el caso de Clausewitz, en relación con estos señalamientos él sabe que no hay guerra ideal y que el roce y dinámica de la vida altera las prioridades generales en cada caso.

Ahora el político, más aún el hombre de Estado, al enfrentar un conflicto de guerra debe saber jugar con las alteraciones de los factores señalados, tanto como con la forma en que actúan los marcos condicionantes. Los sujetos más esquemáticos viven las adaptaciones como si fueran traiciones al dogma; atrapados en esquemas se apegan a modelos como si estos fueron lo mismo que la realidad. El político como estratega mantiene un rumbo, pero sabe que la voluntad

12 Al respecto, ver Negri (1993) y Negri (2015).

del contendor, sus recursos y sus fuerzas en armas entre sí se vinculan de manera dinámica que es posible debilitar uno y hacer entrar en derrumbe a los otros de manera secuencial o simultánea. El estrategia aportará las formas y líneas de acción más aptas para darle sentido al conjunto de esfuerzos parciales en la búsqueda de la derrota del enemigo. Uno y otro aportan niveles complementarios, aunque el objetivo político último sea la línea de horizonte al ingresar a un tiempo que será largo de aumento doble, tanto de la complejidad como de la articulación de los factores constitutivos de los órdenes mundiales. Tanto los condicionantes como los clásicos “tres objetivos” se confunden en varias combinaciones con otros, como son los procesos de relaciones internacionales de largo tiempo, los fenómenos culturales e identitarios, los climas y estados de la opinión pública mundial y local como factores de fuerza políticas y morales.

Raymond Aron señala que acepta que el pensamiento de Clausewitz, más aún referido a los asuntos tratados en el párrafo anterior, son dialécticos en vínculo con Kant y Hegel. Pero se pregunta en qué sentido de la noción de dialéctica lo es. Los medios y fines de la guerra desde el combate hasta la campaña se organizan en relaciones de jerarquías y secuencias. Pero al ingresar con rapidez todo conflicto al ámbito de las fuerzas y el campo mundial, estas analíticas deben enfrentar múltiples factores diversos, que son sometidos a fines superiores no como sumas, sino en tanto síntesis creciente desde lo más básico a lo más complejo, en los que cada síntesis está repleta de incertidumbres. El instrumento y tecnologías militares se someten a los fines políticos, pero lo hacen imponiendo a la política la forma “de obligaciones y límites”. Además, agreguemos que en este tiempo, la combinación de múltiples medios de guerra de alta tecnología abruma muchas veces la razón política del Estado y sus altos funcionarios que no están habituados a pensar de manera efectivamente compleja, sin sucumbir a una razón tecnológica o militar simple. Los combates construyen el material del diseño estratégico; a su vez los planes gestan las condiciones para las victorias tácticas. Pero los planes no solo tienen a los planificadores convencionales, sino también fuerzas mundiales que de forma directa y mucho más indirecta nos afectan y definen (Aron, 1987, p. 272).

La fuerza de cada ejército y también —agreguemos Estado— pertenece y contiene fuerzas morales y materiales. Lo material no es simple son los medios, pero también la capacidad de ponerlas en juego en la mejor combinación temporal y espacial posible. Pero la moral alude, en términos básicos, a la calidad del mando; es de una inmensa complejidad intelectual. No solo debe dar confianza, sino poner en juego lo mejor del total de sus fuerzas de manera cohesionada y con confianza en la dirección. Ninguna fuerza sabe todo lo que puede dar cuando puede sobreponerse a los reveses. Una dirección con densidad moral logra sacar esa potencia de fondo y muchas veces latente. Destaquemos que el ilustrado y riguroso Clausewitz hoy nos permite aproximarnos a las teorías de juego, la economía, la teoría política de Maquiavelo con ojos modernos. Es decir, estamos frente a alguien que tenía un saber dialéctico a pesar de que no es seguro su manejo en fuentes directas de Kant o Hegel.

Zygmunt Bauman hace referencia a esto desde una sociología crítica cuando señala que “el mundo actual sea un contenedor lleno hasta el borde del miedo y la desesperación flotante que busca desesperadamente una salida”. La desesperación es también una forma de fuerza moral en estado de formación básica en situación primaria, que puede decaer a hacia la dispersión o constituirse como un orden de fuerza, como fuerza social e incluso política en movimiento. Es algo que si logra el estadio de la política, se configura como fuerza material. Hasta el siglo XVIII la relación entre la economía, la política, la guerra y el sistema internacional, eran tratados de manera no como independientes, pero sin una unidad orgánica suficiente que lo articulara a las relaciones de poder y dominio. Hasta ese período, las relaciones de intereses y comunicaciones eran aún laxas, aunque en espectacular desarrollo tendencial. Ahora bien, en este tiempo se deben integrar a las categorías anteriores los temas sociales y culturales como partes integrantes de los procesos que llevan a la guerra junto con los más evidentes. Las nociones de fuerza actuales son menos lineales que en el siglo XIX; estas pueden comenzar de manera muy molecular hasta lograr formas de reproducción muy amplias y permanentes como ha ocurrido como diversos movimientos políticos y culturales en el siglo XX.

La referencia a Bauman podría ser complementada por otra, al delicado texto *Qué es la política*, de Hannah Arendt, cuando ensaya su pensamiento sobre la guerra total y el pavor civilizatorio producido por la bomba atómica, en un contexto en el que la vida política se hace mucho más amplia y decisiva. Nos recuerda que el poder de destruir y reconstruir equilibra la balanza, pero solo en los casos de guerra convencionales, no en un conflicto nuclear generalizado, en el cual esta antigua relación se pierde de las opciones de cálculo político, y en el que la aniquilación afecta irremediablemente al aniquilador al desaparecer un fragmento del mundo de todos. La guerra y los conflictos clásicos eran parte de la vida misma de la *polis*. Hoy son elementos componentes de vida política mundial.

Ahora bien, estamos en un punto en el que la guerra de manera muy fundamental, por lo menos mucho más que en la modernidad histórica, es para evitar el aniquilamiento cuando nos referimos a la paz mundial, en la que el poder sobre el mundo de los grandes actores o sistemas de alianzas es algo que se calcula periódicamente siempre al amparo de la opción de guerra como parte consustancial de la empresa política. Paradojalmente, la ruptura de la hegemonía de Occidente abrió ya una crisis o fragilidad de la paz y aumenta los riesgos de guerras de amplias proporciones. La labor del estratega se amplificó; este debe considerar los riesgos de la guerra desde un plano más amplio y, desde luego, más complejo que sus iguales del siglo xx. La globalización, en lo que respecta a estos asuntos, implica que el espacio de los posibles encuentros se extendiera y profundizara hacia varias dimensiones, que los tiempos se aceleraron y que las correlaciones entre los eventos que se ensamblan en sistemas y subsistemas es muy amplia.

Desde este plano, la política de la guerra y sus estrategias buscan la victoria total sobre el contendor pulverizando su moral y voluntad de resistencia. Aniquilar la voluntad de una nación, pueblo o cultura en las condiciones del siglo xxi, implica un volumen de violencia directa e indirecta que el derrotado tendrá pocas condiciones de recuperación civilizatoria en el mediano plazo; y, desde luego, servirá siempre como ejemplo frente a otros conflictos.

La noción de política que hace referencia a la dirección de este tipo de guerra es, desde luego, el dominio o la hegemonía autoritaria; en algunos casos como dispositivo de producción de consenso que como dinámica democrática participativa. Las formas que han adquirido más aún las guerras y amenazas de guerra en lo que va del siglo *xxi* pueden ser tipificadas como de aniquilamiento y ocupación. Esto resulta en grado fundamental del hecho que lo que está en disputa hoy es la dirección del mundo. Es el tipo de mundo que se construye y sus formas políticas mundiales y locales. Este tema, para nada resuelto a pesar del giro hegemónico desde Estados Unidos y Europa a China y Asia, contendrá en su despliegue guerras convencionales y posiblemente una guerra nuclear local.

Pero asistimos, por lo menos, a un gran campo de dislocación entre teoría y política con relación a los factores de contornos políticos, culturales, que producen las situaciones de guerras. La primera tendencia es la fenomenológica-descriptiva que se ubica desde la crítica a la modernidad política y cultural, y reseña múltiples y reales fenómenos de violencia de Estado y social, que naturalizan la mentalidad de guerras de variados tipos a pesar de poder hacerlo desde un ángulo crítico. Por otro lado, la de una postura gnoseológica basada en una ética amplia que arriesga algunas prescripciones, pero sin profundizar en las condiciones políticas esenciales que hacen posible el juego democrático, la paz en contexto de diálogos y multilateralismo, así como de mundialización. También sucede que se abrió en las últimas décadas una amplia contienda de críticas a las racionalidades, que proviene tanto del enfoque conservador estadounidense y sajón con Samuel Huntington, Francis Fukuyama o Isaiah Berlin, entre otros, en relación con la victoria de Occidente y los factores de conflicto del Este; concurrentemente desde visiones críticas intelectuales como Jürgen Habermas, Zygmunt Bauman, Eric Hobsbawm, intercedieron desde distintos sesgos en los temas de la política, la democracia y la guerra.

La discusión no es solo pertinente, sino esencial para proyectar destinos posibles sobre las bases de una reconfiguración del sistema-mundo. Las fuerzas de fondo que actúan en esta efectiva reconversión provienen, como se ha señalado, del derrumbe del sistema soviético

y de la expansión y profundización del orden del capital. Pero esto se da en medio del cambio acelerado de hegemonías y de amplios ajustes en el sistema internacional que están lejos de culminar.

Es posible desde un cierto pesimismo político y filosófico postular un amplio y largo ciclo de crisis general, pero no catastrófico del orden de convivencia de la humanidad que, en todo caso, no descartamos como hipótesis posible. Toda conclusión depende de cuatro factores. Primero, superar por una parte, hacia una línea de base mínimamente eficiente, la debilidad de los organismos multilaterales que preservan la paz y las relaciones armónicas entre las naciones y las culturas. Segundo, construir salidas pacíficas desde el derecho internacional preservadas por los organismos multilaterales. Tercero, avanzar en términos prácticos en la política del diálogo de civilizaciones y los objetivos del milenio. Finalmente, fortalecer los organismos multilaterales. Sin embargo, en los últimos años la dirección de los hechos ha sido la contraria, y lo que se observa es un deterioro inaudito de los marcos del derecho internacional, con lo cual, y desde un realismo básico, nos pone frente a un desastre mundial que puede irrumpir en varios lugares del planeta.

Raymond Aron, no solo desde su texto sobre Clausewitz y unos soportes liberales, nos integra a la reflexión entre el sistema mundial, la paz y la guerra, pero lo hace aludiendo en un realismo solvente. Una guerra amplia y larga hoy a escala mundial sería una regresión civilizatoria grave al no situarse desde una ética universal, sino instalando en una analítica que parte de la tesis clásica de preminencia de la política. Aun en la etapa de formulación de amenazas nos permite —Aron— dibujar el cuadro de conflictos potenciales a partir de las trayectorias de intereses globales de alto riesgo. Convengamos que si la guerra depende de la política es necesario establecer por lo menos operaciones de la lógica analítica. Por una parte, saber si ya ingresamos a una etapa de compás de espera estratégica; y, por otra, saber cuáles son los conflictos con valor de precipitar guerras locales regionales e incluso de riesgo nuclear.

En nuestro ensayo arriesgamos un modelo de interpretación doble. Por una parte, resaltamos ámbitos de la obra de Clausewitz con

los ojos de Raymond Aron desde la epistemología de este último para ordenar y singularizar el cuerpo de pensamiento estratégico del mariscal prusiano. Pero intentamos hacerlo manteniendo la preocupación en la forma en la que Aron analiza la guerra en la gran obra, y destacando la complejidad intelectual del filósofo francés siempre como el plano más relevante de nuestras sugerencias de análisis. Si Clausewitz refuta los modelos pedantes de muchas teorías de la guerra, Aron, a su manera, ironiza sobre los teóricos abstractos de la guerra que se basan en modelos rígidos que no solo se alejan de lo real histórico, sino producen graves costos humanos cuando intentan adecuar la realidad en esquemas abstractos. Todas las disciplinas y saberes humanos, incluidos los más sofisticados, tienen en sus historias, muchas veces ocultas, grandes errores de competencias que son difíciles de concebir en sujetos profesionales; la guerra los tiene a lo largo de su profusa biografía.

Durante muchos siglos, la selección del mando se dio en virtud de criterios que no eran esencialmente profesionales. También incurrían factores de prestigio familiar e incluso de fortuna dineraria tanto como de pertenencia a grupos de poder y prestigio, lo cual tuvo efectos desastrosos en muchos casos que han sido estudiados. La magnitud del mando de una fuerza en los niveles altos de esta implica y exige condiciones de formación, experiencia, temple y ductilidad muy altos. La guerra moderna ilustra, desde 1914 hasta hoy, un considerable número de bajas producidas por la incompetencia en muchos momentos de combinaciones de visiones infundadas de altos políticos de Estado y mandos refractarios, a indicar problemas del diseño estratégico u obcecados en apegarse a modelos muy básicos frente a la alta complejidad de la guerra.¹³

Los jefes militares deben actuar en condiciones de extremas exigencias e incertidumbre. La gran mayoría de las veces con órdenes que cambian con rapidez de acuerdo con la evolución política de los acontecimientos. También frente a enemigos que, por lo general, aprovechan toda incongruencia y vacilación. Toda la dinámica global

13 Al respecto, ver Regan, G. (2001). *Historia de la incompetencia militar*. Barcelona: Editorial Crítica.

de una guerra alude a la complejidad y máxima visión de conjunto integrado tanto por la escala de los hechos como por la velocidad de lo que ocurre en una amplia gama de alternativas desde las cuales el mando, primero político y, desde luego, el militar, deben optar. Es una empresa no solo exigente; además de esto, alude no a una noción genérica de error, sino a unas formas de medir el error en bajas, prisioneros y desaparecidos, cuyo sentido estratégico y moral son inmensos.

Un vértice sensible de toda reflexión sobre la política como asunto amplio y, desde luego, también respecto a la guerra y las relaciones internacionales, alude a saber si la historia tiene una dirección que la guía y fundamenta; sueño desde el mundo clásico en la búsqueda del destino. O saber si la noción de finalidad es un lugar que indica y aporta lógica a los esfuerzos de pueblos, civilizaciones, así como a los grandes esfuerzos políticos que implican lo anterior desde por lo menos una intangibilidad aproximada. Desde luego, la actividad humana está situada en la incertidumbre, pero esta referencia puede ser asumida desde la convicción que sí hay una flecha del tiempo que marca un progreso difícil dentro del cambio, pero real que oriente cada empresa sustantiva de la humanidad hacia un gran lugar que espera más adelante, lo que permitiría saber si la historia habita en nosotros; o si está de alguna forma situada en el sentido del tiempo y sus futuros —como señala Henri de Saint-Simón, Auguste Comte y Hegel—, y de manera más dúctil y menos determinista. El propio Marx actúa con una inmensa confianza de estar a favor del progreso y la historia.

En contra de la visión más iluminista satirizada por Giambattista Vico, Aron deconstruye desde la razón y el realismo complejo estas nociones arropándose en una empresa humana que está fraguada en la relación entre determinación muy relativa de historia y eventos, que corresponde a los resultados de la acción de los hombres en contexto de incertidumbre. Las leyes de la historia no van con sus patrones de pensamiento. No hay un fatalismo histórico, pero sí se resalta la libertad humana liberal de la acción como espacio que define; empero, no determina plenamente los destinos colectivos. La

política, al igual que para Weber, es un área con amplios márgenes de autonomía, y por ello no se encuentra determinada por la economía, sino que libra en sus estructuras, procesos y dinámicas con sus propios juegos.

A diferencia de la teoría liberal del siglo XIX, lo que formula Aron no se centra en principios generales y abstractos. En él es el análisis de lo real concreto de las opciones y veleidades de lo que acontece, lo que debe ser estudiado desde un ángulo liberal sin apelar a las grandes teorías, sino a saber cómo y en cada situación se preserva la condición de evitar toda resolución autoritaria en el proceso político; en la tradición sobre todo de Alexis Tocqueville, en la que Aron observa un liberalismo de las ideas y las sugerencias para analizar sin ilusiones lo que ocurre.

En un breve y magnífico diálogo entre Raymond Aron y Michel Foucault del 8 de mayo de 1967, es decir, un año antes de la convulsión de mayo de 1968, y en un tiempo en el que los dos autores tienen un camino aún rico por recorrer difundido por radio con la convocatoria de *France Culture*, al amparo de “Las ideas y la historia”, es que se encuentran estas dos figuras del saber galo. Los que ya son sus temas emergen en ese breve encuentro: epistemes y dispositivos para Foucault; por otra, estructura y continuidades para Aron. Una mirada arqueológica la de Foucault, la otra entre sociológica y filosófica la de Aron. Foucault pone en crisis las arquitecturas clásicas de Hobbes, Locke y Montesquieu de la teoría política con la relación entre poder, castigo y cuerpo.

Aron, comentarista frecuente de *Le Figaro*, al observar la diplomacia, la guerra y el poder, postula una dinámica más fluida y menos rupturista entre contextos, estructuras y actores. Cada nivel determina y, de alguna forma, sitúa espacios de libertad, pero existen márgenes que dotan de sentido y permiten una toma de conciencia “que le da un sentido a nuestra decisión de hacer esto o aquello” (Bert, 2008, p. 56).

Se trata de un debate sobre libertad y determinación de la empresa humana. Esto es sobre la dinámica del análisis del cambio

histórico, al situarse en la producción de condiciones de verdad y en los efectos de las relaciones más moleculares de reproducción de la relación poder. Foucault ve esos fragmentos que constituyen un orden social aparentemente sólido y estable. Sin embargo, privilegia la estructura más que las transformaciones, confundiendo en ocasiones sincronía con estabilidad. Aron intenta, en este caso, mirar no las moléculas, sino los órdenes más generales que emergen como estructuras de época. Al describir la estructura, se señala un conjunto de elementos que pasan a ser observables y analizables. Las mutaciones aceptan la significación del azar, pero no sucumbe a esto; entiende el concepto de estructura como un estado y situación en movimiento; observa el tiempo más pausado de la dinámica histórica. Ve más una estabilidad, pero dentro de un tipo de historia que no es un proceso uniforme donde el futuro estaría inscrito con claridad desde ya en un absurdo determinismo dogmático e integrista. Foucault —señala Aron— es un relacionista que desborda métodos y técnicas de la historia y la filosofía. Aron, aun aceptando las discontinuidades y sus originalidades, resalta la significación de los períodos de transición, ya que ahí se pueden observar las dificultades de una sociedad desde los planos internos y externos para lograr la estabilidad.

En Aron las relaciones del sistema internacional se despliegan como un juego en el que las estructuras y acuerdos la dotan de un conjunto de regularidades medianamente predecibles. Una de las regularidades de la diplomacia y de la política internacional es que su territorio suele ser considerado como un espacio en el que la forma y el lenguaje suavizan la sorpresa desde Westfalia y, más aún, desde Metternich.

Pero la guerra es otra cosa al decir de Clausewitz —con la mirada de Aron—, puede aparecer simple, pero está configurada con un conjunto de “piezas” complejas, cuyas relaciones generales son poco predecibles. La teoría de juegos, formulada en términos matemáticos por von Neumann en estrecha colaboración con Morgenstern, intenta superar las incertidumbres del conflicto y la guerra. Pero parte de un problema de origen al suponer una racionalidad congruente de los actores que intervienen en esta, lo cual limita las pretensiones predictivas de estas teorías. Así, se queda a nivel de patrón general de

probabilidades e incertidumbre, en el que esto último es significativo en tanto el azar y las mismas incertidumbres se incorporarán más formalmente que en términos rigurosos. Es así porque los sujetos sociales de la guerra son, además de seres racionales, también pasionales y propensos a actuar con base en sus sentimientos inmediatos. Más aún, en la guerra el tiempo tiende a la entropía, al aumento de lo disipativo, es decir, al abrir el juego tenemos unos datos en relativo orden, pero con cada juego mío y del otro implicando además de los roces y juegos oscuros de los que no son los duelistas, aumenta la incertidumbre general. Aristóteles señaló: “Una parte del tiempo ya ha sido y no es, mientras la otra será y todavía no es. El tiempo está hecho de ellas, ya sea el infinito o cualquier tiempo que queremos tomar. Parece natural suponer que algo que está hecho de cosas que no existen no forma parte de la realidad”.

La anchura filosófica de Aron, su experiencia vivencial de la guerra y su ineludible afán polémico teórico como el que mantuvo en varias ocasiones con Sartre, Merleau-Ponty, Foucault entre los variados objetivos y personificaciones de sus críticas; además de sus lecturas profusas sobre los temas de la estrategia tanto política como militar, le permiten postular un tipo de análisis de la obra de Clausewitz que, como señalaremos, no le cosifica o escolariza. La guerra es parte y tiende a sus propias razones incluso a su autonomía. Pero es integrante del proceso político e histórico de un Estado soberano, de sus pretensiones y miedos, de sus riesgos; pero, antes que nada, de su situación, de su tendencia a la hostilidad absoluta —como lo planteó Carl Schmitt—.

La opción por escribir sus tratados sobre Clausewitz en la década agitada de 1970, en una Francia alterada como señalé en los primeros capítulos, por ideas y movilizaciones, es desde el sentido común un acto políticamente equivocado. Lo hace y reconfigura en los círculos académicos, políticos y militares, las opiniones inerciales y vetustas que existían; en gran medida a contracorriente del estado de opinión de sus pares académicos.

Si reseñamos la pléyade de intelectuales de diversa alineación teórica, descubriremos que la mayoría de ellos están en la crítica social, o

en la revisión de los grandes esquemas de interpretación. No piensan la guerra como problema crucial de la teoría de la historia y la política.

Herbert Marcuse, heredero directo frente a otros más periféricos de la Escuela de Frankfurt al igual que Erich Fromm, Jürgen Habermas, Claus Offe, es quizás uno de sus últimos representantes. Junto a otros pensadores como Hans-Georg Gadamer, Niklas Luhmann, Karl Popper, Isaiah Berlin, Maurice Merleau-Ponty, Albert Camus, Karl Jasper, Ernst Bloch, Joseph Schumpeter, John Rawls, George Santayana, Carl Schmitt, Michel Foucault, Ernest Gellner, Elias Canetti, Edgar Morin, Hans Kelsen, Giovanni Sartori, Norbert Elías, Hannah Arendt, Norberto Bobbio; cabalgando cada cual en su postura y visión de mundo y vida, animaron el panorama de una época junto a varios otros desde los espacios públicos y académicos dejando esa impronta espiritual de posguerra. Pero la guerra, para ellos, es un tema de crónica y opinión, a lo más llegan a los asuntos de la violencia, pero no del análisis del ámbito bélico que es lo que hace Aron.

No estamos obligados a identificar las mejores opciones en teoría política desde esquemas puros y formulaciones alambicadas; las experiencias históricas aportan singularidades que nos colocan en sendas de lo posible y plausible frente a otras opciones, muchas de ellas en leguajes de alta sofisticación formal con amplios soportes estadísticos, matemáticos, pero que se desvían de un aspecto central de la filosofía de la historia: la de saber cuál es la naturaleza del conflicto político o bélico en cuestión. Escarbar en los laberintos de lo histórico y político a la manera de Aron es un esfuerzo que no se deja dormir en los fanatismos de época y de la moda académica. Luego de décadas en las que se cree que el realismo analítico es igual al empirismo o mecanicismo escolástico, revisar las páginas de Aron nos lleva hacia una analítica fértil en términos de los enfoques de observación que utiliza y, más aún, abierta opcionalmente.

Recordemos los trabajos robustos de Robert McNamara, secretario de Estado, referidos a las condiciones necesarias para ganar la guerra de Vietnam. Estas prolíficas páginas resultaron infructuosas para comprender que esa guerra no se podía ganar, entre otros

factores, porque el conflicto en sus conjuntos estaba mal tipificado. No era comprendida su naturaleza y, más aún, el factor geocultural y psicosocial del perfil del “enemigo” no le parecía importante; asunto al cual alude Aron en el texto sobre la guerra. Vietnam fue una triple guerra: por una parte, una guerra civil entre el sur y el norte; una guerra de liberación nacional para el norte. También una guerra revolucionaria por la forma que se ubica en el cuadro internacional de ese período. La Casa Blanca la ve como una subversión comunista que gestará un derrumbe “de dominó” en todo el sudeste asiático. Lo hace desde un reduccionismo analítico ingenuo y abstruso.

Los intentos por pasar de la verdad formal analítica en teoría política a la realidad, muchas veces se configuran como una trampa fatal y circular. Estados Unidos tenía como caudal de información la guerra de Indochina en la que Francia fue derrotada, pero con soberbia no utilizó esas experiencias pensando que ellos podían hacer mejor la guerra. Su fracaso fue en términos relativos mayor al de las tropas coloniales de Francia en 1953.

Hegel sabía que la referencia a la historia, es decir, el aludirla por lo menos supone dos cosas diferentes. El de desentrañar su significado y efecto muy amplio en la humanidad, y cómo esa historia opera, actúa y afecta en la autoconciencia del sujeto. Los analistas sobre la política y la guerra, en muchos casos, escriben para alguien que los induce al sesgo sumiso. Aron es, en este plano, un rebelde, quizás hasta un disidente alineado, pero intelectualmente libre. Se trata de una comprensión y una síntesis jamás lineal y nunca completamente certera con la cual da lugar al análisis, que en los últimos trabajos de Aron aparece como una suerte de duda sistemática; pero nunca lo deja inmóvil y dubitativo. Es uno de los primeros en señalar públicamente que Argelia tiene derecho a ser libre. Cuando analiza la crisis de Berlín, la de los misiles en Cuba, o reflexiona sobre el poder militar soviético, abre el marco por una parte de sus significados, pero también las opciones que pueden gestarse a partir de ahí, sin perder el peso que juega el hombre de Estado con sus vacilaciones y arrojos.

La política de los modernos, más aún en este siglo XXI, nos aborda en un amplio espectro —en ocasiones trágico— de sendas alternativas

respecto al futuro entre verdades e interpretaciones. La teoría política busca hermenéuticas, por lo menos de largo plazo, junto con giros en brazos como, por ejemplo, la de los significados e intereses de algo. Esas infernales frases de “aquí se juega todo” o “esta es la hora decisiva” suelen ser más melodramáticas que reales. Muy alejado de la noción de virtud de Maquiavelo que Aron estudia a lo largo de su vida, hay rasgos en Aron que conmueven por su profundidad entre estoicos, en términos de la forma fría de estudiar un asunto; así como una actitud escéptica cuando entiende que las opciones son todas difíciles y cada una tendrá costos para quien la dirija.

Recordemos que, para Maquiavelo, el virtuoso es aquel que es capaz de hacer frente al destino cuando la virtud está de su lado, y de crear las condiciones para que regrese cuando esa fortuna le abandona. Por ejemplo: las desventuras que tuvo Clausewitz frente a su opción de marchar en el ejército ruso cuando otros en Prusia optaron por negociar con Napoleón. En ocasiones, de manera paradójica, Aron realiza una compleja operación intelectual. Al igual que Maquiavelo, sostiene una antropología negativa, parte de que los hombres reales se mueven de manera muchas veces confusas por intereses alejados de alguna nobleza.

En su *Introducción a la Filosofía de la historia* insiste en reflexionar filosóficamente respecto a la historia y hacer análisis de las situaciones globales, sobre la economía y las relaciones sociales, los regímenes políticos y las relaciones entre las clases, las discusiones ideológicas, así como las guerras del siglo xx precipitadas en “nombre de la filosofía”. Como nos diría Maquiavelo, el buen ejercicio y análisis del poder impone un saber riguroso sobre la realidad y de los fundamentos ocultos detrás de las máscaras de los hombres. Jamás deja por fuera al hombre concreto, singular. Aron no se engaña al indicar “guerras en nombre de la filosofía”, no nos dice por la filosofía; tiene una visión relista, pero no chata de los seres, las ideas y los fundamentos del conflicto político. Parte de ese punto de vista, lo que no impide que admire a sus adversarios, y tampoco que se limite a la hora de desmenuzar a sus contendores más allá de lo que estos señalan de sí mismo.

Más aún, al contextualizar desde los planos de cómo se supo y cuáles fueron los regímenes de rigor de las analíticas de las teorías políticas de corrientes consagradas durante buena parte del siglo xx, observamos que todos discursos dependen mucho de su singular noción de verdad. Gottlob Frege nos advertía que tanto la argumentación racional como la estructura misma del lenguaje debe ser entendida, si sabemos trabajar dos cosas distintas. Una, el sentido de nuestras palabras y sus referentes. La guerra como duelo, la trinidad o el ascenso a los extremos, van configurando en la gran obra formulada por Clausewitz y recuperada por Raymond Aron, una fluida cartografía de análisis entre sentidos y referentes, entre teoría y hechos históricos.

En el duelo existe una imagen construida para sintetizar una singular relación social de violencia desde la cual se hace plausible la noción de desarme moral. Al esculpir la noción de duelo como síntesis de varios factores se hace posible salir de la circularidad de guerra-muerte, e incorporar el desarme material y moral del otro como objetivo. El sentido de una oración es lo que se entiende cuando nos hacemos cargo de una frase. Es entender lo que se nos quiere hacer entender en un modelo, o en este caso, esquema teórico de análisis. La reseña es la guerra, pero no de cualquier manera, sino desde el ángulo de la moral como fuerza y recurso. Traigamos nuevamente la imagen de *El Príncipe* de Maquiavelo. Este sujeto conceptual para él era la postergada república en el pretexto astuto de su producción programática y teórica en la Florencia de los Médicis. La carga de esta imagen heurística es evidente para el que coloque el libro de Maquiavelo como parte de una lucha teórico-política.

Pero como el mundo social se configura también a partir de conceptos, importa destacar que una de las cualidades de Aron en sus escritos más amplios es dotarnos de imágenes y palabras que logran fundir el sentido y sus referentes. Al pensar la guerra se instala un desafío: el de cómo se piensa algo tan complejo y caótico, con qué imágenes aludo a este esfuerzo. Ahí todo el capítulo de las discontinuidades es una enorme complejidad tanto en las guerras, en la política, como en la cultura, en el orden, y así también del sistema mundial, entre libertad y necesidad. Regresamos al señalamiento del sentido y sus referencias, como cuando Liddell Hart le critica a Clausewitz

desde un sesgo liberal sobre la guerra su entusiasmo por la guerra absoluta, asunto que refuta Aron con fuerza. La guerra se ha modificado por los cambios tecnológicos y geopolíticos que aluden a sus funciones de manera cada vez más vertiginosos, pero la imagen del duelo en Clausewitz y del poder de Maquiavelo continúan ahí como referencias de análisis y comprensión.

Las manos que configuran a un sujeto como Raymond Aron no solo son complejas y de pronto contradictorias, sino también responden a la sensibilidad de una época de la historia más profunda que forma el carácter de una persona. No es posible escarbar en cada detalle significativo, apenas es posible establecer nexos e hilos que conjuran la personalidad de un intelectual activo, agudo y polémico.

Recordando nuevamente, Aron es condiscípulo de Jean-Paul Sartre en la Escuela Normal Superior, apertrechado de una singular capacidad polémica y elegante ironía frente a amigos y detractores en la producción de enunciados políticos y filosóficos que nos recuerda a Pierre Bourdieu o Louis Althusser; arrancados de giros que anexan las ideas políticas con la historia intelectual quizás por sus afanes periodísticos y narrativos de lo más actual, existe una forma propia y singular del pensamiento aroniano que es distinguible frente a otros autores liberales de significación como es, por ejemplo, Isaiah Berlin. Pero sin llegar a ser una escuela en sí misma o una doctrina, lo que se destaca es su fluidez y falta de dogmatismo a pesar de momentos de aguda polémica; tratándose del balance final, el producto es abierto y complejo, como ocurre en la larga entrevista ya comentada de *El observador comprometido*.

La pluralidad del pensamiento, superadas las jornadas primarias de formación de un autor, es decir, cuando hay unas matrices reconocibles en las analíticas, emergen y se hacen visibles, es un tema que contiene densidades semejantes a la creación en otros ámbitos, como sucede con las ciencias y las artes. Se habla de una obra de fuste que siembra escuela cuando se reconoce un estilo tanto como cuando el autor es capaz de sorprender con giros inesperados.

Destaquemos que esto es lo que tiene Sartre desde unos géneros y soportes más amplios, pero aun así sorprendía su ductilidad creativa

como filósofo, dramaturgo, novelista y activista. Sin embargo, esa maravillosa ubicuidad generativa está en Aron también, pero de otra forma. Se refiere a niveles, es decir, hay un juego entre altos niveles en el que la abstracción es el recurso del análisis como ocurre en las *Etapas del pensamiento sociológico* o en *Un siglo de guerra total*. Y otros en los que el habla es más llana y fenomenológicas como en *Paz y Guerra entre las naciones*.

Para ubicar al Aron en sus juegos de observables analíticos es fértil recordar que cuando se inicia en la artesanía del pensar en el ámbito de las investigaciones, lo hace como filósofo de las ciencias sociales, así como de las ciencias histórico-sociales durante su estancia en Alemania. De ahí irrumpe sus trabajos como analista de la historia, la guerra y la política. Recordemos —nuevamente— que, en la *Introducción a la filosofía de la historia* de 1938 teje esa relación arquetípica entre análisis y teoría. Si bien es cierto que critica aspectos de Wilhelm Dilthey, lo hace buscando el nexo con Max Weber en el punto más típico de las tensiones, deferencias y distancias ontológicas y formales; entre las ciencias de la cultura y las de la naturaleza.

El mundo del hombre es un lugar de la comprensión en el cual la explicación en el sentido burdo de un positivismo colonizado por las ciencias de la naturaleza, o de un marxismo escolástico desde un materialismo vulgar, no puede ser comprendido. El drama histórico no es mecánico ni regular. Sus tendencias globales no son leyes secuenciales uniformes. Los actores, sus tramas, fracasos y éxitos, heredan la historia, la cambian; pero nunca al amparo de su arbitraria voluntad. La función del analista y científico social es aportar las opciones más razonables desde sus saberes sin tener jamás ni toda la información y menos la total certidumbre; tan solo determinismos parciales y certidumbres locales.

Hay unos saberes acumulados en la experiencia científica e histórica social “determinismos parciales” que apoyan al sujeto de Estado, o al que debe tomar las decisiones cruciales a hacer un uso solvente de las sugerencias dentro de campos de opciones limitados. Esto jamás supone que unos saberes por sí mismos garanticen el éxito, pero amplifican de manera efectiva sus posibilidades. En esto ingresan,

además, las capacidades del liderazgo y la inteligencia global de los sujetos. Es evidente que la búsqueda de una ciencia política exacta, científica y determinista es rechazada. Hay una amplia argumentación en Aron a favor de una concepción de la ciencia social como un “humilde” instrumento que permite y favorece la comprensión del presente y sus dinámicas más probables. Alrededor de Tucídides, piensa el conflicto clásico en términos de ejemplo histórico y sugerencia de las tensiones y la guerra entre Atenas y Esparta, que se configura en virtud de rivalidades, si se prefiere globales, pero adquiere su ritmo y pulso con base en la personalidad de sus élites y dirigentes, así como de sus temores.

Aron no fue un epígono de Weber, al cual, sin embargo, comenta, utiliza y repasa. No acepta la afirmación un tanto ahistórica y claramente antiiluminista de que no existe un soporte racional en la historia o fundamento racional de las decisiones del hombre del Estado, la política y el poder.

Hay, en mi opinión, que considerar siempre que en Weber y frente a nuestro tema en el ámbito de la sociología y, más aún, de la política, habita en la raíz un esfuerzo por estudiar, comprender y aportar las condiciones de expansión de una Alemania moderna durante el ciclo posbismarckiano intentando igualar las opciones de desarrollo de Alemania al de otras potencias europeas. Este es un trasfondo decisivo de sus trabajos; proceso que, como sabemos, se produjo desde arriba y sin una revolución burguesa triunfante con toda su carga de modernización política. Al contrario, se verificó bajo la égida tutelar del imperialismo militar prusiano, lo cual tendría ondas largas de efectos hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Pero, aun así, Weber signó “el asunto del liderazgo” que se situaba en Alemania, en la que ni la nueva burguesía y el movimiento obrero tenían el poder suficiente para construir con claridad un rol en la cúspide de la dirección política de la nación. El liderazgo para Weber no solo depende, en este caso, del poder económico de las diversas clases, sino de ser políticamente maduras, lo cual implica situar los intereses políticos en prioridad sobre otros intereses posibles. Es

decir, los intereses del poder político como prioritarios sobre otros asuntos menores y otros intereses.

Veamos el punto distintivo de la pluralidad en Aron: es un rechazo al esencialismo teórico, al monocausalismo para observar lo real, que, de alguna forma, sí está presente en Weber, pero desde una mayor proximidad a Maquiavelo y también a Hobbes que, desde luego, a Kant. Para Weber el capítulo de la eficacia es determinante en política. Weber considera que el punto crítico sin equilibrio entre —para Alemania— la burocracia civil y militar, los partidos políticos y grupos de interés, en un amplio juego de poderes será muy dificultosa a la estabilidad. Pero pone demasiada esperanza en el líder carismático de la política. Con todo, Aron buscaría más que fórmulas, sentidos comunes compartidos desde una filosofía que se basa tanto en lo específico de cada situación, como en los límites de la generalización. Resuelve, en cada caso, la densa relación entre filosofía y ciencias sociales, en tanto el objeto de estudio es fuertemente histórico a la hora de producirlo como espacio de análisis, como se puede observar en sus textos de las relaciones internacionales y, más aún, cuando estudia la guerra cifra una evidente y parca esperanza en el líder político como sujeto singular y concreto.

Hay libros de fondo, como *La filosofía de la historia*, en el que traza una suerte de programa de investigación. Otros como *El opio de los intelectuales*, de combate; amplios y rigurosos como *Paz y Guerra entre las naciones*, que son grandes ejercicios de explicación y comprensión, así como también *Pensar la guerra, Clausewitz*; *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*; *Las etapas del pensamiento sociológico*. También hay un balance magnífico de su vida y de la historia social de esta, como es su autobiografía. Liberal, anticomunista, riguroso lector de Marx, es también agnóstico y proisraelí. Conservador, mandarín de la Sorbona, pero siempre un pensador solitario rebelde. Sin embargo, su tendencia básica se aproxima más al estudio largo que al hecho inmediato, al período que, a la coyuntura, por más espectacular que esta sea, se ve más como artesano que como cronista de la historia inmediata en aparente contradicción con sus artículos de circunstancias.

Las tendencias de sus búsquedas intelectuales se basculan entre la teoría filosófica y, a pesar de sus rechazos hacia el periodismo, no se separa de este último. Esto le permite tener una suerte de ensamblaje periódico con lo que ocurre y una mirada más larga desde la teoría; problema jamás resuelto, y de la cual hay secciones diversas en todos sus laboratorios de ideas. Entre lo universal y tendencial, el azar caótico de lo diario, así se entiende la situación del “observador comprometido”. Cuando habla de la “fórmula de Clausewitz” no nos atrapa en el libro del mariscal prusiano en sí, lo que hace es un trabajo, diríamos hoy, de desconstrucción y relocalización del objetivo del libro *De la Guerra*. Esto lo hace de pronto denso al incorporar varios autores, tipos de guerras y circunstancias propias del tiempo político y bélico del siglo xx. Aron no se deja congelar en la traducción del manual, y menos en la buena intención divulgadora de varios teóricos y escritores sobre la guerra.

La guerra sí es la continuación de la política por otros medios, pero no de manera simple y continua como se hace muchas veces. Tampoco es la subordinación de la guerra al gran ámbito de la política tanto como proceso, como también en tanto institución y a la distinción entre guerra real y absoluta —que no es la idea actual de total—, son centralidades que deben operar como claves de interpretación. La guerra tiende a los extremos, hacia la violencia pura. Pero si esto es lo esencial, entonces predomina el total aniquilamiento del otro y el fenómeno deja de ser político con sus historias y perspectiva y pasa a ser odio condensado.

Los Estados no son figuras pétreas y tampoco absolutamente matemáticas, corresponden a resultados históricos y de amplios conflictos de poder, dominio y hegemonías compuestos por élites y grupos que se expresan en sus políticas y acciones. También son espacios de relaciones de fuerzas; sus enemigos de hoy pueden ser sus aliados de mañana. Incluso en guerras de amplias proporciones y actores intervinientes con intereses disímiles, se piensa el día siguiente de la paz; en la victoria también para ganar esa paz a favor del vencedor de manera duradera y amplia. Para Clausewitz, la relación diacrónica tal como la noción teórico-metodológica de guerra absoluta sincrónica, condensada en la de la naturaleza trinitaria de la guerra, en violencia

originaria del pueblo, la capacidad y libertad creativa “actividad del alma” del mando y el estratega, así como del entendimiento político del Estado y el estadista, son significantes analíticos del ámbito que interviene en el saber para diseñar y dirigir la guerra.

La violencia de las armas desde esta mirada, actúa solo en última ratio; y no juega la función de fetiche y actor de los dramas de la guerra, menos supedita a la política a una lógica sofocante que la constriña. Clausewitz consigna en el tema del ejemplo, señalando que la guerra, más que arte o ciencia militar, se asemeja al comercio. El combate es, en toda guerra, lo que el pago al contado es en el comercio. El pago se puede negociar para diferir en el tiempo en el comercio, pero no evitar o ignorar.

La Francia de Aron es también resultado de dos guerras mundiales, de la ocupación alemana, de las derrotas en Indochina y Argelia, de los esfuerzos exitosos de modernización e industrialización desde principios de la década de 1950, tanto como de las huellas profundas de la resistencia en sus diversas adscripciones nacionalistas y comunistas. Es una nación e la que el Estado ha sido derrotado y sometido por cuatro años, y sus territorios ocupados conservando una libertad irreal en la fantasmagórica república de Vichy. Del peso magnífico del intelectual y de las grandes *Ecoles*; De Vichi como de Gaulle, de jóvenes radicales como de sus grandes filósofos del siglo de las luces que siempre quedan como referentes. Cada fragmento alude, en parte, a significados y opiniones. En Aron habita por debajo de afirmaciones aparentemente simples, en ocasiones a Montesquieu o Rousseau, Weber y Kissinger; pero también a Marx leído con rigor y a la revolución estadounidense desde Tocqueville. También a Heidegger y Kant; juego de saberes que es también capacidad de distancia frente a lo inmediato que se dramatiza como si fuera fundamental.

El marxismo de sentido hegeliano fraguó en Aron una fascinación en brazos de sus pretensiones globales para entender la historia. Pero también comprendió que esa intención totalizante podía muy fácilmente caer en una metafísica sobre la historia, como nos explica en su *Filosofía de la historia*; más aún, en su monumental trabajo sobre Marx. Este giro representa un auténtico obstáculo epistémico para

comprender la dinámica social e histórica para salir del callejón del determinismo metafísico.

Se explaya por variados temas especializados como la filosofía y el análisis político y económico como sujeto polémico que no otorga concesiones ni a próximos o detractores; también sobre una guerra nuclear posible. Su teoría e historia en tiempos en los que ese tema era parte del sentido social común de lo infernal y posible en Europa con dos guerras mundiales y las guerras de colonias de Francia, ponían estos asuntos en el habla pública. Toma distancia y critica las simplificaciones de un escritor prolífico como el coronel André Beaufre sobre estrategia y disuasión nuclear, y entrega observaciones con relación a la mala conducción de la guerra de Vietnam.

Los pensadores de las izquierdas, incluida la francesa, lo hacen desde las teorías de los derechos y la libertad y autodeterminación de las naciones; él desde la conducción de la guerra y sus operaciones. Señala algo que se sabía, pero se decía muy poco: la guerra de Vietnam no se puede ganar. En parte porque no se asume su singularidad, y también porque esta es una batalla entre el Este y el Oeste desde sus orígenes y situación.

En la introducción del texto sobre Clausewitz, *Pensar la guerra*, primer tomo, señala: “Quiérase o no, las enseñanzas de Clausewitz son ambiguas y lo serán siempre. La interpretación que yo ofrezco se adecúa a las preferencias de las generaciones que han vivido las guerras del siglo xx”.

Destaquemos dos asuntos de esta cita. Primero, resalta la ambigüedad inherente a toda interpretación, es decir, la libertad que desde el rigor es explicable tener en fenómenos tan dramáticos y densos como la guerra. No se localiza como un árbitro de la única lógica posible sobre un texto en gran medida canónico. Aduce la libertad del lector que con las distancias del tiempo regresa a leer con un mayor bagaje de experiencia histórica acumulada y sintetizada. También, por otra parte, recalca su tesis matriz de la preminencia de la política en la dirección del conflicto. Si en el primer comentario su perfil de intelectual se destaca como una opción de flexibilidad analítica, en el segundo está situado —digamos— como núcleo desde la convicción

de un liberal consistente, que la guerra es un tema político. Es lo principal de este fenómeno humano, toda la lógica y racionalidad de los conflictos y encuentros debe ser dirigida desde la política con fines políticos.

Surge la pregunta de cuál es el yo singular de Aron, cuáles son sus capas y claros oscuros de este ser amplio. El yo es siempre un viaje con Schelling y más con Fichte, que se giró a un espacio confortable y soberano, pero por otra parte, con Hegel y, desde luego, con Nietzsche, esta interpretación se agobia y da lugar a una tormenta de la voluntad. Aron expresa en un estilo que podría ser interpretado como un ámbito del analizar lo político desde la austeridad del pensamiento clásico, más como Cicerón que como Filipo. Pero él es un intelectual francés, exalta la lógica y coherencia del discurso tanto como el estilo adusto que no descoloque el nexo argumental central. Ese es su yo intelectual que no se refugia en un espacio protegido del mundo.

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, período en el que el liberalismo político y el comunismo gestaron una paz de conveniencia, se expande en Francia un juego muy amplio de acomodados y alineamientos. Lo que es muy notable es la magnitud y diversidad de intelectuales y científicos que se agrupan en corrientes con ciertas disciplinas de cofradías, y hacen de su habla parte del panorama cultural y político de varios y largos años. Pero si antes el compromiso de la victoria frente al eje solapaba las agudas distancias, luego con la paz se desata un campo de discusiones entre los intelectuales liberales, muchos de ellos agrupados alrededor de la figura de Charles de Gaulle e intelectuales reunidos alrededor del Partido Comunista, aun cuando en ciertos momentos algunos de estos últimos fueron tratados con extrema rudeza por este partido, como fue el caso de Sartre.

No se trata de polos cerrados y autoreferidos, sino de campos de debate que se baten con sus trabajos tanto académicos como de divulgación. Desde luego, hoy podemos observar esas escuelas de posguerra fogueadas en la ironía y el desarme lógico del antagonista, pero casi siempre atentas al rigor formal y efectivo de las razones del contendor. En ese mar aún hoy quedan como activos mensajes lo mejor de esa época, vivieron la guerra, la paz, la Guerra Fría y los

múltiples desencantos posteriores al largo 1968 francés y mundial, así como al arribo del liberalismo extremo desde principios de 1980.

Es necesario describir brevemente que la anchura intelectual de un lugar y época no deviene como consideran ciertas banalidades críticas de la tranquilidad de un campus o el retiro emocional de los contextos humanos. Recordemos, con fines solo de comparación, que los movimientos intelectuales nacen del debate agudo, del rigor del espacio histórico, de la dureza de opciones tanto teóricas como sociales.

Los intelectuales de Nueva York se desatan con singular prolijidad y en distancia con las tradiciones WASP (*White, Anglo-Saxon and Protestant*), por lo menos desde antes, y más aún, luego de la Segunda Guerra Mundial en conflicto con el estalinismo de muchas de las izquierdas mundiales, sospechando del liberalismo estadounidense que los cobija, en una nación a la que observan como tosca y anti intelectual. Con una evidente nostalgia por Europa y la tradición judía, en varios casos, sus más sólidos antecedentes largos provienen de la gran depresión y sus impactos culturales y psicológicos a escala nacional. Se van replegando hacia Nueva York hasta constituir un territorio, Robert Lowell, Mary McCarthy, Saul Bellow, Philip Roth, Norman Mailer, Susan Sontag, Allan Ginsberg. Lo que deseamos destacar es que un movimiento intelectual no emerge desde la pureza de unos relatos y análisis, menos aún, del consenso, sino del contexto de las luchas de ideas. Esto ocurrió en Francia de los años cincuenta, sesenta, setenta, al igual que en Estados Unidos y América Latina de forma muy profunda en las artes, las ciencias sociales, la política y los ámbitos creativos de los llamados bordes sistémicos a niveles que sus trazas aún pueden ser observadas.

En el caso francés existía, en todo caso, una singularidad que era el duelo entre dos personalidades —que insistimos antes—, por una parte, Jean-Paul Sartre y Raymond Aron. Dos visiones de mundo nunca compactas; dos maneras de entender la situación del hombre y sus opciones existenciales y políticas; dos opciones: por una parte, el marxismo “filosofía insuperable de nuestro tiempo”, por otra parte, la opción atlántica que no se resume en Estados Unidos, pero lo considera la base de sustentación frente a la URSS. Ninguno de los dos

resbala con persistencia en la opción sin crítica a estas dos potencias, pero ambos explayan su cuota de realismo para ignorar muchas veces las veleidades de cada centro geopolítico de la Guerra Fría. En Aron, el intelectual es un sujeto por lo general solitario que reflexiona con valentía por encima de toda moda para la ciudad cosmopolita. Para Sartre, un intelectual es una figura en vías de extinción, en virtud de que la sociedad ya puede entender y comprender las dinámicas que las cruzan. Pero aun así, debe ser crítico y comprometido con los suyos sin pausa. Es decir, las personas no quieren traducciones o intermediarios, pero el intelectual debe estar con los oprimidos, si se quiere, desde Fanón con “los miserables de la tierra”.

Por resaltar los períodos de forma esquemática de Francia durante esos años arquetípicos, digamos que entre 1945 a 1948, el núcleo fue levantar desde las ruinas de la ocupación una nueva República; una unidad amplia con los comunistas y debate centrado en la construcción de la República. Muchos como Camus lucharon por la revolución socialista, pero esta no emergía como posibilidad efectiva; tensión trágica para quienes ensamblaban las nociones de liberación y revolución como parte de una dinámica continua. Entre 1948-1956 fue de dominio intelectual y público de las izquierdas; se inicia la Guerra Fría y con ello se da lugar a un proceso más de luchas ideológicas que teórico-culturales. En las ideas al servicio de la acción política, se verifica un rústico sectarismo y las tesis en juego son básicas sin tener la fuerza del gran contenido que trasciendan las coyunturas más inmediatas. Desde 1956 a 1962, Argelia, el estalinismo y la política atlántica, la distancia con la política colonial y la sensación nuevamente de que la gran Francia no puede entregar parte de su territorio, y mucho menos ser humillada por un pueblo árabe. La ensoñación con el modo estadounidense de vida, pero el rechazo a lo que se considera el sentido burdo de su cultura general. El distanciamiento lento y tortuoso con el estalinismo, pero la adscripción del Partido Comunista Francés a la razón política de alinearse en términos del gran conflicto mundial con la URSS.

Entre 1963 a 1968, emergen las dobles críticas contra los intelectuales nacionalistas y los estalinistas como parte de unas razones dogmáticas y rígidas de la libertad de las ideas y, más aún, de los

vientos de cambios que ya se hacen evidentes a partir de las críticas de las izquierdas, extra partidos y de nuevos intelectuales de izquierda inorgánicos. La gran agitación de 1968 en Francia fue desde la perspectiva histórica un proceso dual, por una parte, gestó una nueva izquierda que tuvo un protagonismo mundial alternativa al Partido Comunista Francés y al Partido Socialista Francés. Y por otra, impelió un nuevo liberalismo más actualizado y rigurosamente antiizquierda teórica, que acude al realismo como plataforma de pensamiento en un contexto mundial a partir de los años ochenta que se fragua con Berlin, Hayek, Popper, Friedman, entre otros, una renovación teórica de gran calado del liberalismo y el conservadurismo. Son años donde la izquierda radical y sus intelectuales, incluido Sartre, buscan en Vietnam, China o Cuba nuevas referencias históricas frente al fracaso ya largo de la figura de Stalin, y a los imperativos de una reactualización programática que no llega.

Raymond Aron se concentra en ese tiempo desconfiando contra el poder estatal de las filosofías de la historia, que postulan un final feliz de Hegel. Desde luego, ensalza el respeto a lo constituido —por ejemplo, su rechazo enorme al 1968 juvenil y obrero—, enfatiza el realismo y el empirismo analítico sin perder su profundidad teórica; resalta a Tocqueville contra Marcuse. Establece la crítica al irrealismo de las utopías sociales en circulación. Pero en el seno de todo esto, en lo que nos importa en este apartado, logra deconstruir la figura del intelectual crítico del orden establecido; más todavía, del que pretende ser tanto un consejero como un actor movilizad del que marcha en calles y es consejero del príncipe.

Pero a pesar de esto, el escenario hasta avanzada la década de 1980 en Francia continúa marcado por los intelectuales como el mismo Aron, hasta antes de su muerte, que lanza al ruedo unas magníficas memorias que son, a su vez, un análisis de la biografía política e intelectual de todos los momentos que él vivió. Por otra parte, un agudo análisis sobre lo contingente y de largo plazo como sus pensamientos de observador de fin de siglo.

El campo de la construcción de conocimiento que destacamos en este ensayo refiere a un tipo de producción que se desplaza entre la

teoría política, la de la guerra y poder, que en manos de Raymond Aron, se dinamiza como una disciplina sobre la guerra en unos años en los que este evento era un dato analítico constante en las relaciones internacionales entre los Estados y las culturas, tanto en sus versiones regulares y locales, como mundiales y termonucleares. Desde esta singular situación de época es que expuse de forma panorámica algunas de las más agudas situaciones de crisis y dinámicas como un tema general de las formas de pensar la guerra, y con esto, la política por parte de Aron, que por lo demás, es el objeto de las siguientes páginas.

Es posible que el siglo xx fuera el tiempo magnífico de los intelectuales, tiempo en el cual ellos constituyen un campo singular de saber e influencia y poder en el marco de las ideas que circulan e influyen en la constitución de un orden histórico. Una confluencia de factores concurre a nivel mundial y, más aún, en lo que podría denominarse las capitales de las ideas del siglo xx. La expansión de la educación y la mayor complejidad de los saberes abiertos a escuelas, críticos y debates del espacio público, el cual también se ha ensanchado configurándose como más polémico y culto. Una amplia y diversa prensa especializada da lugar a una hermenéutica de la discusión que obliga al rigor en la formulación de tesis. Una singular comunicación entre lenguas, regiones y especialidades agita esta mundialización de las ideas acompañada por la expansión general de la industria editorial y la masificación de la televisión, lo que permite tener acceso en directo a los grandes autores y creadores de ese tiempo.

Pero hay otro proceso que signa la situación del intelectual del siglo pasado. Nos referimos al debate teórico y político entre lo que se denominó la contienda entre capitalismo y socialismo en todas sus escuelas y versiones. Desde las teorías económicas hasta las del lenguaje, el poder y la guerra desde el existencialismo hasta las corrientes del materialismo y las ciencias, todo era un espacio de disputa. Lo que acontecía entre los intelectuales en París repercutía rápido en Roma, Londres, California, México D. F., o Buenos Aires y Santiago de Chile. Las librerías estaban sedientas de novedades, formulaciones y respuestas. Los cafés eran lugar de ironías rápidas y reflexiones polifacéticas de académicos y jóvenes. La prensa, con sus secciones

culturales, nos aportaba imágenes claves frente a la pregunta habitual para saber de qué se habla hoy. En ocasiones es difícil imaginar el ritmo intelectual de esos años, y más aún, ensamblar esto último con las luchas políticas amplificadas por décadas de cambios muy radicales en el ámbito mundial.

Las muertes a principios de la década de 1980 de Jean-Paul Sartre, en abril de 1980, Raymond Aron, en octubre de 1983 y Michel Foucault, en junio de 1984, irrumpió con un giro hacia la decepción y las figuras escépticas. Muy argumentada por los nuevos filósofos, singularmente por André Glucksmann, Jean Paul Dolle, Jean Marie Benoist, estos conceptualizan un giro más conservador que reformador al amparo de un distanciamiento de Carlos Marx y las teorías del socialismo, especialmente europeos socialistas. Todo eso ocurre en el inicio de la crisis de los socialismos burocráticos en el gran prólogo de la construcción hegemónica liberal. En definitiva, en el quiebre histórico de un denso período que se abrió con la Revolución rusa de 1917, que se extendió, por situar un hito mundial, hasta la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968.

El centro de gravedad mundial de las ideas comienza, en efecto, a trasladarse desde el socialismo al liberalismo desde inicios de la década de 1980, aunque sus impactos políticos demoran en emerger con claridad y mucho más en la región latinoamericana. Uno de los aspectos singulares de Aron, que luego portarán otros intelectuales, incluidos los de una nueva izquierda, es desconfiar de las teorías generales que son las bases de soluciones globales y perfectas frente a los dramas humanos. En combinación con esto, hay un debilitamiento del prestigio de la teoría social y humanista frente al pensamiento exacto y técnico que, en muchas ocasiones, va más allá de lo racional, tanto porque una sociedad más compleja requiere más y no menos de la teoría social, como también porque esto es más bien una reacción al ciclo anterior de las grandes teorías, que una apertura de un nuevo y mejor territorio para pensar los problemas de la especie humana. De forma evidente se comenzó a verificar un duelo entre intelectuales y tecnócratas que, sin extenderme, no ha cesado hasta hoy y sobre el cual se podrían postular analíticas más amplias.

Como hemos consignado, Raymond Aron interviene desde fines de la Primera Guerra Mundial en el espacio público, aunque su centralidad polémica se hace notoria luego de la Segunda Guerra Mundial, como a su manera lo realizaron los filósofos franceses del siglo XVIII, gestando un saber público y común. Desde luego, en este último caso, fue en las franjas de las élites aristocráticas y urbanas emergentes, tanto Aron como Sartre, también Albert Camus y François Mauriac, por ponerlos como personificaciones de época, que se comprometieron tanto en la teoría en sentido riguroso como en las luchas políticas de sus adscripciones de acción pública.

En todo caso, Sartre exponía como Camus en ocasiones más desde sus novelas y obras de teatro que de sus ensayos políticos; Aron lo hacía desde sus trabajos sociológicos, filosóficos e históricos. Sartre trabajaba un existencialismo crítico contra el orden de lo real social, sin llegar a hacerlo militante en tanto programa. Aron desde su duro escrito contra esto, pero más aún contra el intelectual de izquierda fomentado por Sartre, arroja al ruedo su libro *El opio de los intelectuales*:

La única justificación, escribía Camus, de la toma del poder, de la colectivización, del terror, del Estado total edificado en nombre de la Revolución, sería la certidumbre de obedecer a la necesidad y de apresurar la realización del fin de la Historia. Ahora bien, los existencialistas no podrían suscribir esta necesidad, ni creer en el fin de la Historia. A lo que Sartre responde: “¿Tiene la Historia un sentido, pregunta usted, tiene un fin? Para mí, tal pregunta es la que no tiene sentido, pues la Historia, fuera del hombre que la hace, no es más que un concepto abstracto e inmóvil del cual no puede decirse que tenga un fin o que no lo tenga, y el problema no consiste en conocer su fin sino en asignarle uno[...] No habrá de discutirse si hay o no valores trascendentales a la Historia: se advierte simplemente que, si los hay, se manifiestan a través de las acciones humanas que son, por definición, históricas[...] Y Marx nunca dijo que la Historia tuviera un fin: ¿cómo hubiera podido hacerlo? Sería decir que el hombre carecería un día de objetivos. Solo ha hablado de un fin de la prehistoria, es decir, de un objetivo que sería alcanzado en el seno de la Historia misma y superado como todos los objetivos”. Esta respuesta, Sartre mejor que nadie lo sabe, falta un poco a las reglas de la discusión honesta. Es indudable que damos un sentido a la Historia con nuestra acción, pero, ¿cómo elegir ese sentido si somos incapaces de determinar

los valores universales o de comprender el conjunto? ¿No es arbitraria la decisión que no se refiere a normas eternas ni a la totalidad histórica, y no deja a los hombres y a las clases en guerra, sin que se pueda, ni aun con posterioridad, zanjar entre los combatientes? (Aron, 1955, p. 62).

Con base en grandes revistas, universidades, bibliotecas, lo que los diferencia en este caso a ellos es acampar en el lado izquierdo del río Sena, o en su costado derecho; entre la revista *Esprit* y *Le Temps Modernes*. En todo caso, esta diversidad de signos habla de la riqueza de aproximaciones y lenguajes e indica la variedad de opciones alimentadas en las pasiones públicas por estar en el debate general. Se podría argumentar que es un fenómeno francés, más aún parisino en su mayor magnitud, pero es un rasgo de civilización y período mundial.

11. Las guerras de Aron

Según Tucídides, las causas de la guerra del Peloponeso eran “el crecimiento del poder ateniense y el temor que esto causó en Esparta”. Lo que en el fondo es semejante al temor inglés frente al alemán en la Primera Guerra Mundial y, de forma semejante, en la Segunda Guerra Mundial, aunque desde un plano más complejo; o al temor al comunismo por parte de Estados Unidos en la guerra de Vietnam y hoy a China.

Los que toman las decisiones sobre el inicio de las hostilidades tienen frecuentemente una masa enorme de datos que, en algunas ocasiones interpretan burdamente. Convengamos que no hay una teoría general amplia y multifactorial aceptada por muchos sobre el origen de la guerra como fenómeno histórico, sino sobre guerras en específico.

Se podría argumentar desde Emile Durkheim que, frecuentemente, cuando un fenómeno social es analizado desde un ángulo psíquico, se puede estar seguro de que la conclusión es falsa. Agreguemos que también al revés ocurre lo mismo. Es decir, existe una dificultad de niveles en la complementariedad de los análisis, lo cual, en el plano de la guerra, es agudo. Muchas veces se señala como causas de la guerra las personalidades del líder y hombre Estado; en otras ocasiones se

resaltan las causas estructurales y las grandes tendencias de colisión en los sistemas internacionales. Pero el factor común es la impertérrita tendencia a resolver sea desde las lógicas más sistémicas o cultura política de los grupos dirigentes, los riesgos de una vez y de manera ojalá definitiva, el riesgo sobre la base del aniquilamiento global del contendor.

Con todo, el comportamiento general de una nación o Estado nunca depende completamente de elementos discretos e individuales a pesar de que sus combinaciones sí se relacionan con esto. Es necesario asumir que la guerra como fenómeno político puede subir a tasas altas de irracionalidad que ya están inscritas en el núcleo de esa política que, enfrentadas a opciones dramáticas, agudizan sus niveles de emocionalidad e incluso de irracionalidad en cuadros extremos. El analista o historiador de los conflictos puede racionalizar en términos formales las causas de la guerra, las torpezas de su dirección, la multiplicación de factores subjetivos; pero tendrá que configurarla con todo esto un marco de análisis solvente que organice y jerarquice lo que ha ocurrido. A pesar de que los actores claves pueden argumentar desde una masa amorfa de elementos culturales de seguridad nacional, religiosos, de riesgos potenciales, de agresiones largamente soportadas. Incluso construyendo pretextos fabricados, al final se deberá dar unas explicaciones que abarcado todo culmine en la noción de amenaza. Detrás de esta existirá una porción muy amplia de argumentos falaces que intentan hacer aceptable que el otro, sea quien sea, era un riesgo para la comunidad, la nación, la cultura a nivel de que lo que está en juego era de forma inmediata o mediata, la existencia. Se trata de que el individuo puede perdonar una agresión, pero no el Estado y la comunidad pública, en tanto lo que está en riesgo y juego es la existencia de todos, aunque cada uno por separado no lo perciba así.

Hasta antes de la Primera Guerra Mundial, estas aparecían para los liberales como un anacronismo en tanto no favorecían a nadie y disminuían la prosperidad de los beligerantes; tanto ganador como perdedores eran un mal negocio solo posible de aceptar como conflictos muy limitados. Pero en el siglo xx, con dos guerras mundiales, se verificó una fuerte idea de que se debe impedir la guerra a través

de unos equilibrios complejos que hagan demasiado costoso el primer ataque de alguno en virtud de la respuesta de sus enemigos. La Guerra Fría y la noción de disociación llevó esto a altos extremos, muchas veces irracionales frente a los postulados implícitos en estos modelos teóricos. Quien ha formulado las sólidas dudas de las estrategias de disuasión en términos lógicos ha sido Michael Walzer. El hombre de Estado enfrenta una dificultad sustantiva para trabajar un marco de estudio efectivo que aborde una disuasión eficaz, creíble para enemigos y aliados con la consistencia moral de sus posturas generales sobre la paz y la coexistencia pacífica.

Frente a los eventos de guerras en curso como un hecho que ya está ahí, se suele sucumbir a una noción de guerra como algo redificado, inevitable y fatal. Se juega en pensar lo acontecido en virtud de lo ficticio, de lo que puede llegar a ocurrir si no se actúa a fondo. Las denominadas hipótesis de conflictos danzan en varias ocasiones; estas no son sino figuras fragmentarias de la inmensidad del despliegue de los procesos reales de conflictos. Lo real de lo que ocurre en la vida histórica supera en todo a las hipótesis; la noción de la racionalidad compacta de la historia es un mito frágil. Pero tampoco todo lo que acontece es irracional. Más aún, esta tensión entre lo racional e irracional, impone al estratega y al político una capacidad de análisis que pocos de ellos tienen de acuerdo con las guerras reales. El debate sobre la estrategia que se pensó para alcanzar la victoria frente a lo que ocurrió, de no sucumbir a la escolástica, resulta fútil. El problema regresa una y otra vez a la noción de la estrategia política de la guerra, de sus supuestos y racionalidades fundamentales.

El estratega especulativo puede reclamar la falta de rigor de las críticas que provienen del análisis político sobre la guerra; más aún enrostrar sobre el hecho de que ustedes no estuvieron bajo fuego, dos afirmaciones por lo general comunes. Pero en esto hay una falta de mayor rigor, en tanto si la guerra se gana o se pierde en el encuentro material por medio de las armas y la dirección táctico-estratégica de estas; hay un déficit en el manejo y empleo directo de las fuerzas. Pero si los políticos no entregaron los medios y libertades para la victoria, entonces los mandos debieron señalar que esa guerra no se podía ganar. Ese señalamiento es el que se espera de un experto en

asuntos tan densos como la guerra. Estos diálogos en el nivel estratégico son políticos, hacen referencias a la formación de los mandos y tomadores de decisiones. El modo en que la política afronta la realidad y el modo en que la estrategia acepta el desafío son diferentes, pero dentro de la hermenéutica de la razón política. Al señalar que hay un eterno retorno al ámbito de la política, no soslayamos que en muchas otras tantas ocasiones la calidad de la política del beligerante es deficiente, vacilante e incluso contradictoria. La parcialidad en uno de los términos sea el político o el estratégico militar confluyen comúnmente. Los campos de cada cual no se difuminan en la formalidad del acuerdo, sino en una retroalimentación problemática nunca totalmente resuelta, pero siempre actuando como dos racionalidades que se conjugan aun cuando la política y sus objetivos son los que tienen la mayor responsabilidad en el curso del proceso.

La estrategia, sus diseños políticos globales, serán siempre un intento incierto de formalizar a la realidad. Pero esto vale tanto para la política y la estrategia un magnífico intento de modelización analítica fundada sobre un mundo cada vez más complejo, dinámico e interrelacionado y probabilístico. Las probabilidades son superadas a partir de que se realizaron, pero solo para gestar nuevos niveles de complejidad. No se puede exigir la existencia de una política y estrategia completa, solo debemos aspirar, pero para esta analítica ni la política, tampoco la estrategia son saberes absolutos, son de muchas formas ciencias, pero antes que nada son artesanías, saberes históricos y prácticos acumulados, susceptibles de ser mejorados frente a nuevos eventos.

La guerra como empresa de la política del poder ha tenido una constante sensibilidad frente a los cambios de escenarios políticos y las transformaciones tecnológicas susceptibles de ser parte de nuevas armas, de distintos sistemas de armas, desde lo cual se introducen giros en las formulaciones estratégicas y tácticas de todo tipo y magnitud.

Como veremos, los tipos de guerras y de estrategias en el uso de la fuerza en los variados niveles de conflictos regulares e irregulares actuales devienen de cuatro factores diversos. Las tecnologías, cuya recurrente velocidad de transformación afectará a todas las estructuras

militares desde sus planos de mando hasta sus modelos organizativos, de manera constante y creciente y las ideas y visiones de los planificadores militares y políticos vinculados a la formación y dirección de las fuerzas. Los imperativos de la innovación, sin embargo, son mucho más amplios y complejos que los que se observan en momentos desde un cierto fetichismo simple de las tecnologías. Lo esencial será cómo desde los modelos de conflictos más generalizados y de grave riesgo hasta los tácticos se emplea de manera flexible y original la relación tecnologías-tácticas y formación en la dirección de operaciones.

Las capacidades adaptativas tempranas son quizás el mayor obstáculo de los conflictos actuales. Estas se refieren, en última instancia, a la flexibilidad intelectual en un campo en el que esta nunca fue simple. Por otra parte, los cambios en curso en el ámbito geopolítico implican una profunda y solvente relación entre los intereses políticos de un Estado o grupo de ellos, y la visión frente a nuevos escenarios de conflictos. La relación simultánea que emerge como desafío es poder combinar varios tipos de conflictos armados desde el plano más clásico y convencional, hasta las nuevas luchas irregulares en contextos donde la información, su calidad y variedad dado los escenarios, serán la fuente del procesamiento de datos solventes y amplios. La imaginación solvente y activa, más que la aceptación pasiva sin más, será un giro muy fundamental de lo que ya emerge. Las nociones de maniobras abarcarán los diversos tipos de luchas de maneras simultáneas en amplios territorios geográficos y simbólicos. Se está dando una dispersión de los objetivos estratégicos y tácticos en varios lugares de manera concurrente. Los objetivos serán una dinámica combinación entre factores militares, económicos, culturales y morales, lo cual implica que las nociones más convencionales de los centros de gravedad propios y del enemigo, serán movibles en muchos casos.

Las guerras de tecnologías en el ciclo de la denominada IV generación no son monopolios de los Estados o de alguna región del mundo, son posibles, desde luego, con mayores contundencias desde los Estados con acceso a las más dinámica tecnologías, pero en cortos tiempos se replican dando lugar a una escalada triple de saltos

tecnológicos, de inteligencia y de uso táctico. Pero hoy, en virtud de la velocidad de los cambios, existe una marcada tendencia a confundir las posibilidades de uso de las tecnologías, especialmente de la información y comunicaciones, así como el análisis de datos con cambios en los tipos de guerra que, desde luego, existen pero no se dan en brazos solo de las tecnologías, sino también en virtud de los cambios políticos y de formaciones sociales más amplios y profundos. En los juegos de reflexión de los conflictos y de las guerras, suelen darse episodios en los que las tecnologías más notables nublan el concepto de estrategias complejas e inundan las caracterizaciones sobre qué tipo de guerra es y cuáles son los perfiles más amplios tanto políticos como morales del enemigo. Recordemos que el uso amplio de las tecnologías desde la guerra de Vietnam no permitió hasta hoy la victoria de los países con mayores recursos tecnológicos y logísticos.

Lo anterior incluso puede seguir siendo un obstáculo cuando se pasa desde la teoría de la disuasión a la inducción —control reflexivo para el control paradigmático—, aunque ambas son de diversos niveles de abstracción y uso. En el primer caso, se hace referencia singularmente al juego de conflictos entre grandes potencias y Estados, sobre las bases de las amenazas y represalias a todo frente y todo ataque. En el segundo señalamiento, se singulariza un enfoque que produce, masifica y orienta la producción del error en el campo enemigo a través del uso simultáneo de información masiva y selectiva, que induce a pensar que lo que se recibe como información fabricada es verdad, o por lo menos, próximo a ella por lo anterior a tomar decisiones catastróficas amplias o por acumulación en la dirección de las propias fuerzas.

Estos nuevos tipos y lógicas de las guerras impactarán profundamente en los patrones de formación de las fuerzas y mandos hacia modelos más flexibles y adaptados a varios tipos y niveles de conflictos simultáneamente, con arquitecturas descentralizadas en muchos casos y horizontales. Pero surgen variadas dudas en relación con el acopio de nuevas tesis y formas de las guerras actuales. Las sociedades y los Estados no son calculables de manera formal o simple. Las condiciones desde las cuales se toman las decisiones son difíciles de ser inducidas de manera significativa. Los sujetos individuales y, más

aún, colectivos actúan en planos de alta complejidad y casi nunca linealmente; por ello, pretender someterlos sin combates resulta, por lo menos, ingenuo tanto teórica como políticamente.

Es necesario establecer que estos nuevos tipos de guerra corresponden a un cambio social e histórico muy amplio y de alcance mundial, signado por el paso del capital industrial y sus formas de Estado-nación al capital financiero y los procesos de mundialización en curso. Pero algunos conceptos resultan inflacionarios para destacar lo efectivamente nuevo, como el de guerras asimétricas. Estas últimas han existido siempre que se enfrentan dos fuerzas disímiles o que emplean medios y tácticas diversas. También ocurre esto cuando se profetizan escenarios a partir de la noción de guerras de baja intensidad. Esta última noción, tratándose de un gran actor militar en colisión con uno menor, será de baja intensidad para la fuerza de mayor potencia; pero no para la de menor que, desde su situación, recibirá un ataque de alta intensidad, y desde luego, se prepara para diferir el encuentro o dislocar las capacidades de un enemigo muy superior. En el caso de las guerras en Vietnam, primero con la dirección francesa y luego estadounidense, se decidió emplear una estrategia de desgaste contra la insurgencia separando a estas fuerzas de la población, en la medida en que el control de territorio para la guerrilla no era el factor determinante en el desligue y uso de las fuerzas regulares e irregulares.

Pero tanto franceses como estadounidenses no supieron entender la naturaleza del enemigo, sus paradigmas culturales y, singularmente, la forma en que esos campesinos en armas los analizan en la vertical de sus debilidades globales. Vietnam del norte entendió con rigor la naturaleza política de la guerra y el alcance simbólico mundial de esta.

Una estrategia razonada que implica el análisis no solo del tiempo, el espacio, las cualidades de los mandos y sus recursos, entre un gran oponente frente a uno menor es, en primer lugar, además de ser asimétrico con todas las implicancias clásicas de esto, un asunto que supone de manera indirecta pero permanente al conjunto de la población de ambos contendores, a lo que se suele denominar de manera burda “opinión pública”, cuando lo que es realmente es un

actor político que prefiero denominar “sociedad civil local” e incluso “mundial”. Otro asunto es que la forma en que se constituye este actor sea a través de los medios y recursos de la comunicación. Las guerras también son lógicas comunicativas y morales de alta complejidad. Las esquemáticas de estudio y análisis de muchas guerras son abstrusas a niveles que de pronto no saben por qué ganan, por lo menos temporalmente, y menos por qué pierden.

Las formas en que se puede configurar una guerra simétrica son variadas; también sucede con las denominadas de IV generación, mucho más aún con las guerras irregulares, ciberguerras y otras. Pero estas incertidumbres que están en la naturaleza de la guerra también abarcan los conflictos nucleares parciales y generales. Por esto, y nuevamente el eje fundamental consiste en que el enemigo, en sus diversas formas, sepa que no obtendrá los objetivos políticos que se ha trazado. Pero el culto muchas veces desmedido a las tecnologías y los juegos de inteligencia hace perder los análisis sobre los factores más dinámicos y profundos de un conflicto en sus diversas formas posibles. La amplitud militar de una guerra se conjuga con las dimensiones que no se definen solo por el duelo de las armas, sino se extienden hacia la política, la economía, las finanzas, la diplomacia, la cultura y el trabajo sobre lo social, que son recursos no tecnológicos, pero sí estratégicos de un conflicto armado desde la noción de una guerra no lineal con dimensiones nuevas como ciberespacio.

Muy atrás quedaron las conceptualizaciones de las guerras justas que fueron armónicas del despliegue filosófico de las relaciones internacionales, basadas en los derechos y en la justicia, en el derecho internacional, en sistemas que dialogan desde el afán de la paz.

Capítulo II

ES UN ESFUERZO intelectual enorme luego de su obra *Paz y Guerra entre las naciones*, que permite en esta segunda década del siglo XXI recapitular el proceso histórico y teórico de la guerra como empresa social constitutiva de la vida histórica, en un esfuerzo de racionalidad e intangibilidad para describir y comprender el actual debate mundial sobre la guerra, el sistema internacional y la propia teoría política. Recordemos su libro *La República Imperial*, en el que analiza el rol desempeñado por Estados Unidos entre 1945 y 1972, en el cual se explica sobre la gran política de esta potencia en el sistema interestatal, especificando las brechas y crisis de hegemonía que esta política tiene. En segundo lugar, analiza la relación de Estados Unidos con el sistema y la economía mundial. Este texto, escrito en 1973, se transforma en un cuerpo de análisis fundamental para comprender la situación de Estados Unidos en el mundo y la historia reciente. El libro *Pensar la guerra, Clausewitz* es de 1976, y hereda varias tesis fundamentales del primero en relación con singulares debilidades del enfoque estadounidense de comprender el mundo.

Permítasenos una pequeña digresión que será desarrollada en las conclusiones de este libro. La guerra es una empresa de aniquilación de cuerpos y un dispositivo de daño a las capacidades cognitivas y emocionales del conjunto de población contendoras, pero por largos tiempos. Se trata de un duelo a gran escala, y por ello mismo, en un modo de producción de muertos, heridos, prisioneros y dañados en grandes proporciones y por largos tiempos. Estas bajas hoy son químicas nucleares o biológicas; es el uso extremo del biopoder en este tiempo. Como señala Hegel, la guerra es la potencia absoluta de lo negativo. La analítica hegeliana nos indica que la guerra, en tanto proceso impersonal y cada vez más tecnológico, es fría y casi distante, pero también ámbito del desborde de la libertad individual. La bomba atómica y el partisano, los drones y el aniquilamiento a distancia, aún hoy encubren esa negatividad máxima.

1. El mariscal prusiano

Ahora bien, Clausewitz y sus teorías de la guerra ubicadas en la primera parte del siglo XIX constituyen un modelo de análisis que no se sofoca en los giros tecnológicos de ese período, sino que se yergue desde un alto nivel de abstracción. Clausewitz reúne en sí los rasgos de un personaje paradigmático de amplia anchura psicológica, síntesis de épocas de cambio y de vidas sometidas al fragor histórico; un curioso general intelectual de una Prusia avasallada por Napoleón. Nació en 1780 en Burg, próxima a Magdeburgo. Se incorporó como soldado en 1793 para luchar como prusiano contra los ejércitos de la Francia, primero republicana con toda el aura revolucionaria, y luego monárquica, con la impronta de la gran potencia. Ingresa a la Escuela de Guerra de Berlín en 1801, bajo la égida de su maestro, el general Gerhard Johann David Scharnhorst; maestro en el sentido más doctrinario y menos simplificador de la noción.

Cuando se leen las memorias de Napoleón Bonaparte¹⁴ desde Santa Elena, que este escribía como si fueran su última gran batalla, y se compara las vidas de Napoleón y Clausewitz, no es difícil advertir que la obra de este último expresa una gigantesca empresa por pensar la guerra desde ese sujeto original que, por una parte, era su peor enemigo; y por otra, su mayor síntesis de la imagen de conductor de la guerra que imaginaba Clausewitz.

Un ejército revolucionario francés conducido por oficiales, muchos de ellos de orígenes monárquicos, pero también plebeyos forman, reclutan y movilizan desde una singular fuerza moral, volúmenes de combatientes ciudadanos, que logran sacar lecciones de sus primeras derrotas, y será luego el gran ejército de Napoleón un evento singular. Es el ejército de la nación con una idea de su rol en la historia del mundo, no solo de Europa, con líneas de mando profesionales dotadas de motivación e iniciativa. Este es el asunto de estudio de Clausewitz y el desafío de conocimiento que precipita sus análisis durante toda su vida. Es desde ahí que arriba a la formulación de una teoría que se aleja de las doctrinas de cuartel de la época, complejizando los marcos de estudio de la guerra.

14 Al respecto, revisar el libro Bonaparte, N. (2014). *Memorias de Napoleón*. Barcelona: Biblok Book Export.

El encuentro es la actividad central, la única eficaz —de la guerra— aun cuando este no se verifique o produzca; cada contendor vale por lo que logra poner en juego en un combate real o virtual. Consigna este general: “La decisión por las armas representa para cualquier operación bélica grande y pequeña, lo que el pago en especie en las tracciones financieras”. La maniobra no es todo lo esencial, es orientar las condiciones de la gran batalla para alcanzar la decisión. Esta batalla es decisiva en la medida en que afecta el centro político de todo, en el que se gesta la estabilidad general del enemigo. La política debe usar la guerra como medio sin ser esclavizada por esta, adecuando su voluntad política a sus medios efectivos, a su capacidad estratégica. La noción de victoria refiere así al campo político de imponer nuestra voluntad sobre el enemigo y la estrategia de desarmarlo. Estas nociones nos recuerdan a Maquiavelo, singularmente en la idea de ser temidos más que amados, es decir, de usar la fuerza moral y material para desarmar la voluntad del otro.¹⁵

El singular respeto del prusiano por el enemigo encarnizado y condensado en el genio de Napoleón le aportó una sabiduría analítica por encima del dolor nacionalista. El Emperador francés hace la guerra desde el marco de una política continental: forma y desplaza fuerzas en todos sus flancos, moderniza el Estado y el país; genera una ideología cultural de la misión de Francia a niveles desconocidos en Europa. Sus cuerpos de altos oficiales son competentes por mérito, no por derechos de sangre; responden desde la competencia en la guerra y la unidad en todo momento. Napoleón dirige, en síntesis, una fuerza revolucionaria.

Clausewitz difiere de las afirmaciones simplistas sobre las victorias de Napoleón, que se expresa en Von Bülow en modelos formales y abstractos, o de Antoine-Henri Jomini, más preocupado del entrenamiento de la fuerza que de su dirección, dotando de singular importancia los factores morales y políticos de fuerzas en pugna como constitutivos de la diferencia que hace la victoria. Este último analista de la guerra considera a Clausewitz como arrogante; crítica que

15 Sobre ese tema, revisar Gramsci, A. (2003). *Notas sobre Maquiavelo: Sobre la Política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión Argentina.

perdura en algunos hasta hoy. Es posible que la visión en extremo detallada de la guerra de Clausewitz, resultara odiosa para quienes preferían los esquemas y fórmulas de la victoria.

Movilizar toda la fuerza —en la obra— implica a las variables morales, psicológicas y económicas, que remiten a la noción actual de fuerzas nacionales complejas. Las reglas de la guerra son, por una parte, no repetibles, y por otra, giran en virtud de factores que refieren al mando la fuerza moral y la capacidad de resistencia y lucha de un pueblo o nación. En Berlín también fue influido por otro maestro de las reformas prusianas, el general Gneisenau, parte de un pequeño grupo de reformadores del ejército prusiano, capaces, pero sin coyuntura histórica favorable; siempre en el ámbito de la sospecha de ser dramáticamente nacionalistas.

Luego de la derrota de Napoleón en Waterloo, el general Gneisenau le mantendría como jefe del Estado Mayor del Ejército de Rin. Desde 1825, se dedica y da forma sustantiva a la formulación de su obra magna afinando criterios y ajustando otros, de especial manera sus tesis sobre las intensidades del conflicto y de la guerra, llegando a un modelo más flexible que se adapta al desarrollo efectivo de los encuentros, para adecuar los objetivos estratégicos en los contextos del sentido político del evento general. Se formula una teoría más gradualista en relación con los objetivos. La victoria sobre el enemigo, la imposición de la voluntad, se puede obtener poniéndolo en crisis, aboliendo su identidad política, su Estado, la capacidad de resistir ordenadamente o imponiendo los términos de una paz que desarma al enemigo, pero no lo diluye. Entre uno y otro nivel de la victoria hay escalas reales de gradación histórica.

Todo esto relativiza mucho la noción de guerra absoluta, la cual es más situada como hipótesis de análisis, que como evento real y efectivo. La historia es una fuente pertinente de la guerra, pero no es taxativa y mucho menos la única fuente de saber estratégico. En esto rompe con la escolástica historicista prusiana y europea de la época, estableciendo el carácter dual de la guerra como tal —política extrema y regulada—, desde un realismo más sobrio y científico. Es saludado por los pocos lectores efectivos de la obra publicada por su

esposa luego de su muerte. El general prusiano Von Moltke lo elogia a pesar de que señalara que, para él, la guerra no está influida por la política en el grado que Clausewitz consigna. Lo hace desde las campañas victoriosas de 1866 en Austria, y de 1870 en Francia. Se inicia así una saga de malos entendidos que quizás aún no terminan.

Hay categorías que Aron matiza y aclara: si despojar el sentido original de la obra como es el de guerra absoluta, ascenso a los extremos; asimetría entre defensa y ataque; cálculo estratégico, guerra del pueblo, guerras pequeñas, o la relación entre defensa y ataque —que veremos más adelante—; entre conceptos puros e historia real y viva de la guerra. Entre los más militaristas de sus críticos, la primacía de la defensa puede resultar poco valerosa; en otros, el énfasis en que es la política la que rige la guerra, jamás al revés, podría sacar de base a adoradores de las armas en sí y su poder histórico.

Varios estudiosos, señala Aron, invirtieron la relación lógico-conceptual malinterpretando en su momento la Guerra Fría como una guerra en forma. Si la política fuera la guerra por otros medios, la vida histórica sería solo aniquilamiento. A pesar de varias crisis que analiza Aron, desde la victoria de la Revolución china hasta las guerras árabes-israelíes, pasando por Corea cuando las fuerzas estadounidenses son rebasadas por las tropas chinas en momentos en los que China no tenía capacidad de respuestas nuclear, hasta la guerra del Yom Kippur en instantes en que Israel pensó en una respuesta nuclear, las armas atómicas no se han usado, y todos los sofisticados juegos de guerra han sido hipótesis más académicas que historias; gracias —si se nos permite— al sentido común básico de humanidad y sobrio cálculo.

Aun aceptando que durante la crisis de los misiles John Kennedy estiró innecesariamente el cuadro de cálculos y que hasta hoy no está claro cuál fue la jugada de Nikita Krushev, los halcones estadounidenses y soviéticos no lograron imponer su punto de vista basado en las opciones de ganar con un primer golpe nuclear a la URSS; o de un segundo golpe de retaliación soviético.¹⁶

16 Véase Aron (1987).

Al final ganó la política con los instrumentos de la diplomacia. Se puede señalar que fue gracias a la amenaza de un bombardeo sobre la isla de Cuba que ya estaba planificado. Pero también, la Rusia soviética tenía planes de respuesta. El ejército ruso tenía, por lo menos, cuarenta mil hombres en posición de combate en la isla, y varios misiles SS15 armados en sus plataformas. Planes variados de contingencia frente —seguramente en el teatro europeo con Berlín como eje— a esto existían. Hoy sabemos que el Gobierno de Estados Unidos retiró los misiles de Turquía que, por otra parte, desde antes había decidido retirar; Cuba no fue invadida. El equilibrio global se mantuvo por encima de este evento —muy críticos y de altos riesgo—, pero se pudo arribar al plano diplomático en el que la idea un poco maltrecha de humanidad triunfó, no por el humanismo abstracto de los actores solamente, sino por el frío cálculo de costos y riesgos.

Raymond Aron analiza la naturaleza camaleónica desde la obra de Clausewitz, *De la Guerra*. Todas tienen una complejidad singular, original; lo mismo se debe decir de las grandes crisis políticas con riesgo de guerra en el sistema mundial, ubicadas en la relación entre ejército y pueblo, la ciencia y las tecnologías, la solidez de los sistemas públicos, la naturaleza de la política y de sus entidades, los marcos y límites legales de la guerra. También debemos destacar la calidad multisectorial y de poder de la dirigencia, su unidad y capacidad de movilización y, desde luego, de conducción. Son variables en la medición de fuerzas en pugna, y en ocasiones las gotas del vaso de agua que permiten la victoria.

Las sociedades mundiales son un dato monumental y nuevo luego de 1945, con Estados enormes y pequeños entrelazados en sistemas de alianzas y cooperación, tanto como de competencias y roces a lo ancho de toda la cartografía mundial. Aron hace un recurrente énfasis en que la literatura estadounidense de la década de 1970 realiza múltiples juegos de guerra nuclear con graves defectos epistemológicos. Conviene tener presente esto desde un autor con claras simpatías atlánticas, pero también de un singular rigor teórico analítico, criticando un mundo que ayudó a forjar, y del cual en ocasiones desea alterar sus premisas, a pesar de sus certificaciones democráticas comparativas frente a la Rusia soviética, por ejemplo: cuando apoya

todo anticomunismo sin razonar la solvencia de largo plazo de ese apoyo como ocurrió en Vietnam, o en el Irán del sah de Persia, o en un plano menor, con la Cuba de Batista o la Nicaragua de Somoza.

Con todo, señala que su propósito no es el de juzgar la literatura nuclear, sino comparar el entendimiento estratégico de ayer y hoy, en aspectos como la dialéctica de la defensa y del ataque; la noción de relación de fuerzas; las modalidades de las negociaciones en ausencia de un “pago en metálico”. En efecto, la disuasión nuclear opera como amenaza, pero no como acción concreta y realizada; esto implica que esa disuasión es inmensamente teórica, no es un pago “al contado”. La interrogante de fondo es saber cómo funciona la disuasión nuclear hasta hoy de manera efectiva, cuáles son sus mecanismos de cálculos y de medición; diferencia entre fuerzas, amenaza e intenciones. Singularmente, cuando en teoría, el ascenso a los extremos favorece a quien está dispuesto a llevar el juego hasta el final.

Pero, a su vez, critica al campo soviético de la época de poca honestidad intelectual, al encubrir bajo la hipótesis del imperialismo la dinámica de las guerras y la eventualidad de la propia guerra nuclear latente. Sitúa esta crítica general en cinco argumentos falaces de los teóricos rusos.

El negar el amor por la paz del régimen soviético, bajo la forma de un anticomunismo disfrazado de teoría, los autores occidentales confunden con dos temas vinculados, pero son distintos: la cuestión teórica de la esencia de una guerra nuclear y los aspectos prácticos de estudiar y saber si puede ser un instrumento real de la acción política de este tiempo; en ocultar el rol que las políticas agresivas juegan en la carrera de armas nucleares. En fin, en ocultar que el riesgo de ese tipo de guerra deviene de las políticas imperiales. El recuento de Aron es fundamental desde el ángulo de sus críticas, ya que él ve también en el bando soviético una lucha cruda por el poder mundial, un afán declarado de alterar el orden de poder del planeta, análogo o más grave, que el de Occidente, en el que la razón ideológica afirma con seguridad las intenciones del otro bando, pero ella misma está ofuscada por sus premisas ideológicas.

Los avatares de la disuasión desde el lanzamiento de dos bombas atómicas, y la discusión sobre su racionalidad política-estratégica y geopolítica, se extienden hasta hoy en el siglo XXI. Se pregunta respecto a la noción de disuasión si se puede vivir eternamente del crédito aludiendo a la ausencia del momento del duelo de realización de la fuerza concentrada y acumulada como amenaza de poder; o si es usada totalmente con el fin de ambos bandos, o con la derrota parcial de uno de ellos, o en combinación con armas convencionales sin acudir al último nivel máximo. Desde luego, hoy la panoplia de armas de destrucción masiva amplifica el riesgo, pero en nuestra opinión, no caduca lo fundamental de la obra de Clausewitz en sus categorías más básicas. Más aun, hoy emergen las posibilidades de graves acciones de guerra y terrorismo por parte de fuerzas irregulares integristas y políticas, pero esto es parte de los riesgos de un orden mundial y no de una guerra en el sentido tradicional y clásico.

Tenemos claro que las categorías de guerra y terrorismo requieren un trato delicado, de otra forma, se incluyen en ella todas las formas de violencias y locuras. La teoría de las guerras pierde las perspectivas de análisis y se equivoca con extrema gravedad en las respuestas que pone en juego. Los conflictos, señalaría Clausewitz, no se definen por el tipo de arma, sino por sus lógicas políticas puestas en juego y acción.

De lo anterior no se infiere que no existan diversos tipos de guerra, como son: entre Estados de igual o diversa naturaleza, las de liberación nacional, las guerras revolucionarias, las guerras locales y, desde luego, los grandes conflictos mundiales entre sistemas de alianzas alternativos. Recordemos que, para Clausewitz, comentado por Aron, hay una diferencia profunda entre el concepto y la realidad. En efecto, la noción de guerra absoluta no se refiere a ninguna guerra real, solo remite a una esencia hipotética-analítica. Mientras la naturaleza fenoménica de la guerra de 1914-1918¹⁷ hace reenviar a la guerra total en términos de movilización plena sustentada en las capacidades económicas y políticas de los Estados.

Ahora bien, regresando a Aron, este señala que el concepto de “política global” es compatible con la obra del general prusiano, cuando

17 Al respecto, ver Jünger, E. (2013). *Diario de Guerra (1914-1918)*. Madrid: Tusquets.

este analiza el gran rol de la política del Estado. Pero no en el momento en que se señala que la política global debe estar al servicio de la guerra. Esta metafísica es ajena al espíritu general del tratado y, más aún, la guerra no es la prueba superior de los pueblos en su larga historia.

La política a la cual Clausewitz acude como operador analítico es la política tal cual debería ser dentro de los planos de racionalidad histórica de un Estado con intereses, pero con sentido de la permanencia, como ocurrió con el canciller Bismarck, de espíritu guerrero, constructor de la unidad alemana y creador de una gran potencia que nace desde fragmentos de poder y geografías en un territorio histórico cultural. La política estatal acepta, desde luego, altos grados de excentricidades, pero conserva la supremacía de evitar el duelo eterno y la absoluta sin razón que siempre es posible. Pensemos nuevamente en Maquiavelo en las nociones de virtud y fortuna: de ninguna de ellas, el príncipe, en este caso el Estado, puede abusar. La decadencia de los grandes imperios debería ser una advertencia para quienes creen que las guerras son la fuente de estabilidad en el largo plazo. Aron trae a colación que una de las causas principales de la derrota estadounidense en Vietnam fue que no comprendió que se enfrentaba a una guerra de liberación nacional; y, por otra parte, a una forma de guerra civil entre el norte y el sur. La Casa Blanca vio una guerra contra el comunismo, y desde ahí forjó una política que no logra consolidar la legitimada del sur; y una guerra que luchaba contra comunistas, cuando lo clave era que de forma actual eran patriotas nacionalistas.

Esto no evita singularmente en los primeros capítulos antes de 1827 —notas de dicho año—, de ambigüedades conceptuales propias de un borrador que sería reformado como veremos en otra parte de este texto. Sus planes de revisión de la obra solo se cumplieron en rigor con el capítulo uno del primer libro. Insistió en que se debía reescribir dos grandes ideas de manera más rigurosa. La primera, era la centralidad de distinguir siempre entre los rasgos, requisitos y condiciones de una guerra limitada y la general. En segundo lugar, el mantener siempre la claridad de que la guerra era la continuación de la política por otros medios.

Como señalamos, retomando la narrativa, el combate es el instrumento estratégico de la guerra para doblegar la voluntad del enemigo, obligarlo a la paz, imponer esta por medio de la destrucción de fuerzas materiales y morales del contendor. Pero nada de esto implica la disolución de la política como conductora de la guerra como la inteligencia del Estado. El objetivo último de la política en condiciones de guerra es la paz.

Sabemos que la guerra es un acto de la mayor crueldad sistémica, ya Immanuel Kant formuló el proyecto de la *Paz Perpetua* (1795), en un siglo en el que la razón debería gobernar los destinos históricos, sobre la base de un sistema internacional de gobierno de los pueblos. Pero hasta donde se puede postular, la guerra acompañará la aventura humana por un largo tiempo más. Los intereses entre Estados y élites, entre naciones y religiones, entre políticas e ideologías egoístas, seguirán por momentos definiéndose por el duelo y las armas. En Aron se da un esfuerzo —en su texto *Paz y Guerra entre las naciones*— por hacer visible y comprensible sus lógicas con el fin de impedir, si se quiere resumir, el ascenso a los extremos. Este campo conceptual debe ser analizado con más detalles, en tanto cubre la dinámica misma de la guerra en el tiempo, y por otra, implica el denso juego de los odios y las pasiones implicadas.

Las ideas, dice Aron, como premisa de arranque en la introducción, influyen sobre las acciones sin sucumbir a una escolástica, y menos a una filosofía blanda. Aron se aleja del pensamiento militar como tecnología e implica a esta disciplina en la política, la historia y, en nuestra opinión, la lógica civilizatoria. El texto no es el de un realista liberal apegado al simplismo y los esquemas mecánicos de muchas teorías de la guerra; al contrario, la problematiza debatiendo con sus autores de referencia sin integristas, buscando el núcleo racional que informa tanto sus aspectos notables como sus espacios más confusos.

Pero además de edificar un modelo de análisis de lo que se entiende como estrategia y guerra, avanza sobre las pugnas de poder durante la Guerra Fría en términos, si se quiere, sistémicos, pero, además, ubicando la personalidad de los líderes de la época en medio

de grandes decisiones como fue la crisis de Corea, Argelia, del Canal de Suez, la cubana de los misiles, o el Muro de Berlín, y la guerra en Indochina. Surca en esta panorámica Lenin, Charles de Gaulle, Franklin Roosevelt, Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, John Kennedy, tanto como el sistema internacional, la ONU, la OTAN o el Pacto de Varsovia. Ninguna de estas crisis llegó a una guerra nuclear, proceso sobre el cual las escuelas atlánticas de la guerra elevarán de manera especulativa, sin antecedentes empíricos e históricos, juegos de simulación y de guerra que es muy posible no pasarían la prueba del primer día de conflictos atómicos.

Los eventos analizados, los marcos conceptuales en juego y la agudeza de perspectivas lo hacen un texto actual y clásico, en tanto marca toda una escuela y paradigma de análisis pocas veces logrado en las últimas décadas.

Hemos optado por el ensayo crítico de los dos tomos de Raymond Aron, porque esto nos permite incursionar en discusiones actuales tanto al interior del sistema internacional y sistema mundo, como de poner en juego pistas y enfoques para comprender hoy el ámbito de la guerra como un espacio orgánico de la política mundial y las estrategias de poder actuales.

Desde luego, es una obra que debe ser puesta en análisis académico y teórico desde el plano del actual pensamiento estratégico y de quienes hacen de él un campo de estudio riguroso. Pero destaquemos que Raymond Aron es un autor de corriente principal no suficientemente examinado en América Latina por los analistas de los conflictos y, posiblemente menos, por los tomadores de decisiones fundamentales.

2. Las sugerencias de Aron sobre las nociones de duelo de Clausewitz

¿Por qué seguir desde Clausewitz, pensando las guerras del siglo XXI?
¿En qué aspectos actuales, este teórico y general prusiano del siglo XIX, ilumina el mundo actual de potencias de guerras de destrucción total o guerras asimétricas y, en todo caso, aparentemente lejanas a las de hace dos siglos? ¿Cómo asumir su legado sin sucumbir a la narrativa puramente analítica sintética “del pago al contado”, o

el combate cuerpo a cuerpo? Fórmulas que pueden evocar también otras preguntas, como si es adecuado seguir pensando la política desde las grandes obras de Aristóteles o Maquiavelo. Es decir, saber si el largo tiempo histórico altera a tal grado las analíticas de los pensamientos clásicos como para impugnar, por falta de actualidad, las obras que han marcado formas de ver, saber y pensar en varios ámbitos del percatarse.

Aron señala con cierta ironía, respecto a seguir apasionados por la obra de Clausewitz y otras que también seguimos estudiando y debatiendo como *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo, y *El Capital* de Carlos Marx; pero advierte desde el concepto de círculo hermenéutico, que toda obra debe asumir la época histórica en que fue escrita. Estos autores referidos elaboraron sus obras, emplearon categorías, palabras y giros desde las interrogantes de un período singular. Actualmente, nosotros al ingresar a ese espacio temporal, debemos intentar comprender el clima de época sin sucumbir a una esclavitud historicista, sino reubicando con pertinencia las analíticas de cada autor.

Clausewitz se continúa estudiando en ocasiones desde varias simplificaciones; en otras, estirando demasiado las actualizaciones. La obra de este general, si se quiere, guerrero y filósofo, no se publicó en vida, poco tenía que ver con el género de los manuales de campo. Aron nos recuerda que Clausewitz era demasiado inteligente como para querer ser simplificado como un militar de pluma y no de acción. Era un nacionalista del mundo que se venía, pero también un hombre de acción y de decisiones, algunas de ellas complejas, como fue su incorporación al ejército zarista para combatir a Napoleón en 1812; esto le costó la eterna sospecha de los suyos. Clausewitz escribía para pensar, sistematizar, comprender y para quien se tomará el tiempo del análisis.

El propio Aron desconoce al Gobierno de Vichy formalmente legal, pero también la legitimidad rebelde del general De Gaulle, para unirse desde Londres a las fuerzas. En un contexto en el que Churchill hundirá la flota francesa, en tanto este último no puede aceptar la neutralidad y el riesgo de que la Alemania nazi se apodere de esta formidable fuerza naval. El escritor Aron no soslaya el riesgo de la

decisión en períodos donde la legitimidad heredada se aleja de los imperativos del momento. En la Francia de Vichy, del general Pétain, la legalidad establecida por los términos del armisticio favorecía a esta república rendida. La realidad histórica estaba en el campo de los que resistían. Se alista como soldado, quiere tripular un tanque, pero termina siendo contador de su compañía.

Raymond Aron equilibra el estudio sobre el general prusiano en términos que se puede observar un análisis histórico-crítico de los marcos de opciones posibles del militar; sabe que la teoría sin historia puede resbalar a la especulación.

Clausewitz no ignoró la fuerza y originalidad de lucha del armamento del pueblo en las opciones de lucha contra la Francia de la época, tanto en sus formas de levantamiento como de combates y hostigamientos irregulares, como ocurrió en España y Rusia. El estado mayor alemán de la época, como la gran mayoría de otros países, desconfiaban de la nación, del pueblo en armas, a pesar de que existían tropas irregulares que batían los campos buscando información y realizando acciones de “guerra chica”, lo cual era diferente para ellos a armar al pueblo contra el invasor. Clausewitz formula estas teorías, pero no tenía evidencia histórica de sus impactos como Mao Tse-Tung en la lucha de la guerra popular y contra la ocupación japonesa; o Ho Chi Minh en Vietnam.

El oficial prusiano habría rechazado esta estrategia por falta de evidencia, como señala Aron, a pesar de que está en aspectos nucleares de su elaboración. Por otra parte, tampoco a la hora de analizar singularidades elude —Aron— el contexto de una Europa que vive los efectos enormes de la Revolución francesa, en la que la élite monárquica europea estaba sorprendida por una guerra que ya no es la de antes, esta es de masas, muy sangrienta. Es derrotada múltiples veces por un oficial que surge del anonimato —como señalamos antes— de la tropa y escala en fortuna gracias a un instinto político de origen plebeyo, que hacía la guerra aludiendo a los derechos y el contrato social, y que ocupaba en nombre de la monarquía una renovada Francia.

Esta guerra europea no modifica tanto las tecnologías de la guerra clásica, sino en un punto vital que es de enfoque estratégico y no de

técnica: el del uso de las fuerzas y la movilización amplia de las retaguardias civiles y económicas. Napoleón es la personificación contradictoria de otra época que está aún por venir plenamente, pero es un punto de ruptura que descoloca a los generales apegados al pasado. A pesar de que la idea de combate de Napoleón apela al aniquilamiento en la práctica, este impone siempre y busca con desigual resultado la gran tesis política por encima del duelo sangriento en el campo de batalla. Aislar a Inglaterra, establecer un sistema de alianzas sólida con Rusia y el Imperio austrohúngaro, derrotar y sumar a Prusia; proyectos imposibles con los ojos de hoy, pero buscado con la voluntad de Napoleón en varias ocasiones.

En la campaña de Rusia es posible que él sugiriera a Clausewitz la superioridad de la defensa sobre la ofensiva, pero no de manera simple, sino ubicada en espacio temporalmente. Se trata de una defensa activa en un país enorme que permite el repliegue y el hostigamiento, movilizand o todas las fuerzas morales contra el invasor, el odio del pueblo. La fuerza del más fuerte no es proporcional a la debilidad del más débil. Dos contendores pueden equilibrarse por el hecho que los dos son más fuertes uno a defensiva, el otro a la ofensiva. Sin esto la superioridad de la defensiva se hace difícil de comprender si recordamos el tomo IV sobre la ofensiva directa y decidida.

El siglo XIX, y desde antes con la Revolución francesa de 1789, hasta el Congreso de Viena de 1815, descompuso las formas de comprensión de las élites europeas en las relaciones entre paz, guerra y revolución, con la centralidad de las guerras napoleónicas y sus efectos en el ámbito de la guerra; guerra de masas y de movimientos, pero más singular que esto, guerra que anuncia la idea de guerra total. Las guerras del siglo XIX aún tenían la herencia del período donde el combate se combinaba con el gesto dramático de la amenaza y el terciopelo.

El libro está organizado en ocho apartados: en el capítulo octavo se encuentra “Influencia del fin político en el objetivo militar”, también “La guerra es el instrumento de la política”, que, de forma directa, son los núcleos que más analiza Aron. Por ello, también la guerra es una empresa que destruye y produce tanto muerte como vida, tanto política como biopolítica.

La guerra es un cierto tipo de relación social que pone en su eje la relación poder como el ámbito esencial de su *ethos*. Las discursivas sobre que todo grupo humano tiende en algún momento a la violencia, en virtud de lo que considera sus intereses legítimos o no, es evidente. El punto es que, si la guerra es parte de la naturaleza, deberíamos aceptarla como una fatalidad, y frente a eso lo que queda es, por una parte, la resignación y el intentar acotarla. Sin ingresar al debate si la guerra es parte de la “naturaleza humana”, efectivamente ha acompañado la historia social de la especie sin pausa y en una constante curva de ascenso. Heródoto, en los *Nueve Libros de la Historia*, hace un análisis de la larga enemistad entre griegos y persas, de sus odios e imposibilidades de reconciliación efectiva y sincera.

Si el hombre es un ser social, como nos señaló Aristóteles, y estas formaciones son un enjambre de afectos y odios, se puede comprender que los intereses dentro de una ciudad Estado y, más aún, entre diversas unidades Estados, pueden y estallan constantemente; cuestión que emerge mucho después al amparo de una metafísica que las justifica con la noción de “guerras justas” de los agustinianos y tomistas. Pero es Thomas Hobbes, en su visión del contrato, quien da un giro epistémico de fondo en relación con el tema de las guerras, pero a partir de una antropología negativa del hombre. La sociedad nace con el propósito de poner fin al Estado brutal de violencia de los grupos primitivos, y al imperativo de poner orden para lograr sobrevivir. Se ejerce la violencia grupal para evitar el autoaniquilamiento o para orientar la senda del grupo en una dirección diferente, o muchas veces más para defender su territorio fáctico y simbólico. El notable discurso de Kant (García Caneiro, 2000, p. 15), tantas veces simplificado como ingenuo, es de verdad un nivel superior del pensamiento de especie en relación con la guerra.

La guerra para Clausewitz impone dos rasgos esenciales: la naturaleza lógica del conflicto, y los estilos de pensamientos flexibles que la guerra requiere de sus mandos. Toda idea general de la guerra no puede congelar la flexibilidad del mando. Los principios generales de la guerra son, en definitiva, una propedéutica de la formación, pero no una regla axiomática fija. Todo mando competente jamás olvida los principios generales, pero si es solvente en la dinámica del

conflicto, debe estar dispuesto a olvidar los principios generales y asumir los rasgos específicos de la guerra en la que está implicada la distancia clave entre la guerra absoluta —que no es lo mismo que guerra total de hoy— y la guerra real (García Caneiro, 2000, p. 42). Es relevante que Clausewitz no haga un fetiche de la fuerza material en la guerra, e integre la noción de fuerza moral aun en un lenguaje del siglo XIX; las facultades del golpe de vista y la de la resolución que permite articular entre realidad y teoría, muy semejante al concepto de inteligencia concreta (García Caneiro, 2000, p. 47). Estas facultades no son teóricas, aun cuando se teorizan, son del manejo efectivo de la realidad tal cual se nos impone. Respecto a esto, Aron a pesar de sus distancias con la dialéctica hegeliana, formula la idea de una dialéctica entre términos que se tejen en el ámbito de teoría y realidad, fuerzas materiales y morales.

La paz se logra con la victoria en la guerra, y esa paz es el objetivo último para Clausewitz, en la medida que la guerra no es independiente o autónoma de la política. Una vez que ha conseguido sus objetivos, la guerra es un medio de la política, esta fija y determina la conquista de la paz. Los medios materiales y los recursos morales son formalmente diferentes, pero son realmente complementarios. En los objetivos de la guerra, Clausewitz consigna dos tipos de guerras: la primera, tiene como propósito el abatir al enemigo, desarmarlo de voluntad de lucha, rendirlo, “obligarlo a cumplir nuestra voluntad”. Esto se logra en virtud de una concatenación de acciones recíprocas: primero, someter al adversario a nuestra voluntad, lo que induce al uso ilimitado de la fuerza, producir todo el daño posible para desarmar a este adversario, es decir, abatir y desarmar. Por último, como no es posible saber de antemano el grado de fuerza moral del adversario, con el rigor empírico de su fuerza física, el imperativo es asumir la lucha de forma incondicional.

También ocurre que la razón de tipificar las diferentes modalidades de guerra se hace comprensible solo y partir de la naturaleza política de la guerra, ya que ahí se puede observar en virtud de los objetivos políticos de la estrategia cuál es efectivamente el tipo de guerra en curso. Es con los ojos de Carl von Clausewitz, singularmente a través de su monumental trabajo de política y filosofía de las nociones básicas

de la teoría de la guerra, denominado *Von Kriege*, publicado en 1832, que se hace evidente un giro de época en los modelos y formas del encuentro bélico; en los que se puede comprender el anclaje de este nuevo tipo de guerra frente a los conflictos de encajes y terciopelo de las noblezas europeas hasta antes de la revolución en Francia.

Raymond Aron despliega una pretensión semejante en su obra *Paz y Guerra entre las naciones*, escrito en 1962, en la que desde su modestia y silencio hace un siglo antes Clausewitz. Para este último, la guerra no solo contenía en sí como fenómeno un lugar de batallas, sino una gran complejidad que correlacionaba política, geografía y economía. Su traducción teórica de las guerras napoleónicas no es reductible a la guerra en sentido acotado, sino a la gran estrategia compleja, variable y multisectorial. La guerra como evento, proceso y acto puro de violencia planificada, que busca doblar y hacer sucumbir la voluntad del contendor dirigida por la política a la cual le sirve, y desde la que se le sitúan sus límites y objetivos.

3. La guerra y el camaleón

La paz y las guerras del siglo **xxi** contienen en sus ontologías internas tres grandes mutaciones, si se quiere, desmesuradas, en tanto están más allá del cálculo con base histórica. La mundialización de las relaciones sociales, la interconexión de las condiciones materiales de vida, implica que una guerra generalizada y, desde luego, un encuentro nuclear en cualquier zona del planeta, pondría en crisis a las instituciones políticas y a las condiciones básicas de existencia de la especie, llevándonos a múltiples conflictos armados entre Estados, poblaciones y entre naciones por el control de los recursos básicos.

Emergería un orden mundial mínimo donde el único argumento sería la fuerza y, por último, se verificaría una regresión civilizatoria y la ruptura de toda forma de pacto y contrato social racional. Este orden mundial, señala Aron en sus últimas entrevistas, es crítico e inestable, pero es de alguna forma el único que tenemos y hace posible la vida de la humanidad.

Desde Sun Tzu a Clausewitz, se ha reflexionado en las grandes filosofías de la guerra en que esta es una continuación de la política, no

es algo autónomo a ella, es decir, hay una racionalidad que supera e implica a la guerra, que es la razón política. Esta permite que la guerra abstracta y pura sea acotada y dirigida por un plano superior a ella, en tanto duelo entre dos voluntades impidiendo el ascenso suicida a los extremos. Como en varias ocasiones se ha observado, así fue con las batallas más sangrientas de la Primera Guerra Mundial. Esta guerra que comentaremos desde un ángulo político en otro apartado, dejó ver tal magnitud de irracionalidades en el uso y derroche de las vidas, que es un episodio ejemplar de cuando la lógica militar socaba la dirección política.

La estrategia en ambos autores —el chino y el prusiano—, con siglos de distancia, es el arte en tanto no es en sí misma ciencia, en un conflicto de voluntades por medio de las armas. El cálculo racional no es en sí ciencia exacta. Clausewitz advierte, por otra parte, y sin embargo, que en la guerra no hay sustituto de la victoria; pero aquí también Aron nos advierte que en la era nuclear es imposible hablar de una victoria entre grandes potencias o sistemas de alianzas a cualquier precio. Aun pensando que una de ellas da un primer y abrumador primer golpe, los sistemas de armas, su disposición en múltiples lugares, las flotas de submarinos y de bombardeos, permite una respuesta del que sufrió la sorpresa a niveles catastróficos, tanto para adversarios como para neutrales.

Aquí, y particularmente en el segundo tomo de *Pensar la guerra*, Aron invierte varias hipótesis en relación con la naturaleza de la guerra en la era nuclear, pero también sostiene que el enfoque del texto *De la Guerra* sigue siendo vigente en los aspectos sustantivos para pensar incluso este tipo de conflicto. Sobre esto es conveniente estudiar uno de sus últimos escritos *El observador comprometido*, un libro de entrevistas en el que Aron redefine en parte su visión sobre la eventualidad nuclear.

El fallecido historiador británico Eric Hobsbawm señala en su libro *Guerra y paz en el siglo XXI*: “la globalización del mercado libre, actualmente tan de moda, ha traído consigo un crecimiento espectacular de las desigualdades económicas y sociales, tanto en el seno de los Estados como en el ámbito internacional (...) la inestabilidad

económica creada por el mercado libre global en la década de 1990, constituye la raíz de las principales tensiones sociales y políticas del nuevo siglo” (Hobsbawm, 2007, p. 9).¹⁸

Luego del derrumbe de la Unión Soviética, se sostuvo no solo el fin de la historia, sino con ella el de la guerra.¹⁹ Existía una hipótesis de fondo que consistía en resaltar que, tras el triunfo liberal y la instalación del mercado mundial de manera sustantiva, el liberalismo que busca la paz y el mercado que sostiene el intercambio, las guerras ya no serían necesarias. Las luchas por los mercados y recursos serían verificadas de forma regulada y pacífica. Sabemos que lo que aconteció fue que, la disputa por la conducción hegemónica del planeta cambió desde una situación aparentemente ideológica bipolar a una multipolar abierta, como fue evidente en la Primera y Segunda Guerra del Golfo Pérsico.²⁰

En todo caso, el mundo sigue en disputa con viejos y nuevos actores, incluidos algunos que fueron considerados arcaicos como los nacionalismos y los integristos de la fe religiosa. Ambos están renacidos y son sujetos políticos que pesan y determinan procesos en diversas escalas. Las intervenciones humanitarias²¹ de la ONU sintetizan las paradojas del cuadro mundial: por una parte, son operaciones de paz necesarias; por otra, están impelidas a usar la amenaza armada para lograr esta paz.

18 Sobre este tema, también se sugiere revisar Rivas, P. (2011). Aproximación crítica al Análisis Estratégico. *Gobernabilidad y Seguridad Ciudadana*. Quito: Ministerio del Interior.

19 Al respecto, ver Fukuyama, F. (2002). *El fin del hombre: consecuencias de la revolución biotecnológica*. Barcelona: S.A. Ediciones B.

20 La primera Guerra del Golfo Pérsico fue entre 1990 y 1991; y la segunda, entre 2003 y 2011.

21 Las intervenciones humanitarias de la ONU son “acciones emprendidas por la comunidad internacional en el territorio de un determinado Estado con el fin de proteger y defender a la población de violaciones graves y masivas de los derechos humanos fundamentales, y de garantizar la asistencia humanitaria a las víctimas de conflictos armados cuando el Gobierno soberano impide su paso. Después de 1945, algunas intervenciones invocando razones humanitarias fueron la de Egipto y Jordania al crearse Israel en 1948, la de EE.UU. en Líbano en 1958, o la de Israel en Entebbe en 1976 para rescatar a sus nacionales en un avión secuestrado. En la pos Guerra Fría, destacan las de Irak (1991), Somalia (1992), ex Yugoslavia y Ruanda (1994)” (Abrisketa, s/f).

Pero no olvidemos que las ideas de la guerra de hoy difieren desde un ángulo estratégico y técnico de las del siglo XIX; heredero contradictorio del iluminismo, la ilustración, la Revolución francesa y las Guerras napoleónicas, así como del naciente nacionalismo. Pero signado por la configuración del mundo de las grandes potencias y los centros de poder. En Clausewitz este juego de enfoques se nota, pero lo central de su obra hoy es el fuste de su pensamiento político. Son los operadores teóricos que se ponen en juego, a pesar de que bien sabemos que no era la intención de este largo e inconcluso trabajo.

Las guerras del poder y la política durante los últimos siglos nos han orientado a una elaboración que se desplaza desde la teoría de la guerra a las ciencias políticas y las relaciones internacionales. Además, desde hace siglos, se hacen anotaciones desde los puntos que resalta Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau, en la vocación de analizarla como una tragedia y, simultáneamente, estudiarla desde un realismo directo y sin eufemismos.

La guerra no es un proceso comparable a un juego estratégico, es un evento brutal en el que la búsqueda de la derrota del otro implica el despliegue de la mayor violencia sobre ellos y sus condiciones de estabilidad materiales y morales, lo que, desde luego, implica a su población civil como objetivo. Esto contamina al cuerpo político y afecta durante tiempos largos a los que fueron parte del duelo mismo, del proceso de la prueba de lealtad y valor por medio de la sangre. Para quienes hoy estudian las posibilidades de establecer la paz duradera luego de largos conflictos, queda claro que las heridas psicológicas demoran décadas en superarse.

Donde existió guerra queda el rencor y el espíritu de revancha. La guerra, además de ser la mayor movilización de voluntad de poder de la historia social, es también el proceso de movilización de odios e irrationalidades más vasto y masivo. Ya desde mediados del siglo XX se podía observar un conjunto de tendencias de alta complejidad por su novedosa naturaleza como por una ontología densa. El Estado seguía siendo la institución con el rol fundamental, pero ya desde esos años ha perdido su poder clásico como el actor de actores del ámbito político. Las relaciones internacionales tanto del sistema formal

y sus instituciones, así como las relaciones culturales y de variados procesos como son las migraciones, tienen mayor alcance que las de los Estados e interestatales. El capital financiero, la banca y sus instituciones globales tienen hoy el rol preponderante en las finanzas y la economía mundial.

Con ello, son factor de equilibrio sistémico y de desorden simultáneamente. También sucede que, junto con la apabullante capacidad de violencia de las grandes potencias, se está perdiendo el monopolio de esta en brazos de grupos delictivos y de corrientes integristas en condiciones de generar graves choques irregulares a la paz, desencadenando irracionales golpes de respuesta y limitación de las libertades públicas.

Si el paradigma realista fue hegemónico luego de la Segunda Guerra Mundial, tanto en sus versiones sofisticadas como más básicas o escolares, este fue razonable también por ser una contención a los enfoques idealistas provenientes de las ideologías duras que se encontraban en disputa. Los más significativos teóricos del realismo como fueron George Kennan, Walter Lippman, Kenneth Waltz, y su mayor representante referido al plano internacional, Hans Morgenthau, observaron un mundo polar muy crítico, pero coherente y en alto grado predecible. El realismo acotó las pretensiones más alucinadas tanto ideológicas como estratégicas, como se puede contemplar en los momentos más críticos de crisis entre 1946 y 1990.²² Pero fue quedando por debajo del desafío de saber, al aumentar la complejidad sistémica del mundo y con ello sus grados de incertidumbre. Hay que destacar, además, que existió también un realismo soviético que reguló las pretensiones más ideológicas del sistema y las ideas que buscan un desplazamiento de la hegemonía de Estados Unidos.²³

Pero la integración sistemática y la interdependencia entre lo local y lo mundial en tiempos muy acelerados cambia dos tipos de relaciones fundamentales del orden social. En primer lugar, las condiciones

22 Al respecto, revisar Aron, R. (1973). *Un siglo de guerra total*. Buenos Aires: Editorial Rioplatense.

23 Sobre el tema, revisar Gorbachov, M. (1994). *Memorias de los años decisivos*. Madrid: Glóbulos.; Aron, R. (1983). *El observador comprometido*. Buenos Aires: Emecé.

de vida dependen efectivamente de equilibrios tan complejos como frágiles en las finanzas y la economía, que abren muchas brechas entre riqueza y pobreza a niveles masivos. Pero, por otra parte, las posibilidades de usar violencia de muy diverso tipo, pero de alto impacto, está muy ampliada. Esto último —las tendencias— son, desde luego, un modelo formalizado de lo real, pero hoy asumir como operador la interdependencia permite ver los límites del realismo clásico.

El Estado se ha reconfigurado, es hoy una institución de regulación de la paz, la seguridad y los servicios básicos, pero en todo caso, ha perdido el afán del bienestar como resultado del aumento del individualismo posesivo y de las relaciones de mercado en la vida social. Pero ha sido la propia mundialización de la economía la que está multiplicando reacciones desde los sectores de trabajadores e incluso empresariales, que han sido golpeados por la nueva división internacional de la producción, el trabajo y poder político.²⁴

Todos estos procesos, aun ampliamente inconclusos, han descolocado las teorías políticas clásicas y sus ramificaciones hacia modelos de conflicto y guerras. Los modelos de racionalidad que ampararon las ciencias políticas han sido puestos en crisis por la dinámica histórica en curso, como ocurre con las teorías de la justicia, del igualitarismo de John Rawls; la igualdad compleja de Michael Walzer; las filosofías ecológicas de Hans Jonas, Ulrich Beck, Bruno Latour.

Así, la principal debilidad del realismo ha sido su fracaso para elaborar una teoría del cambio —pero no son los únicos— que sea más que la pura inercia sobreestimando el rol del Estado como actor sustantivo, así como los sistemas políticos consagrados, y la lógica formal en el análisis y la toma de decisiones. La proliferación de actores, fuerzas y procesos mundializados, satura los límites históricos de la segunda parte del siglo xx, amplificando las opciones generales de lo que puede ocurrir en cada caso. China, India o Rusia son factores de nuevo equilibrio en una larga etapa de transición.

24 Al respecto, ver Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.; entre otras obras.

También, al aumentar los actores que no tienen un estado de referencia, aumentan las posibilidades de optar por el uso de la violencia como forma de defensa o adquisición de mayores recursos. La asociación entre paradigma realista y dinámica de los procesos confunde la inmediatez empírica de los procesos con lo más probable y posible, desde los que se infiere que esos datos evidencian la dirección de los hechos; por ello, deben ser asumidos como la línea de orientación esencial. El paradigma de la complejidad —Edgar Morin e Ilya Prigogine— es de naturaleza más dinámica y remite a modelos no lineales, en los que la incertidumbre es un factor esencial que remite a la determinación abierta de los fenómenos sociales complejos que, en virtud del tiempo, se hacen más indeterminados.

Es la política aún la que dirige la guerra o existe una extraña simbiosis entre acortar las distancias entre una política fraguada en la relación poder, y una guerra que busca hacer política al amparo de diversas escalas de amenazas desde el acoso y el hostigamiento militar mismo, tanto regular como de fuerzas irregulares que, en algunos casos, también son orientadas y usadas por los Estados. Nos orientamos a algún modelo o patrón actual de las teorías de la guerra y sus variables, juegos e hipótesis, ámbito que, desde nuestro enfoque, refiere más a sus sentidos estratégicos, tecnológicos, que políticos globales. Las hipótesis de conflictos son modelaciones abstractas que indican riesgos y empleos de las fuerzas, que cuando ingresan al campo mucho más denso, diverso y complejo de la guerra en contextos de la gran política, rápidamente develan su significación indicativa muy general. Esto no las hace inútiles, solo limita sus alcances cuando el enfrentamiento entre voluntades asume la dirección de los asuntos bélicos.

Pero un aspecto singular de Clausewitz, es la dinámica del ascenso a los extremos y la eventual regulación y control de la política. Hay un sentido antropológico en esta idea de una violencia que se desboca de toda dirección racional, una sospecha en la fuerza del principio de muerte frente al de la vida. Podrá la razón política, una vez desatado el conflicto, dirigir con fines razonables el empleo regulado de los medios o dará el fatal paso de pesar en un golpe definitivo. En este siglo, el ascenso a los extremos podría venir de la propia política y ya no

del fragor desencadenado por las armas convencionales y nucleares o bacteriológicas, entre otros menús posibles.

Recordemos que el empleo de dos bombas nucleares sobre Japón es un punto de ruptura absoluto para el estadista y el general contemporáneo. Encadenemos los hechos: el genocidio de judíos, gitanos y población civil en escalas industriales, ya implicaba un estadio más del ascenso a los extremos, secuencia que con Hiroshima y Nagasaki formaría por los menos dos categorías nuevas: la voluntad política del aniquilamiento total de un pueblo y cultura, en la lógica explícita de la solución final, por parte de uno de los contendores, y de parte del otro, el uso de dos bombas atómicas sobre dos ciudades para acelerar la rendición. En el primer caso, por parte de los nazis se estaba dispuesto al ascenso total sus límites, eran tecnológicos y no políticos. En el segundo, el Gobierno de los Estados Unidos subió al máximo posible su extremo de violencia contra Japón.

Desde esa guerra hemos vivido en el terror abstracto de una conflagración generalizada con una angustia frente a lo imposible desde la lógica de la vida, y desde las lógicas del poder mundial. Raymond Aron cuando escribe su riguroso comentario —como narramos antes—, está en un mundo situado en medio de la Guerra Fría, y de unas posibilidades muy reales de un duelo nuclear entre las dos grandes potencias de la época: Estados Unidos y la Unión Soviética. El poco afortunado concepto de Guerra Fría tipifica este riesgo, pero también intenta explicar las guerras de baja intensidad de las periferias de estos dos liderazgos, que controlan regiones inmensas del planeta como zonas de profundidad defensivas y de control geopolítico.

Pero esto nos coloca frente a una tensión teórica y analítica singular en este texto: la de comprender la lectura singular de Aron sobre Clausewitz con los ojos de hoy, es decir, tejiendo una analítica de un autor que analiza a un teórico de la guerra, pero integrando problemas fundamentales de la política y la guerra en este tiempo. Esfuerzo tan necesario como complejo, en tanto impone a su vez una analítica política y filosófica de Aron, una reflexión sobre las causas del pensar del general prusiano, y un esfuerzo por sugerir en que Clausewitz es aún un pensador actual.

Será que aun hoy, por ejemplo, una guerra a gran escala no esclaviza a su vorágine los objetivos políticos del conflicto, o ¿es que el Estado y sus instituciones son capaces y están en condiciones efectivas de acotar los objetivos de la guerra a la política? Ocurre que a las preguntas sobre la lógica de la producción de armas de destrucción masiva, en tiempos en que los tratados que las limitaban desde fines de la década de 1980, están en estado de revisión negativa. Estas líneas de investigación, producción y acumulación de recursos son solo persuasivas y si así fuera, ¿por qué seguir acumulando las armas del Armagedón?

La razón política dominante hoy se ve fracturada entre el enfoque russoniano y el de Clausewitz y Hobbes, entre un intento por urdir espacios, mecanismos y acuerdos de paz bajo el supuesto que comprendemos su importancia como especie humana, y la razón de guerra que implica sustentar la noción de amenaza sobre el otro en el grado que asegure su destrucción, y también tal nivel de daños que no debería arriesgarse. Pero las dos grandes guerras del siglo xx, indican que hay ciclos de tensiones y crisis en las que los actores se precipitan en escaladas imparables, en los que sus intenciones de amenaza son rebasadas por la intención realizada de conflicto en tanto si piensa que sí es posible un primer golpe extendido, pero no interminables, donde el contendor por fin se rinde. Se pueden postular dudas efectivas sobre la calidad actual de nuestras instituciones nacionales y mundiales para impedir una escalada infernal. La política real depende en alto grado de la calidad de los políticos, de su formación analítica y de su temple para conservar la racionalidad en medio de gritos y locuras de muchos.

Convergamos que la paz es hoy una condición de vida de la especie humana, pero esto impone una lógica de la política mundial en la que sea posible la diversidad de sistemas, el debate entre filosofías diferentes y la cooperación entre diversas regiones y países del sistema internacional. Asistimos a unos giros notables en varios países de Europa y América hacia un integrismo agresivo frente al otro y diferente, y un rechazo a nuevos derechos y libertades. Algunos analistas lo comparan con la década de 1930. Esta semejanza es solo aparente en un conflicto entre países que tienen poder de destrucción masiva,

que llevaría en el corto plazo a un intercambio nuclear táctico y muy posiblemente estratégico.

Un evento de destrucción masiva generaría, por lo menos, una amplia y larga regresión civilizatoria, junto con la masificación de un estado de barbarie y violencia general. Luego de esto no existirían debates entre sistemas, sino entre hordas y, menos aún, un sistema internacional, sino una lucha básica por territorios y recurso mínimos y escuálidos.

4. Clausewitz y las sugerencias teórico-conceptuales

El escrito de Raymond Aron sobre el modelo de la guerra de Clausewitz se inscribe así dentro del corpus teórico de un intelectual liberal de mediados del siglo xx. Estudioso de las relaciones internacionales, dentro de un enfoque histórico signado y centrado muchas veces en los lugares y procesos donde el conflicto hace evidente las posturas alternativas que Gobiernos, dirigentes y fenómenos sociales tienen. Ese mundo del siglo xx contenía líneas de fronteras entre los denominado bloques o campos alineados con Occidente, dirigido en gran parte, por Estados Unidos y Oriente bajo la dirección general, pero en disputa con China y la URSS.

Esa realidad mutó de manera muy radical hacia un mundo que continúa dividido, pero ya no en el marco teórico e ideológico del siglo pasado. Pero las guerras y conflictos continúan ahí, no solo presentes, sino cambiando de formas y aumentando en muchos casos en gravedad.

De alguna forma, está siempre presente en temas como estos el debate interminable entre humanistas y realistas, que ya se verificó en los comentarios críticos de Erasmo de Rotterdam a Maquiavelo. El realismo histórico de asumir los fenómenos como son, contiene la debilidad ontológica de qué significa decir que se deben tomar las cosas como son, diluyendo los modelos más interpretativos. Las cosas son más como se analizan a ser de una forma impertérrita, como son quietas, iguales y congeladas. Pero, a su vez, el idealismo no estudia y actúa desde las cosas que son como son, pero tampoco al final de cuentas es una imagen de cómo deberían ser, sino de cómo ellos creen que deberían ser. Quedamos atrapados en un círculo infernal. Desde aquí,

el sentido analítico de Aron emerge con particular fuerza y capacidad frente a estas dos opciones, tanto en el texto de *Pensar la guerra* como en sus lecciones sobre Historia en los Cursos del *Collège de France*.

Integremos un poco de análisis histórico sin extendernos, por ahora, en estos tópicos que nos llevarían a exponer en parte la historia política de esos tiempos. Las teorías de la guerra y la política de Maquiavelo²⁵ estuvieron y produjeron prolíficas obras centradas en el enorme rol que los estudiosos del Renacimiento le otorgaban a la guerra en la esfera de lo público. También, y como reacción teórica, junto con esto se objetó en los siglos siguientes la función puramente instrumental atribuida a la virtud para conservar el poder, para lo cual se enfatizó en el rol de la virtud, la justicia y el Estado. La guerra se consideró dentro de estas últimas argumentaciones como injustificables.

Maquiavelo muere en 1527, pero su trama intelectual deja un legado en medio de debates, algunos de ellos precipitados por sus enemigos vaticanos, franceses y españoles, desde el poder mismo que no ha cesado. Los pensadores del siglo XVII y XVIII estuvieron más abocados a las ideas de paz que de guerra. Recordemos nuevamente el opúsculo de la paz perpetua de Kant.²⁶

Maquiavelo vive el tema de la política y poder en el clima de las guerras de las ciudades italianas de su época. Su *Arte de la Guerra* es una primera mirada en algún sentido moderno del conflicto bélico que él conoce de manera singular. El padre de la teoría política moderna es también, en grado apreciable, un sistematizador de la guerra, en tanto factor de poder de la política. La filosofía política desde el realismo renacentista hasta el siglo de las luces, a pesar de que en ambos períodos se precipitan conflictos y guerra, tiene un giro, una búsqueda de la armonía en las relaciones políticas frente al énfasis que en el Renacimiento se da en torno a la crudeza del poder.

La escuela del derecho natural moderno se abre en posiciones muchas veces divergentes; pero sus hipótesis lógicas iusnaturalistas que

25 Entre sus principales obras destacan: *El Príncipe*; *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*; *El Arte de la Guerra*; *De las Conjuraciones*.

26 Kant, I. (2016). *La paz perpetua*. Madrid: Alianza Editorial.

parten de un estado prosocial o de naturaleza, en el que los individuos vivían aislados unos de otros sin ser regulados por leyes positivas. Jean-Jacques Rousseau tipifica el estado de naturaleza signado por la tensión subjetiva de la violencia y la guerra, es decir, sin acuerdo o pacto se expende la violencia. Hobbes asume que la guerra es la condición primordial y natural de los hombres, que es producto de su capacidad de matar en contexto en el que los recursos son escasos. Se enfrentan el deseo de la autoconservación y de defender lo que se tiene frente a otros hombres.

Desde un plano histórico, la guerra como problema del derecho y la política aparece vinculado a la soberanía y a la sociabilidad en el marco del estado contractual. Si bien en la época moderna es la del individuo, no son las fuerzas que orientan el Estado moderno, es decir, hay un fin racional que —como se sabe— se expresa en el Estado. Hegel y Clausewitz mueren en 1831, miran a ese Estado-nación en ciernes, como el territorio de la razón y legitimidad para el primero, en tanto expresa al espíritu de la historia, y para el segundo, en la figura del ejército de la nación.

Con Clausewitz se da al amparo de otra época la figura del filósofo consejero del proyecto del príncipe, como antes fue con Maquiavelo. Aron nos advierte que signar como filosofía la obra de Clausewitz, sin aclarar los contactos de uso de esa palabra, difumina el sentido del tratado, el cual es más bien una epistemología. El prusiano no es un hacedor de sistemas como era frecuente en el siglo de las luces, en el que los sistemas eran frecuentemente un querer ser.

Clausewitz señala en un escrito de 1818, que es un prólogo al tratado, que la teoría debiera mantenerse en vínculo y contacto con la experiencia. Esta última sería un criterio de validez de la primera. Se aleja mucho del formalismo mecánico que adquiere la guerra absolutista; señala que esta sofoca la creatividad y el patriotismo de la tropa. Aron resalta en sus dos tomos esta tensión entre la praxis de la guerra que Clausewitz va acumulando a lo largo de su vida y la capacidad de ponerla en teoría sí es posible, en un sentido paradigmático de la estrategia.

Se podría consignar de esta forma que Aron es un realista, pero aclaremos: es un realismo liberal problemático y abierto, no solo por motivos del poder y las dinámicas irónicas de la historia y los destinos de las naciones. Es un realismo sin dogmas y complejo. Es un comentarista comprometido con su tiempo como él mismo señala, lo cual viene a decir que es un pensador libre, a pesar de sus adscripciones políticas de derecha, como Sartre lo era de izquierda; ambos con análisis rigurosos y serios sobre todas las fortunas y destinos de su época.

Ha sido tradicional considerar que los temas de seguridad y defensa, y con ellos de la guerra y los conflictos, son tributarios a un tipo de pensamiento conservador o, en todo caso, signado por las filosofías del orden y la autoridad. Desde hace más de un siglo, el campo de estudios sobre la guerra y los conflictos de diversos tipos en el sistema internacional son objeto de estudios académicos de buen nivel desde variados enfoques de filosofía y política. En este capítulo, deseamos amplificar las nociones y paradigmas sobre la guerra desde el plano del análisis de la producción de Raymond Aron, en su libro sobre Clausewitz que es, por otra parte, el centro de nuestro libro, pero también de la producción más general de este mismo autor.

Por lo anterior, en este capítulo deseamos analizar algunas categorías claves de Clausewitz desde la doble situación de los análisis de Aron, y las densas dinámicas contemporáneas de este siglo XXI, en la cual las guerras continúan siendo un factor definitorio, en muchos casos, de la situación regional y mundial; y por otro, la latencia de amplios conflictos se mantiene presente y operando como efecto de amenaza y de disuasión.

Pero asumimos que la guerra es un ámbito de la producción de poder, y que este implica de variadas formas la expropiación material de la energía de los cuerpos. En la guerra esta relación poder-cuerpos se hace dramáticamente evidente a través de las figuras del muerto, el herido o el prisionero. En todos ellos se ha ejercido por medio las armas una relación social de poder que se dirige a transformar la potencia de la guerra en un proceso de acumulación ampliada de poder material y moral. Si bien esto no está desde la angulosa trayectoria

de Raymond Aron, sus escritos y análisis sobre la guerra nos permite hacer la lectura cruzada de este intelectual y los aportes de Michel Foucault, Giorgio Agamben, Antonio Negri y otros, para dotar al texto de mayor actualidad analítica y conceptual.

5. Los nudos existenciales

Hay que partir de la noción de fuerza material para comprender los conflictos, sin deificar la noción en un sentido fetichista y burdo como suele hacerse. El proceso a través del cual se va configurando una fuerza material sustantiva no es lineal ni menos simple; este fenómeno de construcción de fuerzas se despliega desde el conflicto en diversos niveles y logra su constitución material y moral, en la medida que configura sus victorias en una saga larga de acumulación y ocupación de territorios sociales y geográficos, que le permiten que esa situación de fuerzas no sea derrotada. Es la constitución del Estado absolutista y, singularmente del Estado de los revolucionarios para el caso francés (1789-1799), cuando la fuerza de esta relación social denominada guerra expresa su poder y potencia. Con las revoluciones holandesas (1603-1609) e inglesa (1642-1651) y, especialmente con la francesa, la guerra moderna despliega medios y agrupamientos humanos enormes; se apoya en la política, la filosofía política, el derecho, pero, sobre todo, va elaborando un campo teórico propio que debe ser comprendido desde el ángulo de las relaciones de poder y dominio.

Las revoluciones y la construcción de los Estados darían a estas fuerzas armadas una ideología y sentido que, por otra parte, provenía de forma más básica desde el mundo antiguo de los imperios y las ciudades-Estado de Grecia (1200 a. C.), Persia (1400 a. C.) o Roma (753 a. C.). La guerra desde ese tiempo revela el fuero y furor, la pulsión dual de muerte y vida, y esa tendencia radicada en sus almas de llegar a los extremos de su espíritu.

La guerra es, en alguna medida, el espíritu de la historia como señala Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*, y no se hace más delicada, sino menos con el aumento de lo moderno. Más que sentidos, la guerra tiene funciones, en las que la lucha a muerte dará solución

a las pugnas de intereses. Cada adversario debe probar sus razones por medio de las armas y las disposiciones a matar y morir.²⁷ Pero en las guerras convencionales uno de estos contendores descubre que es mejor dejar las armas: primero se convence, y luego se asume como vencido; sufre su derrota y la victoria del otro como un gran episodio de su historia, deja las armas y piensa que ya vendrán otros momentos.

Pero en un eventual conflicto nuclear no hay bajas en un sentido clásico, no hay victoria como en la historia hasta nuestros días, sino solo devastación, imposible de conceptualizar en términos de derrota-victoria; hay aniquilamiento genocida de la civilización. No se puede tomar algo cuando ese algo es la pura radiactividad.

Hegel, Kant, Rousseau, también Maquiavelo, ven en parte que la guerra no desata los odios personales, sino la lucha política, digamos que sugieren que no hay rencor, sino razón de Estado. Los conflictos exigen a los sujetos ciudadanos la virtud de dejar sus vidas mediocres e individuales, y poner en juego esa vida por intereses superiores de la nación y el Estado. Es una visión trágica de la nobleza de la muerte, que se encuentra en las grandes ideologías colectivas.

6. Las imágenes expuestas y sus epistemes

Clausewitz va construyendo paso a paso esta noción de fuerza material, al madurar la noción y el paso de la totalidad abstracta a la concreta, aún con dificultades. La idea de totalidad concreta implica integrar lo específico y parcial en un marco dinámico que le informa. Cada hecho parcial solo adquiere su real valor dentro de una noción de totalidad de la que es parte, y de la cual se entiende sus significaciones; modelo que permite entender la noción de duelo como parte de la guerra, y a esta como un conjunto amplio de duelos en escala ampliada.

Afirma que analizará la guerra desde lo simple del duelo a lo complejo de la guerra, integrando luego sus diversas partes en un todo sintético y analítico que es la guerra. La naturaleza del conjunto es una imagen conceptual que permite ver ese conjunto y sus

²⁷ Al respecto, ver Freud, S. (2011). *Tótem y tabú*. Madrid: Alianza Editorial.

partes dinámicas: guerra y duelo, lo parcial y lo amplio contextual. “La guerra no es más que un duelo en escala más amplia”, Carl von Clausewitz.

Pero un duelo es un combate que no se reduce al aniquilamiento, sino busca desmoralizar al otro. No es un duelo de esgrima, sino un duelo de voluntades y proyectos, ¿cómo saber hasta dónde llevar la lucha, sino sabemos hasta dónde está dispuesto el otro a continuar? Arrebatarle algo, sus armas morales y materiales es mi propósito; pero también el de la simetría abstracta, dejarlo sin determinación de lucha. La lucha confronta voluntades y cuerpos, pero su núcleo es una lucha de voluntades humanas. Aron nos dice que los hombres combaten entre sí; los Estados hacen la guerra con las armas que la civilización puso en sus manos. Se desea tanto vencer en la guerra como obtener ganancias en el comercio.

En este duelo, el objetivo de los luchadores es imponer la voluntad al otro por medio de la fuerza física, pero su propósito inmediato es derribar al adversario, hacerlo perder su territorio de sustentación, su tierra material y simbólica y privarlo de toda resistencia; no es solo que no quiera continuar, sino que cree que no puede y luego que no debe. Observamos así en la descripción analítica del autor, una correlación de procesos diversos, pero que son parte del fenómeno duelo. Veamos algunas centralidades de análisis:

- Un medio que es la fuerza física. La noción de fuerza se refiere a algo que altera el orden de los reales. Un arma en sí condensa tecnología, pero requiere voluntad, ciencia y arte para usarse. La relación entre la movilización de los hombres, las armas en un territorio, son el conjunto donde se hace más evidente la noción de fuerza.
- Un objetivo: imponer la voluntad al otro. La voluntad en la guerra no es un atributo psicológico simple, menos aún un estado de ánimo. Es más, es la inteligencia aplicada como saber y determinación a partir de ese saber. La voluntad es una síntesis de inteligencia y arte en el uso del conflicto.
- Por medio de una condición e inmediatez, derribar al adversario; derribarlo de su estabilidad global, política y moral. Hacer que sus armas, reservas y aliados no valgan nada o muy poco. Lograr que sea un cuerpo dócil, abatido; ahí ya es posible asumir la victoria e incluso cooptarlo.

- Quitándole toda capacidad de resistencia, se puede resistir esperando algo; estirando el tiempo, incluso el espacio en el repliegue ordenado para esperar otro momento, deferir el resultado. Pero ahí siempre hay una esperanza en que algo salvará, incluso el azar. La capacidad de resistir es un recurso de la política para organizar una defensa estratégica larga, activa y compleja, cuando la política del enemigo ya no es capaz de esto; ese adversario se queda sin recursos posibles.

Se trata de desarmar al otro. Este no debe ser cosificado solo como un desarme material, es mucho más político y moral que logístico, aunque esto último sí importa. El desarme es también la expropiación moral del otro. Pero lo dos adversarios tienen al inicio del duelo las mismas condiciones; son iguales y simétricos. Al iniciar el duelo, concurren en abstracto con las mismas opciones y posibilidades de la victoria. Con el devenir del proceso de guerra, los números, los datos se modifican, se hacen asimétricos y diferentes para cada uno de los enemigos.

La guerra es un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario, pero destaquemos que lo es desde el momento en que, para los actores, las opciones de obtener lo que se busca por las vías de la paz ya no son posibles. Es decir, desde que las vías del diálogo y el acuerdo ya no son un medio. Esto, sin embargo, no agota a la política, sino la ubica en otro plano en tanto dirigente de la guerra. Si la guerra es un conjunto complejo de múltiples duelos, sus atributos y singularidades son también múltiples, pero desde estos conjuntos se va configurando un orden, una situación que, partiendo del primer instante en que los dos adversarios son en términos teóricos iguales, las fuerzas van variando en términos de correlaciones e iniciativa, y asumen diferentes magnitudes.

El uso de violencia para quitar capacidad de oposición y resistencia, imponer mi voluntad sobre el otro, en tanto su facticidad, la guerra es una prueba de fuerzas directa brutal. Pero desde el plano estratégico, es una enorme prueba de sentido lógico y razonabilidad de largo y mediano plazo. Quienes se dejan obnubilar por la inmediatez de la pasión, especialmente cuando es la política la que sucumbe a eso, pagará por largos tiempos la pérdida de la razón.

Recordemos que la violencia del opositor se enfrenta con mi violencia, con mi capacidad de dirigir mis fuerzas y comprender las debilidades del enemigo, y esta violencia se sustenta en el saber de la ciencia como saber estratégico de mando, uso de los medios e historia de la guerra en sus conocimientos y en el arte; es decir, en las capacidades y experiencias que permiten poner en juego y en uso ese saber en la situación singular que enfrento. Pero Clausewitz habla para su época. La guerra no es el uso ciego de las fuerzas e infinito de la violencia; la violencia es la mediación que permite imponer la voluntad al otro, que se verifica por medio de la fuerza. Así, la guerra es el uso de violencia, pero no es la violencia como irracionalidad emotiva, sino como voluntad de poder.

Para lograr los objetivos fundamentales, no todos debemos desarmar al enemigo a través de la acción militar y de la gran acción política. Es el desarme del otro por medio de la fuerza física, que no se reduce al desarme material, es además moral. Hoy se diría que también es psicopolítico quitar al otro también la voluntad de resistir y de lucha, como vimos en páginas anteriores. Para imponer mi voluntad sobre el otro, debo desarmarlo, no solo derrotarlo; la derrota sin desarme es un sinsentido real. El desarme sin derrota es imposible. El uso del medio que es la fuerza física, tiene como propósito el desarme del enemigo, pero no de manera inmediata imponer la voluntad al enemigo, sino en virtud de este desarme y luego de dejarlo sin opciones serias de resistir.

La guerra no es definida en sentido amplio por el criterio de imponer la voluntad al contendor, esto más bien está ligado a la relación de la guerra con política. Los objetivos de la política no constituyen el ámbito de la guerra. Esta última pretende desarmar al otro, la política dirigir el proceso general de la guerra. La guerra tiene una esencia: el uso de la fuerza física y un objetivo, desarmar al enemigo.

7. La mirada más actual de la guerra y la agudeza de Aron

Aron nos advierte, en sus formas de leer a Clausewitz, que se debe distinguir entre los temas de conducción de la guerra en sentido básico y mínimo, como son los referidos a los campos logísticos o la organización de esta, y los asuntos teóricos y prácticos que encuadran

los aspectos más inmediatos. Para Clausewitz, la civilización hace más desafiante y compleja la dirección de la guerra, pero sin borrar el furor inicial. El combate nutre al odio, le da actualidad y duración. La historia es el laboratorio de la teoría, pero a condición de que se sepa leer y actualizar la ignorancia histórica; puede ser doble en muchas ocasiones, porque no se sabe de ella o porque se intenta copiar, replicar e imponer el pasado sobre el hoy.

1. Al analizar al enemigo, debemos verlo en todas sus condiciones de fuerza en todo lo que él es, use o no esta fuerza en toda su potencia. Este imperativo de análisis nos remite a comprender de manera rigurosa quién es el enemigo, sus perfiles y qué anchura estratégica tiene para un conflicto.
2. A la fuerza se les impone al frente los usos de otras fuerzas. Es decir, no hay otra condición de contener una fuerza en lucha y amenaza que otra fuerza. Una fuerza no se autolimita, sino frente a otra. En la guerra no hay principio moderador ideal. Se mira así una relación proceso entre fuerzas, no una de ellas por separado. Estas fuerzas son polares, en términos solo teóricos. La guerra es una relación en la que ingresan todas las fuerzas preexistentes y todos sus recursos, pero jamás de manera simultánea, sino en el tiempo. Por ello, la idea de usar toda la fuerza es metafísica e imposible. Las fuerzas se movilizan en el tiempo. Este ingreso se hace en un cierto orden que debe ser comprendido, ya que corresponde a un esquema distributivo. Una vez generadas las condiciones para el ejercicio de la guerra, la totalidad de las fuerzas entran en juego, pero sus formas van asumiendo los resultados de los encuentros; no se mantienen frías e iguales al instante inicial. Esto implica que al analizar se deben tener en consideración no solo las fuerzas en teoría, sino las fuerzas en realidad en medio de conflictos y dificultades y problemas, que son una suerte de roce entre esquema y realidad.
3. Hay que diferenciar en los conflictos entre el sentimiento hostil propio de la historia, y las culturas y la intención hostil que se configura de la noción racional de enemigo. El odio salvaje existe en y con la intención hostil, es parte de las civilizaciones más primarias y se extiende hasta hoy en muchos casos y lugares. Pero sí hay casos en que las intenciones, que son otra cosa diferente, responden a un análisis y plan estratégico adverso, en el que no tienen como origen fundamental la animosidad.

La intención es, por esto, decisión objetivada fundada, tiene espesor y no solo ánimo. Pero también se debe saber que la guerra es un acto de violencia y las emociones están involucradas en ella de otra forma y, en última instancia, el perfil del combate perdería sentido real. Como se hizo evidente en las guerras napoleónicas. La reflexión sobre la intención en Clausewitz es una forma posible, aunque indirecta de incorporar lo social desde el ámbito de los sentimientos básicos. Él tenía una singular sensibilidad a lo social por la vía de la población, el patriotismo y la nación. Esto se hace más evidente cuando sugiere la guerra de guerrillas contra Francia.

El ámbito de lo social es la condición primaria de toda forma de violencia, desde los orígenes de la sociedad. Los cuerpos, sus energías y relaciones, implican las emociones, los cuerpos combatientes; sus capacidades físicas e intelectuales hacen referencia a la historia de esos cuerpos. Por otra parte, el uso de la violencia en términos de su intensidad implica a esta última y a la duración. La intensidad va a hacer referencia a la concentración de energía de esos cuerpos en cada encuentro; la duración, el orden y reordenamiento de esas fuerzas militares, también tienen orígenes contenidos y naturaleza social en la resultante general de esos encuentros.

El campo de las emociones y de la conciencia de las fuerzas va a hacer referencia a la noción de iniciativa y de la voluntad que no son las sumas de instantes, sino que se configuran como procesos complejos y diversos. Estos procesos son constitutivos, aunque poco explorados en la formación y reproducción de una fuerza. El cuerpo es una totalidad no escindible entre mente, cuerpo, o entre moral y estructura. El cuerpo del combatiente es una fuerza psicológica y moral total. Es esto lo que lo hace una fuerza de la guerra.

La producción de conciencia es y nace de un proceso de construcción de conciencia que es la forma en la que una fuerza va analizando y resolviendo obstáculos de saber en el desarrollo general del conflicto. Tiene que ver con la experiencia, pero no se reduce a esta. Es una dinámica de ordenamientos, construcciones de voluntades; no se plantea la iniciativa de alguien que no odia. Pero el odio es un testimonio, sino es dirigido por la ciencia y el arte. Toda fuerza en lucha

está, de alguna forma, en crisis con su existencia social en distancia con lo que es con su ser actual. La guerra implica dos estadios, sentimientos y saberes desde este plano. Uno es el de la intención hostil, el otro es el del sentimiento hostil.

8. Primera definición analítica

Toda la fuerza material involucrada entra en el juego de la guerra desde el plano estratégico, no es una unicidad, sino una relación, una acción recíproca; es una relación, si se quiere dialéctica, entre dos grandes voluntades y sus medios. El medio principal de la estrategia es el combate, hasta el instante en que no se inician los encuentros; mucho de lo pensado es solo hipotético. Las presiones de uno y otro pasan del gesto a la acción. Los datos materiales de la situación se transforman en fuerzas en movimiento. Solo a través del encuentro se van definiendo los datos en información. La asimetría polarizada es contenida por la disimetría de la ofensiva y la defensa; la oposición mutua en acción no es simétrica. Cada uno se relaciona con la propia fuerza para intentar desarmar al otro, pero ninguno es dueño del destino. Tampoco se debe caer en el fetichismo de las fuerzas como si estas fueran cosas en sí dotadas de un poder mágico.

Lo que se enfatiza es que hay un grado de subordinación a las fuerzas materiales, a partir de lo cual se me impone esto como una realidad, como algo ajeno a mí mismo; hay un margen de fuerzas que no puedo controlar en tanto están en acción. El azar existe, pero no es definible de una manera rigurosa, pero debo saber verlo como oportunidad eventual, es decir, estar atento a lo inesperado y saber explotarlo.

Si estamos en la búsqueda de la derrota del enemigo, debemos regular adecuadamente el uso de las fuerzas en las coordenadas y espacios temporales. Nuestro uso de la fuerza debe graduar la relación de magnitud de los medios con que cuenta, y que están en condiciones de usar; y, por otra parte, su fuerza de voluntad, determinación racional. La primera puede ser definida a partir de contabilidades y números, estadísticas y gráficos. La segunda, por los fundamentos y motivos que la impulsan y definen el poder de resistencia del adversario, tanto desde el plano de los medios generales, pero más

aún, desde la capacidad de dirigir, sorprender, cambiar de sentido. Es decir, desde toda la plasticidad de una dirección solvente; cuándo concentrar y desconcentrar, cuándo cambiar las direcciones y propósitos de la acción, como cuándo debemos y cómo explotar el error del enemigo.

Esto nos pondría en condiciones de usar de mejor forma nuestras fuerzas de todo tipo en tiempos y espacios adecuados. Pero el adversario también hace lo mismo, lo que lleva —según Clausewitz al tercer axioma— a la tercera acción recíproca, la centralidad de voluntad como fuerza material. Esto es válido para la política y la guerra, en la que interviene la reflexión que en sus grados más altos se transforma en voluntad y, en su máximo, en fuerza material que articula cuerpos y armas.

La reflexión comprende, explica y transforma la realidad. Lo que llamamos voluntad está sustentada en la reflexión, esta configura la voluntad. Esto permite la producción de fuerzas y sus usos.

9. Segunda definición analítica

Es necesario el conocimiento de las fuerzas del enemigo con base en dos magnitudes: la de fuerza y su voluntad. La guerra es un conjunto amplio de relaciones sociales que constituyen un campo, donde hay factores determinados y altos niveles de azar. Al considerar esto, debemos tener presente que el pensamiento puro tiende a los extremos teóricos, lo cual debe ser analizado en los juegos recíprocos. Pero las teorías de juego han demostrado sus enormes debilidades para orientar tanto la política como las guerras reales.

Los dos axiomas anteriores son válidos dentro de este cuadro de lo extremo y lo puro. Es decir, como un ámbito de la reflexión general, pero no en términos empíricos inmediatos. La tendencia al dominio de la abstracción como campo de leyes no es real, ya que esta está dinamizada en el roce efectivo de las relaciones sociales, al definir la complejidad de la realidad en sus diversas dimensiones. Para asumir este modelo desde un ángulo de la complejidad, regresemos a algunas afirmaciones previas resumiendo sus sentidos:

1. La guerra nunca es un evento aislado, al contrario, sintetiza todo el clima político anterior implícito en la memoria histórica y actualizada en las contingencias. El conjunto de fuerzas que opera en ella es constitutivo de las relaciones sociales históricas. La guerra nunca es un acto solitario, es una relación múltiple entre dos contendores que están sometidos a la dinámica de los procesos complejos y reales. Puede, si se quiere, estallar, pero esa situación está informada en cada día de los tiempos anteriores. La guerra no tendría que sorprender, pero si lo hace, es porque tenemos la tendencia psicológica a asumirla como muy imposible.
2. La guerra resulta de las pugnas de variados intereses; se puede seguir su curso en la dinámica de la historia. Lo que importa es comprender y observar los puntos de rupturas de continuidades y de giros insalvables.
3. No consiste en una decisión única, ni se verifica en un instante, hay un escalonamiento de varias dinámicas y velocidades simultáneas. Son ámbitos de hechos y decisiones los que configuran la situación de guerra y luego la guerra.
4. Todo esto confluye en los principios moderadores, que significan la acción de la realidad sobre las hipótesis. Estos principios nacen de la incertidumbre, la duda y el azar; pero son susceptibles de ver.
5. La noción de tiempo en Clausewitz va a hacer referencia y estar articulada con la noción de enfrentamiento. Esto implica que esta noción alude a la forma y sentido, a los encuentros de las fuerzas involucradas en estos encuentros. La noción del tiempo no es cronológica en el sentido clásico, pasa a depender de las fuerzas en sus interrelaciones y de los efectos en las articulaciones de fuerzas que esto tiene. La dimensión temporal va a ser así definida por la relación entre las fuerzas, el volumen de fuerzas y la intensidad de ellas. Es un tipo de tiempo tejido desde el encuentro, si se quiere, desde el combate.
6. La fuerza material es una totalidad abstracta, es decir, es la suma total del conjunto: fuerzas parciales y materiales de orden táctico, y su relación con el orden estratégico y total. El tiempo hace referencia a los volúmenes de fuerzas existentes en una secuencia y jamás en un instante; relación entre los ámbitos particulares y los generales que se pueden definir desde niveles muy amplios de abstracción y generalidad, con fines de situar una suerte de gran cartografía de análisis.

Desde un plano focalizado sintéticamente:

1. La guerra no consiste en un golpe sin dirección; nunca se puede recuperar una oportunidad perdida. La guerra define su dirección, pero esta definición está impregnada y dirigida por las variables políticas. La tendencia en relación con que ambas fuerzas van hacia el agotamiento, se supera porque nos advierte de la dimensión temporal que la aplaca y determina. No se da jamás el uso total de las fuerzas en un solo combate.
2. Hay una dinámica de uso de las fuerzas y de relaciones de fuerzas; no se hace entrar a todas las fuerzas en un solo combate de manera simultánea. Los recursos para el General prusiano son el total de las fuerzas militares, el país con y más allá del teatro de operaciones, con su superficie, los aliados con las magnitudes y compromisos diversos, con lo cual va construyendo la imagen rigurosa, aunque no exhaustiva, de la producción de las fuerzas materiales. El tiempo es la forma en que se articula la existencia material, su proceso de formación y constitución, y sus relaciones con otras fuerzas materiales. El espacio es más que la puntualidad geográfica, es la referencia a las formas constitutivas de las fuerzas materiales y su relación con otras.
3. La diferencia entre tiempo y espacio pasa por saber que una cosa es observar la articulación de fuerzas, y otra observar el proceso mismo de constitución de lo que se va articulando. Observar la articulación nos ayuda a definir nuestra dimensión temporal; al observar ese proceso, estamos mirando y construyendo la dimensión de espacio. Así, la relación tiempo-espacio son atributos de la formación y existencia de las fuerzas materiales en conflicto. Nos señala que el resultado de una guerra nunca es absoluto, no llega al extremo total entre los contrincantes; de ello se infiere una regulación del uso total de todas las fuerzas y recursos. La vida real con sus matices se hace cargo de los extremos y de los absolutos conceptuales; actúa en el campo amplio de las probabilidades. Es una racionalidad probabilística donde opera desigualmente el azar.
4. El modelo de Clausewitz va a poder definir, desde otro plano de mayor rigor, los conceptos de fuerza, encuentro, estrategia, táctica, tiempo, espacio, guerra.
5. La estrategia hace referencia al campo de la decisión de los encuentros, es decir, decisión sobre la distribución de los encuentros. La táctica hace referencia a las fuerzas parciales implicadas en esos encuentros y su dirección singular.

6. Así, la estrategia implica al volumen total de fuerzas comprometidas en esos encuentros, su distribución tempo-espacial; y la de táctica, a las fuerzas parciales implicadas en esos encuentros, tomando siempre en cuenta el volumen total de fuerzas, que es un conjunto total construido por conjuntos parciales; relaciones biunívocas entre totalidad y parcialidad, pero dinámicas y de retroalimentación. La intangibilidad de lo que es ofensiva, defensiva, táctica, estrategia, tipo de victoria y derrota, se hace posible solo si tengo en cuenta la totalidad real de esa fuerza.
7. Comienza a redefinir el modelo más abstracto por uno a partir de los principios moderadores. Hay una distancia entre lo que cada fuerza es y lo que debe ser. Esto es un enorme principio moderador del uso de la fuerza. El adversario es analizado por lo que hace, no por lo que se cree de él. La distancia entre todo lo que se tiene y lo que se puede poner en juego es significativa. Se debe instaurar el ámbito de lo social de las relaciones sociales. Señala que la guerra no es un golpe sin duración; la guerra tiene consecuencias en el ordenamiento.
8. La singularidad de la guerra es el desarme, el aniquilamiento, la destrucción de las fuerzas enemigas. Esto es muy diferente a otros usos que se hacen de violencia. Se deben diferenciar las dimensiones estratégicas-tácticas de tiempo y espacio, defensa y ataque. Ello marca que el inicio de la guerra es la defensa. La guerra, lucha social, presupone la búsqueda de la fuerza moral y material del enemigo; la decisión por las armas, es decir, el encuentro, son el eje del ordenamiento social de la guerra. La guerra comienza cuando se quiere tomar posesión de algo. Los dos enemigos no están al ataque: uno quiere tomar algo, el otro defender ese algo; este último la inicia al resistir. La guerra es una relación social del ámbito de poder por tomar y defender algo. El prusiano presupone el ámbito del poder de la política por otros medios, al estado del poder.
9. “La extraña trinidad de la guerra”, compuesta por los impulsos naturales del pueblo, las virtudes morales y el cálculo de la dirección militar, y la inteligencia pura expresada por el Estado, deben ser asumida antes que nada desde la lógica de los poderes políticos que se confrontan en una guerra real. Podemos así entender que la imagen de duelo es un operador teórico-metodológico, y no una imagen mímica de lo que ocurre. En una guerra se confrontan fuerzas políticas y sociales, por medio de los ejércitos y sus medios.

10. Raymond Aron señala que, al final de su vida, Clausewitz logró poner en diálogo, “reconciliar” la historia con el concepto. Desde su tiempo, es posible racionalizar, más aún luego de Max Weber —el monopolio de la violencia—, poner la violencia en función y relación de la razón de Estado. Pero es indispensable saber qué tipo de razón constituye la razón de Estado. ¿Cuál es el sujeto histórico al cual se refiere? ¿Puede un Estado personificar una inteligencia?, ¿ser un actor racional? Clausewitz sabía que un Estado está sometido a varias pugnas y está ubicado en campos de fuerzas, como él mismo pudo percibir en Prusia: rasgos del príncipe, aliados vacilantes, debilidades de los personajes del poder.
11. Pero el ciclo democrático abierto por la Revolución francesa, verificó un giro en el eje desde el individuo al sistema denominado Estado, en el que la razón tendría que provenir desde una comunidad política democrática que se sustenta en la racionalidad y el cálculo, y no en sus emociones.
12. Convergamos que hoy —nos señala Aron— el Estado recibe sus informaciones de sistemas burocráticos amplios y expertos, que permiten tomar decisiones pulcras y razonadas. Pero cuando se examina la crisis de los misiles de 1962 en Cuba, lo que se observa es que estas burocracias suelen pensar más en sí mismas que en los intereses de la nación y, menos aún, de la humanidad. “El jefe depende del aparato”, según un estudio de Allison citado por Aron. Pero no lo hizo de la misma forma en Estados Unidos y la URSS en esa crisis. No obstante, en ambos los rasgos del aparato han sido significativos para producir los equívocos y también los errores. Pero ahora, ¿cómo deberíamos comprender el tema de la razón de Estado y la guerra, cuando esta última es también un modelo de producción y negocios y no solo “un duelo”? Es decir, cuando los actores de esa razón de Estado van más allá de este, y los que están en ese Estado son parte de redes muy amplias de poder y economía.
13. Incluso durante las últimas guerras, se han visto conflictos importantes entre estadistas y generales, entre estos en sí mismos, entre estos y la diplomacia, y entre todos y el sistema político. Las referencias aluden a que la noción de Clausewitz sobre el Estado como un Estado inteligente, que se debe entender como un sistema que produce saber adecuado, en este caso para asumir y dirigir la guerra, en tanto la política está al mando, puede tener un flanco de debilidad sustantivo.

14. Las acciones de esa razón y Estado suponen a los individuos, pero también la unidad política al Estado. De otra forma, toda analítica se convierte en un sistema irracional y absurdo. Pero esto no supera en sí la pregunta e interrogante de fondo, es decir, saber si un Estado es capaz como instancia, si se quiere, síntesis de una razón, o es un organismo de la razón, o si por momentos sucumbe en la crisis de la razón, y con ello arrastra a su entorno social y político con él, como ocurrió en la Primera y Segunda Guerra Mundial con Alemania. Aron con agudeza polemiza con André Glucksmann en su *Le Discours de la Guerre*.²⁸ En unos puntos claves para este tema, Glucksmann sostiene que la visión de Clausewitz —soportada en su extremo— de que el sistema del prusiano mantenía una autonomía del cálculo estratégico, mirada desde el ángulo de los teóricos estadounidenses, a pesar de que esté diseñada desde un enfoque, programa o plan político, solo existe una retórica de la disuasión, sustentado en una autonomía del cálculo estratégico que es forzada y descontextualizada. A pesar de que se puedan observar en algunas importantes coyunturas históricas, estos rasgos son solo rasgos, no enfoques. Destacamos esto en tanto tendrá importancia para el desarrollo de nuestro texto en dos singulares asuntos: Clausewitz, como sabemos, insiste entre la relación de lo que está en juego desde un plano político, y la intensidad de violencia aplicada.
15. Se señala que es en el ímpetu de la Revolución francesa que se gesta el giro en el pensamiento alemán desde el cosmopolitismo al nacionalismo del racionalismo histórico. Pero más que un asunto teórico, Aron señala que las diferencias en este importante asunto tienen que ver más con la historia que con las ideologías de época. Este tema es una pista fuerte para comprender la Primera y Segunda Guerra Mundial.
16. Podría sugerirse que las obras de Aron son hoy una suerte de caducidad epistémica y también teórica; que sus enfoques con relación a las dos primeras décadas del siglo XXI adolecen de antigüedad. Si se estudian de manera superficial los procesos de la política y la guerra, no solo mucho han cambiado, sino que, además, han emergido nuevas palabras y conceptos para iluminar una realidad escurridiza y diversa. En parte, este también será un capítulo primordial en la presentación desarrollada del libro. Sin embargo, deseamos ahora formular cuatro argumentos en relación con este asunto. Primero, la

28 Glucksmann, A. (1969). *El discurso de la Guerra*. Barcelona: Anagrama.

guerra como fenómeno histórico y político sigue ocupando el horizonte de la civilización. Segundo, si bien las tecnologías y métodos de guerra han variado, el fenómeno lógico de esta se mantiene dentro de los grandes marcos de Clausewitz. En tercer lugar, el modelo del tratado permite actualizaciones parciales sin tener que modificar su corpus central. Por último, en este particular es posible hacer entrar en diálogo, sin grandes dificultades, a la filosofía y teoría política con *De la Guerra*, esfuerzo que, por otra parte, intentaremos. Las singularidades anteriores importan en la medida que configuran unas cartografías que fijan puntos básicos del recorrido Aron-Clausewitz.

Post escrito

1. Lo que conmueve

En este último capítulo realizaremos el ejercicio de comentar reflexiones de Aron desde sus últimos textos y entrevistas. Singularmente de los textos *El observador comprometido* de 1981, así como *Los Últimos años del siglo* de 1984. El primero es una larga entrevista, el segundo un ensayo que mezcla la lucidez con la decepción tranquila y distante. De varias formas, en los últimos años de vida Raymond Aron se abre a temas no tratados suficientemente como su origen judío, sus análisis sobre la naturaleza de la URSS, la economía como esfera singular y las vicisitudes de su propia formación, entre otros aspectos que ayudan a conformar un panorama más dúctil de su vida intelectual. También comentaré sus articulaciones analíticas explicando sus mapas de preocupaciones sobre los hechos que le tocó vivir y estudiar.

Esto nos permite ingresar con observaciones sobre estos pensamientos de Raymond Aron en sus últimos tiempos, comentando aspectos pocos profundizados y estableciendo cuadros de referencias más de contexto en relación con sus análisis. Se trata de un capítulo que también permite iluminar más su biografía política e intelectual, y que complementa en mucho las páginas anteriores. Si algunas analíticas se repiten en parte, lo son desde enfoques diferentes a los situados en los capítulos anteriores.

2. El laboratorio de sus ideas

La década de 1930 constituyó un período de enorme ebullición teórica y epistemológica, el cual tuvo como origen general los efectos de la crisis de “Occidente” en la Primera Guerra Mundial, las olas de impacto de la Revolución rusa, el advenimiento del fascismo y el nazismo y, desde luego, el agobio también de certidumbres en los saberes, incluidos los de las Ciencias Sociales y Naturales que afectó toda

la arquitectura epistémica académica. Observemos que la expansión del sistema mundial en el curso de dos décadas se da al ritmo de dos guerras mundiales y de la guerra civil española, del *crack* de la economía mundial de 1929. Esto influiría en el estado de ánimo y opiniones de los círculos académicos, pero también de la opinión pública. Cambió la imagen y postura de la figura Estado desde 1935 en adelante, dejando atrás la cultural liberal de esta institución de manera duradera y amplia, por lo menos hasta mediados de la década de 1970.

Raymond Aron es un sujeto privilegiado en términos de los grupos de habla en los cuales participa, en un París que es un centro de debates de ideas diverso y sofisticado a la vez. El operador analítico, por lo general, de ese período era la paz y la reconstrucción política y económica de Europa, luego del primer gran conflicto mundial. El tema de la revolución social está en el aire. Recordemos que Antonio Gramsci está escribiendo sus cuadernos y que desde Moscú se están ordenando los textos desconocidos de Marx, que harán mutar las interpretaciones menos humanistas y superarán el cientificismo más común de esta corriente. Es decir, Aron advierte este giro de las ideas lo cual se muestra en sus ideas sobre la historia y la filosofía desde la doble relación entre marcos teóricos nuevos y eventos en el desarrollo mundial, insospechados hasta hace muy poco. Resaltemos que esto es esencial en ese tiempo para el historicismo alemán, discusión que Aron retoma años después a inicios de la década de 1970 en sus lecciones sobre la historia en el *College* de Francia.

Por otra parte, los comentarios sobre la Segunda Guerra Mundial y el holocausto judío son respuestas de Aron a varias entrevistas. Pero resultan, por lo menos, frágiles y abren la duda si él y sus contornos en Londres, tenían no solo conciencia del genocidio, sino, además, de la cultura de genocidio en despliegue sistemático que daría lugar a otros niveles en las lógicas de la guerra y represiones y el aniquilamiento. En términos de lo expresado por Walter Benjamín, importa señalar que las huellas de ese evento giraron el curso de la humanidad para siempre. Pero también hay que destacar que las referencias que Aron hace a la relativa indiferencia de los grandes hombres de Estado de Occidente, incluido De Gaulle, se inscriben dentro de una lógica política de Estado —razón de Estado— de situar el asunto judío

en un nivel muy secundario en relación con el gran discurso de la guerra en curso. También llama la atención la cautela de las respuestas respecto al holocausto, que no se explican desde el hecho que él se sienta más francés que judío, sino emergen como una falta de problematización del genocidio con los ojos de un intelectual y pensador de alto vuelo como él. Existe, por lo menos, una negación emocional que también es reflexiva en la elaboración amplia.

Por otra parte, no es comprensible que la denuncia del exterminio no fuera situada también como parte de una lucha moral contra el eje y Alemania en singular. No es por todo esto claro, ni la posición de Aron, más allá de las explicaciones psicológicas y mucho menos el clima de los aliados frente al asesinato como política sistemática de Estado. Estos aspectos son poco profundizados por él en las últimas obras.

A pesar de lo expuesto, conviene situar estas respuestas francas en un marco más crítico y general, a pesar de que el realismo de Aron resulta, en este caso, impecable desde el plano del realismo puro. La Segunda Guerra Mundial fue un conflicto en la lógica de las grandes potencias globales. En rigor, para Alemania se trataba de hegemonizar el mundo con el apoyo de Japón en lo que respecta a la zona del Océano Pacífico, y el Mediterráneo con el concurso de Italia. Pero Japón, a pesar de su imponente industrialización, no podía vencer a Estados Unidos. Por su parte, Italia no tenía las condiciones de desarrollo y solvencia política como para situar un esfuerzo de guerra largo y diverso, como demuestra la historia militar de esos años.

Sin embargo, el rasgo racial y antijudío de la política alemana incorporará una interrogante enorme sobre el objetivo de la gran estrategia del IV Reich, saber cuál era la centralidad efectiva del genocidio en términos de esa estrategia, capítulo que tratará Hanna Arendt con mucha crudeza y brillantez. Hoy podemos señalar que esos asesinatos masivos sí desempeñaron la función ideológica de mantener unido a un bloque social interno —nazi— muy amplio de la población alemana que sí compartía estos objetivos; y, por otra parte, de dibujar un enemigo metafísico, fantasmagórico y real al mismo tiempo, adversario milenarista compuesto por banqueros, intelectuales, bolcheviques, es decir, varios millones de seres humanos que explicaban

la decadencia de occidente —como señala Oswald Spengler— y, más aún, de la gran Alemania herida para muchos y traccionada por políticos y judíos. Este fue el relato de una política que realizó el exterminio en nombre de una racionalidad enloquecida de Estado.

Recordemos que, para la Unión Soviética, el eje moral fue la gran guerra patria y no fue el socialismo el factor motorizador de sus fuerzas materiales y morales. Es decir, la lucha se realizó en virtud de la historia profunda y popular, esto le permitió movilizar el conjunto de recursos de que disponía. Esto sí lo analiza Aron, en mi opinión, con gran sutileza y rigor.

Para Inglaterra y Estados Unidos, la tesis puesta en juego fue la defensa de la civilización occidental —de la cual era parte desde luego la Alemania histórica—. Es más, esta guerra rompió la noción de civilización occidental: Alemania contra Inglaterra, Rusia contra Alemania, y luego con los aliados. Japón con Alemania e Italia. Es decir, se configuró un cuadro de juego donde dos grupos diversos se disputaron a fondo el mundo. Aron describe con rigor que la originalidad de las alianzas de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética, se trató de un gran acuerdo desde el más puro realismo político y estratégico que superaba los límites ideológicos previos.

Observando lo que señala Aron entre 1945 hasta 1949 con la Revolución china, y luego con la Guerra de Corea en 1950, se terminó de constituir la base política y discursiva de la Guerra Fría. Es desde esos años, que se sitúa en términos globales, la noción —con el discurso de Churchill en la Universidad de Fulton— de que hay una pugna entre dos mundos: entre el Este comunista y el Oeste democrático, mediado por una larga cortina de hierro. Churchill, a su vez, fue un arquitecto de Yalta y los modelos de acuerdos de zonas y áreas de influencia en el estilo colonial práctico y cínico. Él advierte antes del fin de la guerra que el Imperio británico ya no es un poder efectivo de nivel mundial, sino un aliado clave de Estados Unidos. Este factor de debilidad y miedo frente a la URSS fue gestando el espíritu de conflicto ideológico que también Aron considera, por momentos, excesivo y de alto riesgo.

Esta decadencia que Aron advierte también en Francia, en este caso, se sublima un tanto por la política de orgullosa autonomía del Gobierno francés de Charles de Gaulle desde 1946. Este último juega dentro de un marco limitado el único juego de independencia que se podía jugar: el de tener una fuerza nuclear independiente, a pesar de que en una conflagración generalizada habría tomado partido por Estado Unidos. Pero mientras esto no ocurriera, se podía hacer el juego de la independencia con algún nivel de éxito y consistencia, algo que los Gobiernos galos lograron.

La opinión de Aron corresponde a un liberal ilustrado —con la carga psicológica que implica— y conecedor del experimento soviético, pero también a un sujeto que tiene su propia y rigurosa opinión de las distancias entre la producción de Marx, y lo que ocurre efectivamente en el Este de Europa. Desde un plano realista, Aron entiende la visión de poder que está en disputa, pero como intelectual asume que existe un tipo de régimen autoritario despótico, una deformación dramática de la idea original que, si se abre el campo de opciones, la mayoría de la población optaría por el modelo Atlántico. Insinúa en ocasiones que eso era posible, además que sería el paso básico para una paz segura, asunto que hoy sabemos, en esta década del siglo XXI, que no era así, no existían en los años setentas u ochentas posibilidades amplias para un cambio en el tipo de régimen político en la URSS.

Mirado con las abusivas distancias de la perspectiva histórica esto no era posible, la dirección soviética no habría aceptado una forma de democracia occidental; tampoco se habría dado una cauta mesura de parte de Occidente que, seguramente, hubiera querido aprovechar a su favor todo y sin moderación en el tiempo provocando un desenlace trágico.

Aron tiene una solvente claridad en opinar así, como quedaría demostrado años después. Pero también demasiado optimismo. El punto está en saber desde su mismo realismo si era posible en esos años que la Unión Soviética se abriera al cambio de régimen político; o si el modelo estalinista, a pesar de ser la causa de la victoria frente al poder nazi, había socavado las energías revolucionarias-democráticas a tal nivel que ya era muy improbable que la Rusia soviética

diera un giro hacia un socialismo democrático. También ocurre que el sistema internacional que se gesta, por lo menos, tiene dos rasgos esenciales. Por una parte, plantea el tema de capitalismo y socialismo como dilema opcional cuando de verdad es una facticidad geopolítica alejada de las acciones de actores sociales que, por más numerosos que sean, no tienen poder efectivo en el plano mundial en el que predomina el poder material y, en última instancia, el poder nuclear. En singular, la población rusa pesa poco en las determinaciones del Kremlin. Sin embargo, aquí se ha verificado un giro —que Aron advierte—, se ha pasado desde un enfoque de fuerzas sociales en lucha a escala mundial que se ubican a favor del socialismo y el liberalismo capitalista, a un enfoque de dos bloques de poder geopolíticos, cada uno de los cuales se sitúa como el futuro de la humanidad más desde los Estados que desde las sociedades.

Raymond Aron centra bien el dilema de esa época en términos sólidos y poco especulativos. Son dos grandes bloques de poder los que definen la paz y las virtualidades de guerra en el mundo, como quedaría demostrado en la crisis de Canal de Suez.

La URSS emergió en el sentido común de políticos y sociedades como una potencia victoriosa, audaz y sólida. Esto produjo en muchos Gobiernos de Occidente miedo de lo que esta podría hacer, hasta dónde estaría dispuesta a poner en riesgo la paz mundial a favor de sus intereses inmediatos. Como según se opinó, ocurrió en Berlín con el Muro y en Cuba con los misiles. Pero el propio Aron desvirtúa la audacia de disponer misiles nucleares en Cuba y señala que, en todo caso, es de alto riesgo la operación política de John F. Kennedy, con lo cual el retiro negociado no fue un acto de increíble audacia, sino más bien, un error de cálculo resuelto con rapidez. Es decir, toda una operación mal armada por ambos bandos. También, y, por otra parte, terminó por levantar el bloqueo a Berlín luego de un año.²⁹ Es decir, de forma distinta a la afirmación de Mao Zedong, era un sistema más conservador de gobierno el ruso que temerario, que apostó en la década de 1960 a la coexistencia pacífica; y en la de 1970 a la distensión como fórmula de política internacional.

29 Este bloqueo tuvo lugar entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949.

Si observamos los términos del debate en ese período, también hay que incorporar las diversas visiones del mundo en lo que se podría consignar como los diferentes patrones de análisis de las izquierdas y derechas a escala mundial. Sin pretender simplificar los campos de las múltiples tendencias en cada sector de fuerzas, la visión de Estado Unidos se fue definiendo luego de la guerra de Corea con la tesis de contención del comunismo que era, en este análisis, una amenaza mundial, que empleaba la astucia y el engaño para tomar territorios y dominar zonas. Estados Unidos jamás le creyó a la URSS la versión de la prudencia y la paz, que hoy sabemos que era dominante en el Kremlin.

De forma un tanto confusa, la versión estadounidense de los neo-conservadores en el estilo de esos años —algunos de los cuales provenían curiosamente del trotskismo de los años 1930— predominó con la tesis de revolución mundial soviética. La verdad es que, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, la acción soviética era cauta, en tanto se encontraba consolidando su país en medio de graves déficits de desarrollo económico y social. Se trató de un enfoque defensivo ajustado a la calidad de fuerzas de todo tipo. Pero más aún, luego de la Segunda Guerra Mundial, la URSS debía ganar el discurso de la paz en términos verificables. Esto no daba lugar a ninguna gran aventura ni política y menos militar. Es esta cauta actitud, la que le otorga espacio al agresivo discurso de la República Popular China, en contra de la URSS, con la tipificación propagandista del revisionismo de los principios del marxismo revolucionario, el cual habría negociado la propia revolución mundial, así como posteriormente con la noción de que esta —la URSS— es por su naturaleza, una fuerza “contrarrevolucionaria y social chovinista”.

El tema era que la política exterior rusa buscaba coexistir y fortalecerse internamente. China se mostraba deseosa de tener más legitimidad mundial que Rusia, en el ámbito de las luchas políticas de clases a escala mundial. Esto fue evidente hasta la visita de Richard Nixon a Pekín, momento en que se evidenció que de lo que se trataba era una gran pugna de poder mundial por la legitimidad sobre el movimiento comunista internacional. Pero mucho más que eso, de

consolidar un modelo chino frente al soviético. Aspiración con profundas raíces históricas de siglos.

Esto importa en tanto la noción de fuerza de occidente se verifica especialmente desde las alianzas entre Estados, y el poder material tanto económico como militar de su campo. La Unión Soviética y China, a pesar de sus agrias disputas, refieren también a estas variables, pero, además, incorporan las alianzas políticas —los partidos comunistas— en cada país como factor de fuerza en los territorios del mundo. Esta dimensión de prestigio del poder es un asunto nada deleznable, y con seguridad heredados del ciclo revolucionario de ambos países. Pero esto nos sitúa frente al comentario de Aron, en sus últimos años, frente a la pregunta de quién gano la Guerra Fría. Sin incurrir en campos de debate desde las filosofías de la historia, que en todo caso son necesarios para despejar múltiples malentendidos analíticos, debemos salir en el estilo de Aron de los lugares comunes que se han impuesto por la pobreza del debate contemporáneo.

El régimen político soviético demostró una aguda falta de capacidad de reformas desde adentro y desde arriba. El chino, a pesar de múltiples y graves tensiones, sí tuvo esa ductilidad de ajustar la economía y mantener el control político del Estado y los sistemas de gobierno hasta muy debajo de lo social. La unidad interna del politburó se fracturó con Mijaíl Gorbachov. No ocurre esto en toda la trama de reformas hasta hoy en China. La URSS no cayó como resultado de la iniciativa de Ronald Reagan de impulsar el programa de la “guerra de las galaxias”, como se apresuran a señalar algunos difusores de opiniones. Los reformistas soviéticos no tenían el número crítico de apoyo suficiente como para hacer las reformas y actualizar el modelo soviético, modernizando la economía y la gobernabilidad política. Gorbachov quedo huérfano de fuerzas en tanto amenazó la burocracia del Estado y el partido; sus memorias son dramáticas en este sentido. Quizás fue muy rápido, también puede ser que, si el paso hubiera sido más lento, termina derrotado en silencio por la nomenclatura. Con todo, el derrumbe se dio sin guerra civil interna, sin riesgo real para la paz mundial; aspecto poco estudiado en términos de cómo se tenía en cuenta esa responsabilidad más general.

El sistema soviético con todas sus graves distorsiones se derrumbó, dando lugar a un liberalismo salvaje y a una forma de gobierno concentrado de grupos y acuerdos en la clásica tradición de núcleos y élites. Pero desde esa pobreza inicial un tanto patética comenzó a reconstruirse como potencia geopolítica mundial, no como modelo social alternativo al orden mundial dominante. El sistema que nace con octubre de 1917 sucumbió por crisis internas, y dominado por el estalinismo desde 1928, no como resultado de un ataque exterior. Desde este ángulo, la Guerra Fría la ganó Estados Unidos, pero no la perdió China y Rusia se recupera con acelerado ritmo.

Ahora bien, la República Popular China está en pleno desarrollo como potencia mundial, si consideramos todas las pautas relevantes que se deben explicar para ser una gran potencia. Es una aliada de Rusia, y ambas configuran un sector insoslayable del poder mundial. Lo que debemos destacar en esta lógica de análisis son dos consideraciones. Primero, Estados Unidos y Occidente perdieron una ventana estratégica de posibilidades entre 1990 y el 2005, de situar a Rusia como un factor muy secundario de fuerza mundial. Este se reconfiguró y superó sus momentos más dramáticos. Por otra parte, el tándem con China opera en términos de ventajas comparativas amplias entre estas dos naciones, por lo cual se debe analizar como binomio de poder mundial y no de uno en uno, por lo menos por ahora.

La noción que destaca Aron en relación con que existían dos enfoques respecto a una guerra nuclear en ese período, exige un comentario un poco amplio y relacionado con otros temas. La opinión de Estados Unidos referente a que no se podía ganar una guerra nuclear, está postulada en los textos de la época y, singularmente, en el de sus centros de pensamiento estratégicos. Pero, aun así, hay que destacar que por lo menos en términos teóricos, esto no implica que no existía disposición de usar esas armas. Podemos especular qué ocurre en el pensamiento del estratega cuando sabe que no puede ganar, y que el uso de armas atómicas asegura la destrucción de todas las fuerzas en conflicto y mucho más; pero dejemos esto para el análisis de perfiles de psicopolíticas sobre los hombres que toman tamañas decisiones.

El centro destacable es que si el bando soviético pensaba que la guerra nuclear era la continuación de la guerra por otros medios — Clausewitz—, y el estadounidense sabía que nadie gana en términos concretos, estamos frente a un dilema infernal. En tanto y además los soviéticos eran más conservadores en términos relativos que los estadounidenses, y estos últimos no veían la opción nuclear en el prisma de la victoria posible. Es decir, los más realistas eran los Estados Unidos, al tiempo que eran más audaces en términos de acciones políticas y militares por el control del mundo. Los rusos creían que sí se podía ganar una guerra nuclear —habría que saber hasta dónde esto era la opinión de toda su dirigencia—, pero eran más cautos en sus operaciones políticas parciales. De alguna forma, Cuba —con la crisis de los misiles— es un símbolo de prestigio para Rusia, pero es también un riesgo que en sus acciones exteriores se precipite por cuenta propia y embarque en acciones no deseadas a los soviéticos en África o América Latina. Desde luego, esto tiene un antecedente en la distribución del mundo y las áreas de influencia de Yalta. Pero al final compartimos con Aron que el realismo soviético y estadounidense salvó al mundo, pero fue en su diseño mediocre y eficiente en la saga del realismo efectivo.

Aron pone en duda, con razón, la utilidad fundamental de los sistemas antimisiles en los años 1980, capaces efectivamente de neutralizar un ataque sorpresivo. Entiende la significación de los sistemas de control, pero no ubica ahí la fortaleza de la paz. La existencia de grandes flotas de submarinos nucleares y la dificultad de ubicarlos, difumina la noción de sorpresa de un primer golpe y obliga a pensar en términos de escalada y secuencia que, desde luego, está medido políticamente. Pero él se refiere en varios textos a un tema de fondo en relación con esto, que consiste en la imposibilidad de saber cómo se verifica una dinámica de decisiones nucleares y, más aún, de cómo es en el campo de batalla este tipo de guerra.

Si la guerra se basa de varias formas en la larga experiencia adquirida en la historia humana, aquí estamos frente a un tipo de guerra sin precedente, lo cual hace de cada paso y situación un campo enormemente teórico e hipotético. El cálculo estratégico y la conceptualización de ascenso a los extremos que él estudiará en *Pensar la guerra*,

está disponible como fórmula de análisis también en el caso de una guerra nuclear, en tanto esta sigue siendo dirigida por la conducción política del Estado y sus sistemas de pensamiento y toma de decisiones de naturaleza política, a diferencia de lo que sugiere André Glucksmann en su *Discurso de la Guerra*.

Pero él, Aron, resalta un aspecto fundamental. Una vez producido el primer intercambio nuclear, el hombre de Estado ingresa a un ámbito en el que la experiencia no le es útil, y la dinámica del conflicto será signada por la capacidad y racionalidad global del hombre de Estado. Esto último deja abiertas varias interrogantes, entre ellas la de la pasión y el odio en el ascenso a los extremos de una guerra real, que debería tener una política a la altura de los sistemas de armas en duelo, y las consecuencias generales del conflicto, en este caso, simplemente devastador.

También es posible otro comentario e interrogante, la de cómo se verifica en el caso de Estados Unidos, incluso hasta hoy, la relación entre los centros de pensamiento y los decisores políticos. Aquí el tema es variado. Tenemos, por un parte, la relativa y seria independencia de estos centros, en relación con intereses sectoriales y corporativos de fracciones de poder económico y político. Esto es significativo, ya que se están sugiriendo, en definitiva, hipótesis de guerra y modelos de acción estratégica no solo en los eventuales conflictos nucleares, también con relación a guerras locales y amenazas posibles. Por otra parte, una pregunta —si se quiere— de sentido weberiano, la de saber cuál es la consistencia política del gobernante para tejer su propia opinión a partir de sugerencias académicas con rigor y sentido amplio de la política y la historia. Duda más legítima hoy en día, en que los grupos de tomas de decisiones están más concentrados y alejados del sentido de lo público y social. Si recordamos nuevamente la crisis de los misiles en Cuba, es posible pensar que las personalidades de Nikita Krushev y John F. Kennedy aportaron de manera esencial a la paz en esa situación de alta complejidad. Aunque sus formaciones de base eran muy diferentes, el caso es que ambos sabían lo que era la guerra y los dos enfrentaron a sus propios halcones sin romper su propio juego interno de equilibrios o amenazar al del otro.

La personalidad del dirigente que Aron piensa desde sus años de exilio en Londres con De Gaulle se fragua, en gran medida, en la capacidad de entender y separar de la masa los hechos que concurren en la realidad. Lo fundamental es que aquellos mejoran esencialmente la vida de las personas de construir equipos capaces de ser sugere-ntes y críticos, en los que la lealtad emerge de la mancomunidad de propósitos. Pero además de esto, hay un temple de la voluntad frente a la adversidad del líder carismático. En esa crisis el propósito de la paz estuvo en el centro de ambos estadistas. Podemos señalar las torpezas de uno y otro en ocasiones, pero jugaron por la solución pacífica del evento.

Ocurre, por otra parte, que emerge en esta analítica el rol del intelectual histórico, sin él es difícil para Aron que el poder como ámbito se observe a sí mismo, lo frecuente será la autosatisfacción engréida y pueril. Es un sujeto paradigmático el intelectual de la política moderna, si se quiere, voz de la crítica desde el silencio público, mejor aún, desde el espacio público, siempre definido por su capacidad crítica y su responsabilidad global. Raymond Aron, en este plano, como ya lo señalamos, es un sujeto de saber capaz de enfrentar con valentía las incongruencias de sus campos, y de reconocer los puntos fuertes de lo que se podría denominar el campo del adversario.

Existe una correlación entre estudiar, analizar y sugerir una postura y acción política; cuando esto se configura como una explicación de lo que se decidió por parte del intelectual, no se aporta nada más que palabras de justificación, con la cual la singularidad del pensar autónomo pierde significación y valor general. Esto va debilitando la capacidad global de gobernar frente a las complejidades.

Desde la emergencia de los estudios culturales académicos, especialmente en Inglaterra —Universidad de Birmingham— desde fines de la década de 1950, el tema de la identidad y la fuerza de una cultura como factor de singularidad también política y de poder —en un sentido lato—, ha sido un territorio fundamental; han aportado a esto también la inmensa expansión de las industrias culturales a escala mundial. Pero estos ámbitos culturales son además geoculturales.

Aron no sucumbe al impacto estadounidense de sus industrias culturales de poder, asunto muy típico de algunas culturas de derechas e izquierdas en este tiempo. Más bien lo ubica en un contexto complejo de identidad y apertura mundial; si se quiere, de universalidad y singularidad. El mundo aún hoy es muy complejo y repleto de matices como para considerar que hay una cultura dueña de ese mundo, más bien lo que vemos es, a pesar de todo, y más por debajo de los social, que en los espacios consagrados hay una proliferación de estilo, ensayos y experimentos en todas partes, que hace muy difícil, por lo menos en este tiempo, el dominio de una sola cultura de corriente única. Pero, además, reconoce una suerte de achicamiento gratuito de la cultura francesa respecto a la estadounidense, lo cual, mirado desde la distancia de los años, es comprensible a nivel de los grandes circuitos comerciales, pero no justificable a escala mundial más allá de la cultura europea o francesa que aun así existe y concursa a escala general. Todo lo anterior permite comprender una línea de pensamiento de Aron, por una parte, atlantista y por otra de un mesurado nacionalismo francés que observa desde la historia amplia los hechos del siglo xx también en el campo cultural mundial.

En el tema del liberalismo que introduce Aron en crítica con el comunismo, merece una pequeña digresión, ya que se define desde varios campos básicos la noción no solo de liberalismo, sino de libertad política. En efecto, por motivos de realidad histórica, aunque en nuestra opinión esto no lo justifica luego del atentado a la vida de Lenin en 1918, que se consagró primero como excepción, y luego como criterio, en la convicción del imperativo del partido único en los regímenes comunistas. Esto se extendió de diversa manera hasta la década de 1990. En la literatura clásica de Marx no hay nada que sugiera esto. Recordemos más aún, que las críticas de León Trotsky y de Rosa de Luxemburgo en relación con el concepto de partido aluden al tema del remplazo de la voluntad colectiva por un solo grupo cerrado y excluyente. También desde una óptica diferente en Robert Michels —ley de hierro de la oligarquía— se observa esta trama alrededor de la constitución de las oligarquías partidarias y grupos de poder. Aron insiste en la percepción que todo poder tiende a concentrarse por su propia lógica interna.

Pero quizás lo más importante en este asunto es resaltar que no hay ningún motivo para suponer que un grupo de élite o vanguardia de la naturaleza que sea capaz de representar la complejidad del mundo moderno y situar, a partir de eso, en cada instante, las mejores opciones frente a cualquier tema de la historia general.

El partido denominado leninista fue una excepción en las luchas de principio del siglo xx en Rusia, pero no era transferible a otros lugares del mundo como ya sugirió Antonio Gramsci. No obstante, debemos explicar en parte entonces, qué ocurrió con el movimiento comunista internacional durante buena parte del siglo xx. En nuestra visión, se fue configurando con rapidez a partir de la Revolución rusa un sistema de partidos que, en muchos casos, sí estaban anclados a fuerzas sociales de trabajadores y por esto dirigían sus luchas, y lograban conquistas sociales y políticas muy centrales para la constitución de una sociedad de derechos.

Pero estas mismas estructuras se sometían por convicciones ideológicas a una sumisión al centro de Moscú o Pekín. Para lograr esto, fueron creando unas burocracias en algunos casos de trabajadores y sectores medios; en otras, de funcionarios profesionales de la política. No ponemos en duda su eficacia instrumental inmediata, pero esto estaba lejos de ser el espacio de libertades efectivas de opiniones diversas que se sugería desde las fórmulas del socialismo y sus escritores clásicos.

Desde otro ángulo, el liberalismo de los liberales, desde luego, alude a un modelo que resalta la pluralidad de opciones políticas y de alternativas para cada cual; se pueden debatir su énfasis hoy en el individualismo posesivo, reconfigurado como sujeto de consumos mercantiles. Pero como señala Aron, las formas políticas de estos últimos son más abiertas y laxas, pero también tienen centros de dominio interno. El asunto más candente de esta reflexión es saber si el liberalismo histórico del cual nos habla Aron es lo mismo o muy distinto en el sentido de filosofía política que el neoliberalismo actual. Sin ser este el objeto de nuestro comentario, resaltemos varias singularidades que se infieren de las sugerencias de Aron. La forma partido en sociedades dinámicas y complejas como las de hoy, con

altos niveles de formación escolar y académica e informada, si bien no garantiza la calidad crítica intelectual de cada cual, sí refiere a que disciplinar en un partido homogéneo a muchos sujetos distintos con objetivos comunes de forma permanente, es más bien una excepción que una constante.

La concentración de poder hoy se da en un patrón más complejo que hacia fines del siglo pasado, y se sostiene en grupos financieros y políticos de poder, en el control de las comunicaciones y los dispositivos culturales y de sentidos, en redes internacionales de influencia económica y de poder político mundializadas. Podemos discutir si esto es una forma de sociedad mundial oligárquica, o corresponde a un completo giro del orden del poder y la política en todos los lugares. Pero el caso es que de distintas formas la realidad de partidos de izquierda y derecha se hace menos sustantiva en los largos plazos, marcando unas diferencias organizativas con los tiempos de Raymond Aron; pero esto no implica que las fuerzas políticas no tengan estrategias, asunto que Aron resalta como lo fundamental.

Hay una decadencia del liberalismo en el corte de Raymond Aron, Isaiah Berlin, Edmund Wilson, hasta hoy que, de forma sinuosa y dubitativa, se expresa en el estilo del rechazo de Aron al totalitarismo en general. Cuando señala el rechazo a la ideología conquistadora en su forma leninista, al tiempo que una apuesta al pluralismo, Raymond Aron tiene la convicción de que el mundo moderno, con su mercado capitalista complejo y su sistema mundial, tiene la flexibilidad suficiente y no puede ser dirigido de manera autoritaria; pero postula esto en brazos de la realidad de Occidente desde mediados hasta fines del siglo xx. Hoy sus argumentos contra el totalitarismo probablemente se expandirían hacia las oligarquías financieras y de poder político en todas partes. Por otra parte, el denominado modelo chino es una mezcla con amplia eficacia hasta hoy del autoritarismo político, con una economía fundamentalmente de mercado con altos niveles de complejidad en la dirección de los asuntos económicos y sus intereses a escala mundial. Este estilo de gobierno no responde al sentido de pluralidad occidental; sin embargo, tiene a sus espaldas históricas una milenaria tradición de gobierno y sabiduría que explicaría su densidad histórica.

Aron, por otra parte, en su libro *Los últimos años del siglo*, matiza más la reflexión sobre estabilidad y cambio. Consigna que la URSS aún —en 1983— no adquiere la forma definitiva en términos de un tipo de régimen estable. Reconoce que los soviéticos buscan mejorar y actualizar la gestión de sus sectores económicos y administrativos, resaltando que esto comenzó con Nikita Kruschev, tratando de corregir evidentes defectos en los programas de desarrollo, los cuales han sido derrochadores y altamente ineficaces a pesar de los esfuerzos reformistas. Es necesario insistir en que la calidad de reforma de un sistema complejo implica, entre otros aspectos singulares, la ductilidad y la inteligencia colectiva que nace en debate y polémicas de ideas. Aquí convendría destacar la tesis de falsabilidad de Karl Popper, en tanto toda verdad no solo es provisional a pesar de su eventual sofisticación, sino es un factor nunca cerrado de diálogo científico y estratégico que dota de un cierto orden siempre en duda los esquemas de acción. Aron tiene una relación con los debates de la ciencia, pero su foco básico está, en este caso, en la teoría política; ahí, su apertura se aproxima a la flexibilidad popperiana. Sobre el análisis del razonamiento práctico es que consideramos que Aron tiene una base aristotélica en tanto en él se observa una pausa en relación con el cambio que supondría vincular lo deseable con lo posible, no como acción de la pasión, sino como reforma en el justo grado en que no derribe la estructura. En efecto, es posible consignar un reformismo liberal en política, el cual es un constante ajuste en busca de la pluralidad y los resultados prácticos de la acción.

Donde creemos que se excede, es en suponer en el mismo texto que es muy posible que los dirigentes soviéticos crean en la gesta, “la epopeya del proletariado y el partido marxista-leninista” tanto en el campo interno de Rusia, como en sus relaciones con el sistema internacional. A pesar de estas graves distorsiones en la gestión global, los rusos —señala Aron— han podido competir en el espacio y el mar con Estados Unidos.

Pero enfocando otro tema que Aron despliega en sus análisis últimos, la analítica que extiende Aron sobre Mayo de 1968 se verifica desde la visión clásica de universidad, es decir, centrada en sus producciones académicas y regulada internamente desde un gobierno

legitimado en el saber y la excelencia. Su visión de la significación de las revueltas de mayo es desde el orden liberal, estable y serio en sus reacciones de Estado y Gobierno. Es desde esto último que encuentra sobreactuada y dramática la respuesta de Charles de Gaulle a las huelgas estudiantiles y de trabajadores que ponen al país en estado de asamblea, pero en ningún caso, son un movimiento que ponga en riesgo el control de poder y la estabilidad de la nación francesa. Señala que es un movimiento generacional en pugna con el Partido Comunista francés, cuya base heterogénea no lo dota de permanencia y estructura sólida. Considera que la represión del Estado fue desproporcionada tanto por lo que ocurrió como por lo que estaba dispuesto a hacer contra los manifestantes. Pero se expande con dolor sobre el deterioro que implica la universidad de masas frente a las exclusivas del ciclo anterior. En definitiva, ambas opiniones tienen un fundamento, en este caso, más conservador que liberal y ajustado a la misma tradición intelectual de Aron. Ve un partido comunista que intenta controlar la pérdida de dirección que frente a estos hechos vive; pero muestra una sorpresa por los diez millones de trabajadores en huelga que acompañan estas luchas sociales. Sin embargo, este giro más conservador que liberal en relación con este evento tiene una lógica más de fondo.

Asume que la sociedad industrial es más compleja y, por ello mismo, más demandante. Tiene la percepción de que en la medida que el orden social sea más variado, es más difícil que triunfe cualquier forma de autoritarismo más diverso y exigente. Pero se sorprende al ver a un Estado republicano apabullado por las manifestaciones, y su respuesta se sitúa en la centralización del poder en una sola figura, en este caso, de Gaulle. Sorprende, en este asunto, su sugerencia al señalar que, al sentirse amenazado el régimen y el Estado, respondieron con sorpresa sin subestimar esta fenomenología; más bien lo que ocurrió es que Mayo de 1968 cuestiona la autoridad política de derechas e izquierdas históricas, al tiempo que reconfiguró las mentalidades juveniles en un sentido libertario y de base. Esto no solo se verificó en Francia, sino esto fue el inicio de un movimiento mundial que articuló lo generacional con una fractura de época más global que se extendió, como mito y proceso, en muchas regiones y países del mundo.

Se puede postular que, de forma indirecta, el Estado francés y el propio de Gaulle intuyeron el mar de fondo que se agitaba bajo las marchas en Francia y luego en varias ciudades europeas. Conviene resaltar como pista de análisis que en Estados Unidos fueron años en los que las marchas estudiantiles contra la guerra de Vietnam, por los derechos civiles, y también la expansión rápida de las contraculturas de forma esencial provocarían el clima interno para la retirada de este país del sudeste asiático.

Importa destacar que, con su clásico rigor, Aron no aventura una tipificación del régimen soviético, al pensar 1968 desde también la invasión soviética a Checoslovaquia más allá de sus descripciones del totalitarismo ya señalada. Desde luego, resalta la condición totalitaria, pero no se arriesga a tipificar su naturaleza como se hacía con frecuencia en esa época.

Pero resaltando otra de las líneas de análisis, en este caso, más históricas de Aron, debemos también compartir con él la perplejidad teórica y política de los gobernantes europeos sobre lo que ocurría en Alemania en la década de 1930. Hasta donde sabemos, fue la Escuela de Frankfurt la primera en comenzar a elaborar un bosquejo sobre la naturaleza del régimen nazi. Por otra parte, León Trotsky esbozó un conjunto de artículos generales sobre la composición social del régimen fundado por Hitler. Deseamos destacar, como rasgo importante, que quien asumió el desafío de la confrontación con el régimen nazi fue Winston Churchill desde una visión muy consistente del riesgo que suponía para el propio capitalismo. Reconozcamos que este conocimiento se fundaba, en buena parte, en la observación de la Revolución rusa y la crisis general de la economía mundial desde, por lo menos, 1929; gestaron el marco para que se creara un nuevo intento hegemónico por dominar el mundo en brazos de un agresivo capitalismo de nuevo formato político, que estaba dispuesto a enfrentar a ese mundo por reconfigurarlo al costo de una guerra globalizada.

Aron diferencia bien que el caso de Rusia es muy diferente a todo lo que ocurrió luego de la Primera Guerra Mundial en Alemania, Italia y Japón. En Rusia tenemos una revolución que triunfa contra múltiples pronósticos y logra consolidarse en medio de una cruenta

guerra civil. Pero resaltemos algo que se ha dicho: el desarrollo de Rusia era muy bajo como para postular ese salto histórico y, por otra parte, la Primera Guerra Mundial y luego la guerra civil dejaron un país desbastado. Los intentos de Lenin de lograr una forma de socialismo a partir de la NEP (Nueva Política Económica) sucumben con su muerte. El triunfo de Stalin se hace con otra lógica de avance a como dé lugar y el asesinato de toda la vieja guardia bolchevique consagra al estalinismo como eje de dirección y brutal control. Sería la dirección de la guerra y su victoria la que configura el mito de Stalin por un tiempo a nivel mundial. Pero lo que queda como estilo, cultura y sentido de la dirección del Estado y del partido es un socialismo burocrático y, en muchos rasgos, totalitario que, inscrito en el cuadro posterior a la Segunda Guerra Mundial, aparecía para muchos sectores políticos en el mundo como un contrapeso geopolítico a Estado Unidos, pero no como mundo deseado.

Podemos reflexionar sobre la naturaleza de los cambios necesarios que, en nuestra opinión, abarcaban por lo menos tres asuntos gruesos, como son: la democracia, política y salir de la lógica de la planificación central; pero, además, abrir un proceso de reformas en toda la zona de la Europa del Este, aun sabiendo que ya no serían parte de sus sistemas de protección geopolítica. No se realizaron estas transformaciones cuando aún existía tiempo. Como señala, ve muy difícil la posibilidad de un derrumbe soviético —no lo descarta en todo caso—. Podemos percibir que hay un núcleo duro que alude a la tesis más general de que “los regímenes comunistas no caen”. Aron comparte esta última afirmación, aunque muestra dudas sobre el futuro más largo del comunismo soviético. Lo hace mirando desde la eficacia para lograr mantener dos factores, su dinamismo frente a Occidente y sus posibles divisiones internas a nivel del Estado.

Aspecto relevante de resaltar en Aron es que la guerra nuclear que para muchos era posible, no se dio, resalta Aron. Señala que fue por un equilibrio de fuerzas que podían ser asimétricas en términos de números, de vectores y armas. Pero para los fines de una guerra nuclear, esta forma de cálculo es secundaria. La Unión Soviética mantenía una importante superioridad de fuerzas en el teatro de operaciones europeo frente a la OTAN, antes que nada, en la lógica de una abultada

capacidad de disuasión. Por otra parte, señala, que para los soviéticos las armas están al servicio de la diplomacia y la política. Destaca que, con la guerra de Afganistán, la decadencia del dinamismo económico podría —como ocurrió— producir un derrumbe. Cosa que se produjo por lo señalado, pero, además, por la falta de bases de apoyo de la fracción reformista de Mijaíl Gorbachov años después.

Hay una singularidad que resaltar en este análisis: la imponente capacidad militar convencional y nuclear no salvó al régimen soviético de su derrumbe. Esto fue así, porque además de lo señalado sobre la naturaleza del socialismo burocrático, este tenía tradiciones culturales y políticas muy fuertes en su territorio histórico de no reprimir a su población por medio de las armas. También ocurre que, cuando se intentó el golpe militar contra Gorbachov, el fracaso fue enorme frente a una fuerza que no tenía disposición de golpear a los suyos y tampoco de regresar al pasado.

Compartiendo mucho del análisis de Raymond Aron frente a las dinámicas de la década de 1980 a escala global, se deben incorporar otros aspectos como son: la relativa ventaja inicial de la instalación de los misiles SS-18, capaces de destruir los misiles Minutemen estadounidenses y la modernización de sus sistemas convencionales. El punto es que la estabilidad política de la Unión Soviética no se jugaba en esos años en los sistemas de armas, sino en su dinamismo político. Aron lo señala cuando habla de la opción —teórica— de un derrumbe, y en esto se adelanta con mucho a las corrientes de estudiosos de Rusia más apegados a miradas atlantistas, y convencidos de la teoría cerrada de la fuerza del régimen en virtud solo de su poder militar. Pero solo lo insinúa como opción un tanto inverosímil; él se alinea, como señalamos, a que las “dictaduras autoritarias no se derrumban”. Es decir, en Occidente se sabía de las dificultades de la economía rusa, pero no se integró esto a una matriz de estudio más compleja que vinculara estas debilidades con la lógica de un régimen político y sus imperativos de reforma. Se pensó más aún, que esta debilidad podría llevar a Rusia a una aventura militar global. Esto fue un enorme error del Oeste.

Estas miradas dominantes en los estudios occidentales fue luego con los años la base de la sorpresa frente al derrumbe de la Rusia soviética. No cabía en sus patrones de estudio que una gran potencia sucumbiera por factores solo políticos estando armada y jugándose en ello su propia existencia. Por ello es que destacamos como una gran insinuación en el análisis de Aron sobre los efectos potenciales de la guerra de Afganistán.

También debemos comentar dos afirmaciones de Aron. La primera es que la principal debilidad de Europa es el miedo; y la otra, que carece de unidad. La historia europea con guerras mundiales en un siglo, y entre las dos una guerra civil —la española—, dota de fundamento a ese miedo y a la búsqueda de la paz.

Ahora bien, el miedo al que se refiere Aron es doble: por una parte, al inmenso poder soviético; y por otra, a sucumbir en un duelo entre grandes potencias nucleares. Es de esta forma un sentimiento político que nace de un cálculo de fuerzas, y de experiencias históricas. Este miedo —señala Aron—, le resta fuerza política como actor relevante. Aquí deberíamos comentar a Aron desde él mismo. Europa es un tipo de actor político muy diverso y con grandes y distintos afluentes desde el plano social y humano; sus historias nacionales aluden desde la paz de Westfalia, por lo menos, a multiplicidad de conflictos y programas políticos, en marcos generales que tienen desde la Revolución francesa, coordinadas próximas o comunes. El asunto es que construir la fuerza moral y política para tener una estrategia unificada a prueba de eventos, que podrían desmoralizar o intimidar a algunas de sus naciones, es muy difícil.

La unidad europea es un asunto hasta hoy —con el Brexit— en compleja e inconclusa construcción. Es muy probable que siempre esta unidad tenga zonas de fragilidad, en virtud de intereses parciales específicos.

De esta forma, Aron tiene razón al señalar el factor miedo como una causa política de la relativa debilidad europea. Pero debemos comprender este miedo que gesta la falta de unidad como un resultado histórico y no un puro sentimiento. Podemos echar mano a las nociones de Aron de fuerza moral y material. La primera es condición de la segunda en grados muy significativo.

Desde un plano distinto, el tema de la decadencia estadounidense es frecuente en la literatura de circulación crítica, e incluso de corriente principal en Occidente. Raymond Aron lo comenta en su última entrevista. Efectivamente, la guerra de Vietnam fue una derrota política en toda la línea antes que una derrota militar. Pero de eso se trata la guerra, de un fenómeno político que usa las armas para imponer su voluntad política al otro. Estados Unidos no entendió la esencia del fenómeno y quedó congelado en su propia simplificación analítica, pretendiendo apabullar al Viet Cong y a Vietnam del Norte. Esta tenía claro que no podría derrotar militarmente a Estados Unidos; llevó la lucha por la paz a nivel mundial, y se apoyó en sus fuerzas armadas para crear el clima político de la victoria estratégica.

La forma abierta y diversa con la que lo trata Aron, permite problematizar este asunto sin caer en simplificaciones que terminan por ser muy básicas y, por ello, más fenomenológicas que lógicas. Aron señala también que hasta 1970 existió un equilibrio con superioridad estadounidense a escala mundial, pero luego, el mundo, el sistema internacional, se hicieron más complejos a niveles tales que no hay potencia en el mundo capaz de controlar efectivamente todo. Esto es ya una primera definición gruesa, en tanto y en virtud de la complejidad sistémica que infiere que no hay un poder central hegemónico. Por otra parte, que la posición dominante de Estados Unidos era muy difícil de mantenerse en el grado de liderazgo de poder, justamente por el desarrollo mundial luego de la Segunda Guerra Mundial. Ahora, la constante opción de participar en guerras locales jugando roles de contención y, especialmente —en esa época—, la presencia de combate en Vietnam, no apoyada por parte significativa de la población de su país, así como sufriendo un constante desgaste en la guerra, van minando la confianza nacional y de las élites en su rol y función mundial; al tiempo que genera un derroche de recursos que afecta la estabilidad del dólar y el prestigio de su moneda.

Los movimientos contestatarios internos de Estados Unidos dividieron de esta forma al país y aportaron, aún más, a debilitar la significación de ese país como potencia mundial. Pero de esto no se deduce que exista ni antes, tampoco ahora, un derrumbe catastrófico de ese Estado, el cual tiene el espacio, la población y la economía

para resistir esta tendencia. Destaquemos de estas afirmaciones de Aron la pregunta más actual: ¿requiere Estados Unidos de una gran reforma para continuar como una de las potencias líderes del mundo? También saber si tiene el tipo de élite para asumir un cambio en su forma de ejercer liderazgo y sus patrones de desarrollo económico modernizado con alta tecnología, los sectores claves de su estructura y Estado en condiciones de competir dentro de economías abiertas como China y otros países.

Aron señala, en *Los últimos años del siglo*, que los líderes de todos los tiempos viven rodeados de consejeros cortesanos y asesores que le indican y sugieren, es decir, son sujetos singulares y específicos. Sabemos que, por lo general, señalan lo que desean escuchar sus jefes. Pero el aspecto que deseamos resaltar es que los actores del sistema internacional sustentan las acciones en saberes, informaciones y análisis realizados por sujetos que tienen visiones de mundo y formas de analizar los datos. Pero más aún, estas decisiones ya no dependen de figuras solitarias, sino de grandes burocracias que tienen intereses específicos, y alguno de ellos, contradictorios con otras regiones del propio Estado. Afirma que los hombres hacen la historia, pero que a menudo no son conscientes de la historia que hacen. Desde luego, aquí emerge un tema clásico de la teoría política y también de la filosofía de la historia de Aron, situado en la capacidad de predicción de las tendencias más importantes de los asuntos humanos. Al igual que el mando en medio de un campo de batalla amplio, vive la confusión de esta y no sabe hasta el final el resultado del duelo. En la política mundial y nacional, los hechos más críticos están rodeados de la bruma de la complejidad y la indeterminación.

Estas preguntas se sitúan desde la tradición liberal de Raymond Aron, pero también del estado en el cual hoy se encuentra este país, con altos niveles de división interna entre sus dirigentes y poblaciones, y retrocediendo a modelos más cerrados y proteccionistas de comercio. Esto se encaja con las afirmaciones de Aron en el sentido que tiene todo para recuperar su liderazgo, pero el obstáculo parece estar en la visión país y misión de sus élites que, por ahora, no logran construir una plataforma común desde la diferencia. Esto último, no es un aspecto académico de definiciones rigurosas es, antes que nada,

una cuestión política estratégica, en tanto ya no juega solo frente a la URSS como en décadas anteriores.

El ingreso de China en pleno como nación al concierto mundial de fuerzas es un hecho de tal magnitud que hoy tiene a la mayoría de los países de cierto peso en el mundo redefiniendo sus acciones políticas y relaciones hacia una aproximación a China. Este último país ha implementado una política hábil en el sistema internacional y de mesura frente a las medidas proteccionistas de Estados Unidos, esperando que el impulso proteccionista decaiga y se mesure; pero, al mismo tiempo, ha abierto aún más sus tratados de comercio hacia todos los rincones del mundo. Las alianzas de fondo entre China y Rusia dotan a estos dos países de retaguardia para maniobrar, y lo hacen complementarios tanto política, militar y económicamente como eje de poder internacional. Recordemos que Aron sugería en la década de 1980 con singular determinación que Occidente se acercará a China con el objeto de impedir una alianza estable entre Rusia —soviética— y China. Eso no es lo que ha ocurrido, posiblemente, porque Occidente esperaba que Rusia demorara mucho tiempo más en una reconstrucción como potencia, y también porque el impulso chino de crecimiento fue más amplio, rápido y duradero de lo que se postuló en los centros de análisis del mundo Atlántico.

Traemos a esta analítica una frase que Aron signó en el año 1947 como visión de largo plazo: “paz imposible, guerra improbable”. La señaló pensando en que mientras existiera la URSS, existían posibilidades reales de guerra, pero que esta era muy difícil en ese mundo. A pesar de crisis de alianzas como en Irán en 1979, guerras locales de Corea en 1953, y revoluciones de China en 1949, Cuba en 1959, en África, Angola en 1975, Nicaragua en 1979, por citar las más críticas en estos tipos de conflictos, el sistema internacional funcionó como espacio efectivo de regulación de los actores, al tiempo que las grandes potencias tenían sus propios canales discretos. Se trató de un ciclo con rasgos ideológicos muy afincados, pero en los que al final funcionó el realismo, en última instancia, como ocurrió en Berlín, Cuba, Irán, de lo cual se pueden deducir dos elementos en la lógica de nuestro autor.

Por una parte, que, tratándose de la paz mundial, primó el realismo, es decir, se estiró la situación hasta el punto en cada ocasión en que este tuviera posibilidad de retroceso o marcha atrás, desde la aguda crisis hasta tejer el diálogo, no a la búsqueda de quien reculó, sino de producir cuadros hábiles de negociación que no fueron suma cero. Destacamos que no hablamos de un realismo mecánico y simple. La realidad que está ahí se alimenta de un fenómeno de fondo desde el plano histórico hasta la personalidad de las élites y sus líderes, también del hecho disruptivo. Desde otro plano, esto se debió, en grado importante, a que el sistema internacional de Estados y algunos de los gobernantes más relevantes de esa época tenían clara conciencia de los riesgos para la humanidad de dejarse arrebatar por las pasiones ideológicas y fundamentales de sus políticas.

La sensibilidad liberal de Aron con relación a estos dos asuntos debe ser destacada, porque a pesar de su clara adscripción a Occidente, no demoniza al adversario simplificándolo grotescamente. Esto no tiene que ver solo con una manera de conservar el rigor académico, sino, además, con el intento muchas veces logrado de comprender el conjunto del juego mundial de poder desde la historia más larga, tanto como dinámica y también como complejidades de motivos y fundamentos. Por otra parte, la forma de ser liberal de Aron, próxima a Isaiah Berlin en esto, es abrir el registro de análisis no solo teórico, sino además político a las razones del otro. Se puede diferir y entender la otra racionalidad. En la filosofía política de él está este estilo que, desde otros aspectos, tuvo un Gromyko y luego un Gorbachov en Rusia. Pero volvamos a Aron. El diálogo no niega el principio de amenaza que solo puede basarse en la fuerza, aunque esta no es nunca solo bélica, sino también moral y material en un sentido amplio.

Interesa ver que, aunque se observa el despegue en Europa y Estados Unidos de China, se lo ve a veinte años por lo menos. Se observaban las potencialidades de China ya desde la década de 1960, pero no se logra entender qué está ocurriendo dentro de este país. Es parte del deseo de dividir a China de la URSS que impulsó el viaje de Richard Nixon y Henry Kissinger en el año 1972 a Pekín. Aron comentó profusamente este evento y sus efectos.

Pero era una apuesta, si se quiere, a más largo plazo. Sin embargo, a partir de 1980, que el impulso modernizador no cesa y la apertura al mundo se hace cada vez más audaz y decidida, Aron examina este tema en términos de contrapeso frente a la Unión Soviética. Pero derribada esta última, China apresura aún más el paso de desarrollo. En efecto, se observó con cautela las reformas en China luego de que la “pandilla de los cuatro” fuera defenestrada. Los giros conducidos por Deng Xiaoping aparecían como de sensatez, pero, aun así, las fuerzas de desarrollo no eran observadas como espectaculares; esto comenzó a ser observado recién a fines de la década de 1990.³⁰ Sucede, además, que se analiza a China con parámetros de estudio occidentales —problema resaltado por Aron desde la filosofía política— poco anclados en la historia cultural de ese país en sus tradiciones y, más aún, en la forma en que miran su situación en el mundo con ideas de tiempos más amplias.

La crítica de alguna forma mordaz que Aron realiza sobre el tema de los derechos humanos —desde luego, una conquista de la humanidad—, se pone en evidencia en un discurso político declarativo que da cuenta de la ausencia de un proyecto ideológico alternativo al comunismo, que también se hace claro en los asuntos de los derechos de los niños, las mujeres, entre otros asuntos denominados derechos de última generación, frente al comunismo que era una causa universal. Es decir, nos indica que estas acciones críticas desde los derechos tomados de uno en uno evidencian una anemia de fondo en lo que podría denominarse un programa global de crítica al orden existente, como lo fue en su momento el comunismo.

Analizando desde un primer plano amplio lo que podría denominarse el *ethos* de un observador comprometido, que es como Aron se juzga a sí mismo, nos detendremos en algunos temas más vinculados al enfoque histórico y teórico que él expone.

Los estudios sobre el sistema internacional que se encuentran en *Paz y Guerra entre las naciones*, también el trabajo sobre Clausewitz, o el estudio sobre la sociedad industrial del siglo xx, que estamos en

30 Al respecto, ver Kissinger, H. (2012). *China*. España: Penguin Random House Grupo Editorial España.

presencia de un sujeto de saber que mira el siglo que le tocó vivir como lo haría un ilustrado, articulando al historiador con el científico y el filósofo; son una vinculación que emerge del tipo de observación que este hombre hace de lo que ocurre frente a él. Es un universo fracturado por una contienda ideológica que, llevado a su paroxismo, puede culminar en sentido riguroso, con el proyecto de la civilización humana. En el segundo tomo del libro *Pensar la guerra*, nos entrega una instancia fuerte de cómo él se toma la historia humana. Señala que lo que le falta a un profesor de matemáticas o biología es el sentido de la historia y lo trágico; fuerte confesión en tanto nos remite a la vida como aventura y saga, y no como algo definido de manera rígida, más aún, es algo en lo que el sujeto pasional y social humano es parte de un amplio drama indeterminado al final de cuentas. La pérdida de las ilusiones en la paz y la ausencia de la ingenuidad al juzgar la política, sin caer al pantano del cinismo analítico, nos regresa al núcleo de su forma de ser liberal sin ser idealista. Él no tiene esa actitud profundamente alemana por la tragedia; busca la verdad en los términos, autores y teorías en pugna y se compromete con dificultad con una. Intenta penetrar en el laboratorio de Marx —en un magnífico ensayo—, e incluso de Jean-Paul Sartre —en el *Opio de los Intelectuales*—, buscando las razones antagónicas; es el realista crítico frente a una realidad compleja. Se autoexige claridad no como forma de la palabra, sino en tanto esto es la condición de la comprensión de esa complejidad.

En estas entrevistas finales también sostiene que Europa occidental es un lugar paradójico. Quiere la paz bajo el paraguas nuclear estadounidense, pero desconfía de este país al que considera muy joven. Saben que los soviéticos —en ese tiempo— son el riesgo, pero quieren una relación franca con ellos. Rechaza la instalación de los misiles Pershing en la década de 1980, pero es algo real para su defensa. Es decir, navegan en paradojas. Ahora bien, esto es parte del mundo que un observador como él puede criticar, pero también comprender. Es parte de la vida social e histórica donde reina, en muchas ocasiones, la perplejidad y lo emergente. Como él afirma, intenta comprender el siglo XIX un tanto con los ojos de Marx, y agregaremos en un juego cruzado con Clausewitz. Sabe que los grandes

sistemas del siglo xx fueron forjados en buena medida en el xix; que no se empieza de nuevo como sugerían las sociologías estadounidenses, se parte de legados en acuerdo amplio o en medio de polémicas. Esto no constituye una suerte de positivismo pasivo frente a la historia, sino la convicción que es en parte el foro de las inteligencias en los tiempos, lo que fragua nuestras ideas que por más originales que sean, tienen antepasados. Nos recuerda que Nietzsche escribió que el siglo xx sería de guerras libradas en nombre de la filosofía, pero no cree que las ideas en sí configuren el mundo de suyo mismo. Al tiempo que señala que este mundo tampoco esté fraguado por las fuerzas de la economía o las relaciones de producción. Podemos decir que ese mundo es constituido en una multiplicidad de procesos, que no hay un solo factor que sea el demiurgo de la historia. Es justamente esto lo que da luces sobre sus estudios de industrialización, clases y estructura de clases, relaciones internacionales, guerras, marxismo, liberalismo, intelectuales y corpus ideológicos. Es irónico y paradójico y también certero, cuando afirma que ser consejero del príncipe es tener una visión informada sobre el mundo de otra forma que se le indica al príncipe, pero aun así existen las equivocaciones, muchas y diversas.

Pero Aron —como dijimos— no es un ingeniero, es un intelectual, es decir, creativo e independiente que habla con su voz. Esa relación distante, pero real entre Aron y Tocqueville es fértil en insinuaciones; este último fue liberal, y aristócrata, Aron liberal, ambos tienen en común esa idea de la libertad como fundamental, pero ambigua y más aún, compleja. Sin embargo, Aron no cree en el mito tutelar del Estado y se aleja tanto como puede de los análisis más deterministas de Tocqueville en el segundo tomo de su gran obra, *La democracia en América*. Debemos recordar que Aron no solo es influido por Marx en relación con la crítica de la formalidad democrática, sino también por Max Weber desde su paso por Alemania en el plano tanto de la política como ciencia, como del riesgo que implica la racionalidad de la jaula de hierro. Aron rechaza el positivismo de Durkheim en tanto asume la complejidad como operador teórico básico. Al observar estas realidades se deben hacer modelos complejos que apoyan el estudio y comprensión, pero jamás son esa realidad. Pero Aron no

cuestiona los paradigmas científicos, sino la ensoñación de cientificidad de muchos cuerpos teóricos que creen pronosticar el futuro.

La historia sería el encuentro de grandes flujos como la economía, la política o la guerra. Vimos que, respecto a cada una de estas tendencias de la realidad, Aron se formó con visión singular. Pero no a la usanza relativista como se ha señalado, sino probabilística. De Kant se dijo en el siglo XVIII que era un relativista, reproche tan injusto como torpe. Aron sabía no solo que la verdad sobre lo real está acotada por procesos, hechos, datos que, al ser interpretados, aportan una visión; pero esta última no es ni absolutamente libre, y menos, es un capricho sin fundamentos.

Recordemos que ya desde Alemania, en la década de 1930, Aron se nutrió de los enfoques de Heinrich Rickert, Georg Simmel y Max Weber, al tiempo que, en medio del debate del historicismo alemán, sería de alguna forma una fuente de arranque para su filosofía de la historia. Se ha señalado que mientras Aron hacía estas incursiones, Sartre se implicó en la lectura de Edmund Husserl y en los campos fenomenológicos, que sería una de las fuentes luego de Martin Heidegger. Pero hay en muchas ocasiones en Aron una esperanza kantiana en un fin mejor de la humanidad, más allá de las crisis y sin sentidos de la historia real, desde una aproximación de idealismo trascendental. Los valores aún en su abstracción son los que permiten la posibilidad del juicio histórico; en ausencia de valores, la realidad es un tumulto de hechos y cosas sin jerarquía. No obstante, los imperativos morales no son para Aron las únicas pistas e indicaciones para la acción, también está el amplio campo de referencia que tiene que ver con las consecuencias de esa acción, en unos contextos de complejidad y bruma sobre la realidad misma. En el mundo de él, en su tiempo, tiene pocos países que tengan en su visión un estatus liberal; es decir, sabe que las formas políticas de las sociedades liberales existen en pocos países y son además frágiles.

Estudió el marxismo en Marx, y conoce bastante los textos leninistas que de pronto parece comparar con Maquiavelo; pero cree que es virtualmente imposible una revolución como la que se anuncia desde la izquierda mundial. Considera que la misma idea de revolución es

singularmente genérica y difusa. Al final no acepta que la historia humana pueda ser dirigida en un sentido específico, menos desde la voluntad política de partidos y sistemas. Cuando estudia con fines de comprensión estructural los hechos de la historia, prefiere en polémica con el peso que se le da al relato de los hechos más generales, toma unos hechos singulares con valor demostrativo que le permitan comprender lo estructural desde lo singular. Esto está en correspondencia con sus trabajos en las *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*.³¹

Se extiende en polémica contra la reflexión que parten de lo general, para con una pretendida carga arribar a lo específico. El microacontecimiento —nos dice— nunca es un fenómeno sin carga teórica, no se trata de empirismo, es antes que nada una reconstrucción con teoría y conceptos adecuados. Desde luego, hay temas que tienen una singular complejidad como el del modo de producción, o el sistema de relaciones internacionales frente a otros que son más específicos como el de batalla. Pero Aron se sitúa por partir de lo más modesto, y no de lo más complejo y amplio. Es evidente que se está hablando de nociones con identidad en el tiempo, como la historia de Alemania, Francia o China; es decir, que es posible discernir una continuidad. En singular hay unas nociones también que son específicas e informan con cierto rigor sobre lo que se enuncia. Cuando decimos —señala Aron— batalla de Maratón, sabemos lo que es una batalla y también que esta batalla comparte los rasgos con la de Austerlitz. Todo acontecimiento se ubica dentro de un sistema más amplio; desde ese acontecimiento, el sistema es un modo general de ubicación teórica, histórica y de sentidos. Estamos frente a una visión epistemológica central en el estilo de Aron. Refiriéndose a Carl Hempel, dice que la generalidad es la premisa del saber científico sobre lo singular.

También, desde un alto nivel de abstracción, se refiere a sir Karl Popper, e incluso indica el legendario debate entre Popper y Herbert Marcuse en Alemania a principio de la década de 1960, que se sitúa

31 Ver más en Aron, R. (1996). *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

en una línea de defensa de su propia situación intelectual frente a la historia como campo de saber. La historia humana está realizada como una originalidad, solo ocurre una vez, no se repite, ya que esto implicaría una reiteración, como señala Popper. También consigna que es posible definir tendencias generales de la evolución, pero lo que denominamos futuro es, en rigor, impredecible. Ahora, la refutación se hace muy contundente frente a posturas muy escolares de las leyes históricas de la humanidad.

Pero resalta Aron que la multiplicidad de acciones individuales, en términos de racionalidades individuales, termine por afectar los intereses más globales de la tasa de ganancia que él utiliza como ejemplo que, en su extremo, podría denominarse una ley de autodestrucción del capitalismo. Es decir, se verificaría una ley sobre las múltiples acciones individuales racionales que gestaría una irracionalidad general. Él nos señala que lo que Popper desea criticar es la secuencia marxista del mundo antiguo, el feudalismo de este al capitalismo, y así hasta llegar al socialismo. Lo critica Popper en tanto modelo lineal que podría tener otras múltiples derivadas y opciones generales que no están inscritas en alguna fatalidad o profetismo histórico. Pero resume la temática muy en general, señalando que la explicación en ciencias sociales es “descubrir simultáneamente las intenciones de los actores y el mecanismo mediante el cual los actores construyeron un mundo diferente del que tenían la intención de construir. La alternancia de la explicación por las intenciones y la explicación por las consecuencias involuntarias representa la elección entre dos objetivos mayores de conocimiento histórico”.³²

Lo que es fuerte nuevamente en esta alusión es la convicción que no hay un destino predeterminado en los procesos humanos. En su extensa biografía, Aron comenta que alrededor de la crítica de la razón histórica, este programa emerge en su forma actual, desde Wilhelm Dilthey y arriba a la crítica sartreana de la razón dialéctica, cuyo programa es elaborar una teoría al nivel de la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant, como fundamento amplio de las ciencias del espíritu, donde y a partir de ella se pudiera confirmar la verosimilitud

32 *Ibid.*

y verdad de estas ciencias, y tomar conciencia de sus límites de comprensión y pronóstico en la línea indirecta de la cita anterior. Desde luego, resuenan aquí nuevamente las tesis del historicismo alemán en un plano muy amplio de visión filosófica.

Hablando sobre “a propósito de la teoría pura”,³³ Aron señala lo que es una de las posturas más permanente de su obra: la teoría política. Tampoco la elaboración conceptual logra la neutralidad que se declara desde ese enfoque. Enfatiza que la ciencia entrega los datos necesarios para acciones racionales y razonables, pero no puede determinar una conducta racional.³⁴ Con todas las ideas que contienen las afirmaciones en el caso Max Weber, llamada racional en función de fines, y en el caso de Wilfredo Pareto, conducta lógica, se vinculan en un ámbito importante para lo que señalamos. El referido a saber si es inteligible a la conducta social y, ¿cuál es el tipo de conocimiento científico sobre lo social? Los modelos lógicos de la acción política en términos de su formulación terminan con frecuencia en ser aplicados desde pasiones e intereses muy limitados, y obteniendo resultados para nada buscados por los actores que lo conducen. Regresemos al punto de la posibilidad de la neutralidad que daría sustentación a la idea de la objetividad. Todo actor en toda circunstancia histórica está inmerso en un océano de hechos al interior de lo cual la objetividad que produciría efectos deseados y objetivos perseguidos sin derivas, es imposible.

“Lo primero que observo, al considerar la posición del género humano, es una contradicción manifiesta en su constitución, que la hace siempre vacilante. De hombre a hombre, vivimos en el estado civil y sometidos a las leyes; de pueblo, cada una goza de la libertad natural; lo que en el fondo hace que nuestra situación sea peor de lo que sería si esas distinciones fueran desconocidas”. Este párrafo, citando a Jean-Jacques Rousseau, lo extraíamos del texto la *Paz y Guerra entre las naciones*, y era parte del acuerdo con los editores de un manuscrito que Aron se encontraba preparando al momento de su muerte. Al tomar el pensamiento de Rousseau, concentra la reflexión

33 Ver más en Aron, R. (1972). *Estudios políticos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

34 *Ibid.*, p. 165.

en que la guerra no es un asunto entre individuos, sino entre Estados. Estos Estados son los actores relevantes del sistema internacional.

La guerra es un conflicto armado entre naciones. También regresa con un argumento común en él en otros texto y entrevistas, y consigna que “la guerra no es un asunto, es un evento de fuerzas armadas más o menos regulares y armadas al amparo de una unidad política que la dirige. Ni los asesinatos, ni el terrorismo, ni la competencia, económica, constituyen una guerra”. Esto es sustantivo en varios aspectos que requieren unos comentarios.

La noción de guerra en sentido histórico y teórico riguroso alude a un choque entre Estados; es decir, se dan entre unidades políticas. Esta unidad histórica que denominamos Estado es también el lugar que garantiza de cierta forma la identidad cultural propia de un grupo con historia común. Por más que ciclos largos pretendan difuminar esas historias, como ocurrió luego de la disgregación con varias nacionalidades de la URSS, las guerras civiles tan comunes, como las que se dan entre Estados, se producen por una fractura vertical en principio dentro del Estado y la sociedad, que acude a las armas para definir la suerte de un conflicto sin solución en el acuerdo por dentro del sistema político. Pero retomando el punto de la incertidumbre, también acontece que el Estado y él dentro de un sistema internacional, es un actor al interior del cual hay fracciones, errores y grupos de poder en pugna de diversos niveles y gravedad; por esto, es también una institución que, a pesar de ser el lugar teórico de la gran racionalidad política, el asunto es que no siempre es así. Hay una singularidad destacable en las relaciones internacionales, entre el diplomático y el soldado.

Las relaciones internacionales siempre tienen la figura de la guerra detrás de sus grandes determinaciones. De aquí se infiere esa subcultura diplomática, ese recatado lenguaje y singular medida en sus actos. Los Estados que son parte legítima de un sistema interestatal precipitan acciones sobre las bases de cálculos racionales, pero estas iniciativas tienen variados efectos no deseados que, a su vez, articulan fuerzas internas en la nación y el propio Estado, que hacen referencia a disputas por la hegemonía del poder político.

Pero hay, además, otro plano del tema de la dirección política y las incertidumbres que Aron destaca en *Paz y Guerra entre las naciones*, que se puede observar en todos los sistemas políticos, pero mucho más en los sistemas autoritarios. Nos referimos al miedo, al temor de tener opiniones diferentes al líder o a la mayoría. En efecto, en teoría un Gobierno es también un dispositivo de producir saber relevante, y desde ahí tomar las decisiones menos equivocadas en los planos nacionales e internacionales. Cuando esto no ocurre, entonces predomina la mediocridad y la trivialización de los asuntos de Estado, llegando en muchos casos a gestar francos errores. El miedo es un instrumento de unidad forzada en muchos malos Gobiernos y termina por debilitar la legitimidad básica de este. La negativa a la obediencia se paga a precio alto en términos individuales y grupales, pero aquí se funda otro tipo de error situado en la inhibición de las capacidades; y, partir de esto, lo frecuente es no reconocer el error, y por ello asistir en él mismo, o en algo muy próximo a ello.

Hay una deuda con el siglo xx, que es aparentemente teórica hoy, o esencialmente académica, la de pesquisar con rigor, saber cuál fue la naturaleza histórica del régimen soviético durante buena parte de su existencia, —como indicamos en páginas anteriores— a partir de la imposición del estalinismo, cuando todas las oposiciones fueron aniquiladas. La tesis trotskista habló de un Estado obrero burocráticamente distorsionado, es decir, una revolución triunfante que fue expropiada por una burocracia con intereses propios. Luego, en medio del conflicto chino-soviético, los primeros hablaron del socialismo-imperialismo ruso que, en su fórmula, nos recuerda la patética tesis del socialfacismo, con la cual los comunistas alemanes caracterizaron a la socialdemocracia de su país en las décadas de 1920 y 1930, cuyos graves resultados se conocen. En Occidente se habló de las dictaduras comunistas y autoritarismos tanto como de totalitarismos, de consistencia poco rigurosa en muchos casos, enfatizando en la forma de control político desde la cúspide, sin alternativas o disidencias internas aceptadas y legitimadas como parte de la práctica política. Pero no es que a Raymond Aron este asunto no le preocupe, sino que lo considera difícil de arribar a definiciones plenas claras y duraderas.

Si partimos, en términos generales, que el ritmo de expansión del orden del capitalismo durante el siglo xx fue dándose en medio de guerras y crisis largas de la economía mundial, podríamos situar a las revoluciones como ensayos primarios por alterar ese orden desde unos modelos alternativos de orden social. Esos intentos se pensaron y se dieron en términos prácticos como fracturas de los sistemas sociales anteriores que, como se sabe, irrumpieron por los espacios más débiles y pobres del conjunto del orden mundial, es decir, ahí donde el Estado y sus instituciones tenían graves debilidades y las carencias de libertad y condiciones de vida eran graves.

Si bien este cuadro era muy general a escala mundial, la ruptura revolucionaria se dio con presencia de otra condición clave: la existencia de una fuerza política o de un conjunto de estas en disposición de articular esas energías disidentes y dispersas. Pero el orden que surgió estuvo marcado por las carencias materiales virtualmente en todos los casos. Esto implicó que estas revoluciones se abocaran al desarrollo básico de su territorio, y estuvieran lejos de la abundancia. Sin embargo, no fue lo único; también esa pobreza material aludía a una falta de desarrollo político-histórico de amplios sectores de la población, con lo cual, luego de los primeros años, se concentró el poder efectivo en una fracción proveniente del ciclo más original del proceso, y luego ese grupo se reprodujo a partir de sus formas de reclutamiento dando lugar a una burocracia. Las formas en que esto ocurrió fueron diversas de acuerdo con las historias nacionales, pero el patrón es bastante común.

La URSS fue un inmenso territorio resaltado siempre como hecho básico por Aron, el denominado eslabón que rompió con el orden internacional del siglo xx, y luego se configuró como lo que se calificó como una de las dos superpotencias. Esto no ocurrió en todo caso con China, que por su peso geopolítico logró independencia, y tampoco con la Yugoslavia de ese tiempo. Raymond Aron destaca estas autonomías como acciones desde las lógicas de poder realista.

No obstante, se genera una singular paradoja, el marxismo denominado soviético fue, si miramos sus producciones teóricas y más aún su acción práctica, una doctrina de gran potencia explicada con

gramática de izquierda, pero que en un campo mundial de conflictos era uno de los polos de poder, y por esto, contrapeso del otro que fue Estado Unidos. Desde luego, Rusia generó admiración y adscripción desde esta situación estratégica en millones de personas en todo el mundo, y fue aborrecida por muchos también como la causa conspirativa de revoluciones revueltas y pugnas; pero en rigor, Rusia solo jugó en los lugares en los que no se pusiera en riesgo el espíritu de Yalta, en tanto ella misma le exigía al mundo Atlántico que no interfirieran en su zona de influencia.

Fue un inmenso intento de otra formación social e histórica que irrumpía en nombre del socialismo de Carlos Marx. Pero en términos prácticos, fue una potencia alternativa a Occidente dentro de un mismo mercado mundial y orden internacional. Esto, desde luego, nos sitúa en el campo siempre difícil de la filosofía de la historia humana.

La fundada crítica de Raymond Aron al marxismo soviético —la de Marcuse desde otro enfoque, es amplia y de gran calado—, se centra, antes que nada, en la política en Rusia del Partido Comunista y en la política intencional del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) hacia la Europa del Este. Creemos que no observa más abajo lo que ocurre con las búsquedas, muchas veces frágiles, pero reales en las periferias del sistema mundial.

Convengamos que la mirada de Aron se centra en el conflicto del Este y Oeste, desde este plano mantiene un enfoque de gran política y geopolítica de los procesos mundiales entre potencias, y no incorpora, debido a su enfoque, el ámbito de las tensiones sociales exceptuando en temas que logran instalarse como hechos decisivos, como el 1968 en Francia, las contraculturas en Estados Unidos, las movilizaciones por los derechos civiles. Pero sabemos que junto a esta existían múltiples movimientos sociales y culturales en desplazamiento.

Es extraño que Aron no dedicara un trabajo de fondo a la relación profunda que hay entre nazismo y genocidio. Nos referimos a cómo en el programa nazi existe una ecología de control de los cuerpos y desechos de aquellos que no son considerados una raza inferior, como eran los judíos, los gitanos y los esclavos. Particularmente, a los primeros se les adjudicaba ser los promotores de teorías universales

que ablandan la voluntad de lucha de los pueblos, y usarlas para someter por las vías de estas ideas universalistas.³⁵ Aron indica que se siente más francés que judío, pero no es desde esta afirmación que formulamos esta duda, sino desde el intelectual que tiene muy claro las barbaries del totalitarismo y la derrota de la razón. Tendemos a suponer que en esto hay una dificultad de análisis, en tanto la evolución monstruosa del régimen nazi estaba inscrita como posibilidad en la lógica autoritaria del propio gran capitalismo alemán. Sin incursionar en planos psicológicos siempre muy laxos analíticamente, recordemos que fueron excesivamente pocos los que advirtieron la guerra que se venía y sus contenidos más bestiales. Esta falta de visión de la política y los políticos nos habla de las dificultades del análisis global de la política, también como espacio de los extremos. Por otra parte, el genocidio perpetrado por los nazis arrasó no solo con la razón occidental en términos filosóficos —Georg Lukács—, sino, además, las tesis principales de la democracia liberal que Aron defendía con vigor.

Se puede postular que, en el mundo, de haber triunfado el nazismo, hubiera ingresado a un estado de decadencia civilizatoria y de guerra civil prolongada, cuyos efectos de más largo plazo estamos lejos conocer.

Como con otros autores clásicos, incluido Maquiavelo, Marx, Tocqueville, Weber, se suele debatir durante largos tiempos el significado de afirmaciones, conceptos y temas, como si se buscara un nudo explicativo mágico que iluminara la producción general de cada uno de ellos.

La astucia intelectual de Raymond Aron, al trabajar sobre Clausewitz durante largo tiempo, no cierra ningún círculo de hipótesis sobre el mariscal prusiano, sino que problematiza, obliga a repensarlo, a evaluar a Clausewitz en dos contextos históricos diversos: el que le tocó vivir en los años de las guerras napoleónicas, y al Clausewitz de Aron, que no es transportado al siglo xx de manera automática sino en tensión. Aron resalta la influencia de Maquiavelo sobre

35 Al respecto, ver Snyder, T. (2015). *Tierra negra. El Holocausto como historia y advertencia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Clausewitz, pero el posible *Del Arte de la guerra* (1520) de Maquiavelo, no es catalogable en términos globales al *De la guerra* de Clausewitz de 1832. No se trata en esencia de dos tipos de guerras diversas, sino de dos climas políticos distantes; por ello, las referencias no solo deben buscar la pertinencia, sino fundamentarse. Para Maquiavelo el propósito político respalda el uso de los medios para su logro, aquí hay una articulación entre la posibilidad de contar con esos medios, su dirección y la obtención de unos logros deseados que, en el caso de Nicolás Maquiavelo, se despliegan en dos temporalidades: la defensa de Florencia y su independencia; y la idea permanente de república. Para Clausewitz, la guerra es la continuación de la política a través de otros medios, no solo es siempre política la guerra, sino que debe pensarse la guerra en el contexto más general de los procesos políticos de una nación y pueblo. Aun en el caso clausewitziano del ascenso hacia los extremos, la política se ubica desde la lógica gubernamental como la gran variable del sentido de la prudencia que evita que este ascenso culmine en la metafísica de una situación de infinita violencia.

Hay por ello en el *De la guerra* un sentido de la política y de lo político, no solo porque los objetivos son de esa naturaleza, sino también porque los medios y fines aluden, si se quiere, a una racionalidad, aun en el contexto de la Guerra Fría. La política fue la responsable de la paz y la que evitó la extensión de los conflictos locales hacia su culminación nuclear, como podría haber ocurrido con la crisis de los misiles en 1962 en Cuba.

Hasta hoy, el *Tratado* es un texto que suele ser tipificado como antiguo, denso, e incluso confuso. Se le adjudica un giro filosófico vinculado tanto a Kant como Hegel o Fichte. Esta trivialización suele ser genéricamente argumentada o parcialmente sostenida, aludiendo a párrafos o partes muy básicas del texto. Queremos destacar que quizás unos de los asuntos que más concurre en estas tipologías de opiniones es la relativa decadencia de las teorías frente al empirismo en boga en temas políticos y de relaciones internacionales, en los que pareciera que se desean más fórmulas que modelos de análisis.

Concurren en estas clasificaciones, por lo menos, los siguientes tipos de visiones. Se lee observando los fundamentales cambios en los modelos estratégicos de las guerras contemporáneas. Si se mira desde ahí como centro de análisis, desde luego, muchas definiciones y ejemplos están caducos, pero no es ese el sentido de la obra en sí, tampoco el que le otorga Aron. El escrito está elaborado con enorme paciencia intelectual buscando las categorías que saquen la lógica propuesta del estilo de un “manual de artillería”. Lo que se piensa es el fenómeno de la guerra desde la conducción siempre política del fenómeno, pero al hacerlo, se ponen en crisis y dudas dogmas en uso en los tiempos que Clausewitz los escribió.

Es singular también que, frente a otros escritos relevantes del pensamiento moderno en sus orígenes como *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, se ha trivializado esta obra como un texto que alimenta la maldad y la manipulación, cuando lo que está haciendo es fundar la ciencia política moderna. En el caso de la obra de Marx, ha sido más difícil la manipulación simplificadora. Estos textos, un tanto canónicos, alteran los saberes previos y construyen no solo marcos de referencias nuevos, además incrustan categorías que apoyan nuevas epistemologías de análisis. Con Maquiavelo, son quizás las nociones de virtud y necesidad; con Clausewitz, el operador esencial es el duelo; con Marx, la explotación de la fuerza de trabajo, pero aun así, ninguno de ellos puede ser reducido a una sola noción fundamental, ya que se trata de teorías amplias que contienen fundamentos históricos, teóricos y actuales en un juego no lineal. En todos ellos la relación entre voluntad y posibilidad de determinación y azar, o entre pasado y presente como grandes ámbitos, se alteran siendo ese pasado susceptible de ser interpretado de otra forma y el presente más abierto a la acción humana de acuerdo con el autor.

Para Tocqueville, la vida y sentido del ciudadano moderno se reconfiguró cada vez más indiferente en relación con los asuntos de Estado y de la política, gracias al afán del éxito privado y personal. Esta filosofía de vida política le pide al orden político tranquilidad, respeto a la propiedad y los derechos civiles básicos. Ya no es el orden activo y protagónico del ciudadano de la Revolución francesa. Este individualismo activo es interesante, en tanto refiere y se infiere

de las observaciones de Tocqueville sobre la naturaleza original de la Revolución estadounidense. Serían siervos de la democracia, una forma de servidumbre de nuevo tipo frente a un despotismo dulce, lo que lleva a que las formas de dominio fueran blandas e impersonales. La nación estadounidense es contraria a la revolución en la medida en que esto altera el orden de los asuntos privados, como son la vida y sus negocios. Desde ahí, se debería ver al imperio estadounidense como uno de igualdad política y social. Para Tocqueville, la era de las revoluciones ha terminado, lo que importa resaltar es que junto con lo anterior se terminó, para nuestro autor también, la época de las grandes guerras.

La nación estadounidense evidencia que cuando predomina la democracia, también lo hace la paz; se neutralizan las rebeliones, se moderan las pasiones, no se busca la guerra como un tema de honor aristocrático, sino que se quiere la paz para la vida estable. En fin, se da una ética casi utilitaria que se extiende a las relaciones exteriores, que se refiere a la neutralidad frente al belicismo de Europa. Aunque Tocqueville también piensa que el poder aristocrático está más adaptado a las lógicas de las relaciones internacionales, en las que hay un clima de la clase guerrera de la nobleza que está más próximo a la nobleza. Lo que importa aquí es que el ámbito de las relaciones internacionales, se apegan más al interés duro de Estado, y es más próximo al conflicto y a la guerra, que la política interior más próxima a la paz y las personas.

Afirma que un pueblo democrático no está preparado para la guerra,³⁶ la aborrece y evita; tanto su espíritu político como militar se debilita con la paz democrática. Este análisis agudo y profundo de Tocqueville es relevante en tanto se contradice en mucho con lo que ocurre en el siglo xx en Estados Unidos. Pero, por otra parte, sí es certero en cuanto al tipo de ciudadano del liberalismo del siglo pasado y de este sí.

Las revoluciones, desde la inglesa hasta hoy, son procesos contradictorios en tanto apelan a la libertad y, en muchos casos, la

36 Ver más en Fernández, J. (2005). *Las guerras de la política: Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.

clausuran. Buscan la paz y deben, en otros tantos, hacer la guerra interna o civil, y la guerra externa y ofensiva. Debe revisar constantemente su propia marcha y revisar sus legados, y practicar para no traicionar sus manifiestos. Sin embargo, esa renuncia o giros de caminar son parte de su lógica más profunda, la cual es de crisis y de autoconservación. Ofrecen el futuro en virtud del sacrificio presente, pero ese futuro suele alargarse y, en ocasiones, difuminarse en las lógicas del Estado y el poder.

Las causas de las revoluciones no obedecen a un esquema o patrón generalizable para cada caso, están los factores internos y los internacionales; pero en el caso francés, fue el derroche y la miseria de los campesinos, junto con la existencia de un grupo radical y legitimado. En el caso ruso, desde luego, intervino la Primera Guerra Mundial y la crisis de legitimidad del Estado y las clases gobernantes. En China, la crisis larga de una formación imperial histórica y la guerra con Japón, pero, aun así, es difícil saber los pesos específicos de cada variable fundamental.

Aquí se debe hacer una distinción de fondo, ¿es efectivamente Francia la que pone en cambio y crisis el orden europeo? ¿La que desea alterar las cuotas de poder desde Luis IV? Pensando a Clausewitz desde Aron, nuestra idea es que los riesgos del orden europeo desde antes de la Revolución francesa y, desde luego, a partir de ella, eran Rusia e Inglaterra. La primera por el enorme atraso interno de su formación histórica, tanto por la magnitud de sus población y geografía, como por las tendencias por arriba de modernidad que emergían. En el caso de Inglaterra, su situación de poder y control comercial, diplomático y económico, le exigía una constante intervención en los asuntos de otros Estados, y con ello de múltiples roces y conflictos.

Sobre los asuntos de las definiciones de la estrategia y la táctica hasta hoy, se pueden observar variadas adscripciones y modelos que, en algunos casos, sucumben a lógicas normativas más que de análisis y sentidos. La guerra en Clausewitz no estalla, se verifica a través de un proceso cuya esencia es política. Esta empresa tiene como objetivo central doblegar la voluntad de lucha y resistencia del adversario a través de la fuerza, abatirlo y someterlo a nuestra voluntad. Esta

intensidad del fenómeno tiende a llevar a la guerra a los extremos, al uso sin límite de las fuerzas; por ello, se busca el aniquilamiento total de contendor. La dificultad de medir y analizar el despliegue y usos de la fuerza moral del otro, de manera tan empírica como su fuerza material, impele a poner toda la voluntad y recursos en juego para lograr su derrota. Pero en virtud de que la guerra no estalla, y que se deben distribuir los recursos en secuencias de encuentros y jamás de una sola vez, así como que los resultados del vencido pueden ser morigerados por los logros de la paz. Estos no son nunca absolutos o irreversibles en el largo plazo, pero más significante aún, al estar dirigidas por una voluntad de Estado y, por ello por la política, la guerra absoluta se va graduando en virtud de la dirección política de los asuntos reales.

Clausewitz analiza la guerra en tanto arte desde dos elementos fundamentales: la estrategia y la táctica, vinculadas a las nociones de distribución general del tiempo, espacio y recursos, como de fines y medios. La estrategia tiene como fin último la victoria de la paz; la táctica el uso racional de la violencia. Así, el fin de la estrategia es la imposición de nuestra voluntad y de la paz en un diseño global de uso de las fuerzas en el tiempo y el espacio; y la táctica, el arte de la dirección de los encuentro y combates.

En la noción de guerra llevada a sus extremos, o absoluta, se quiere el abatimiento total del enemigo, por lo cual se emplea toda la fuerza posible. Pero en la guerra real, al estar implicado todo el despliegue desde la voluntad y racionalidad de la política, la fuerza es un medio que se usa en tanto y dentro de una racionalidad política, que gradúa de acuerdo con objetivos políticos su uso total o parcial. La estrategia está implicada en la gran política de Estado, y la táctica en la conducción de las operaciones dentro de un contexto político. La guerra es un choque entre Estados a través de sus fuerzas armadas. Tenemos claro que en el siglo xx y XXI se deberían incorporar otras variables, pero opinamos que, dentro de dos líneas gruesas, la guerra asume la forma de un duelo de voluntades y se da al amparo de la dirección política. Esto no soslaya la tensión real entre los objetivos políticos centrales de la guerra y los militares, como pone en evidencia la historia. Como el propio Aron nos recuerda sobre el caso

alemán en la Primera Guerra Mundial, particularmente a partir de 1917, la guerra no es una realidad autónoma, y cada concepto de la política y la guerra están implicadas y afectados por otras categorías y definiciones. El rigor en estos casos es una gran cuestión de matices y problematizaciones analítica e históricas.

Clausewitz, enfatiza Aron, utiliza las sugerencias de la dialéctica bajo el estilo de la duplicidad de los conceptos de análisis, pero lo hace a su modo: duelo-guerra-medio-fin. Este juego de categorías diferentes y en clara oposición no es el estilo más sofisticado de la filosofía alemana, como ocurre con Kant, Hegel o Fichte, sino en las alternativas analíticas del tipo defensa-ataque político-guerra; el uso de categorías polares. Pero la obra de Clausewitz no está trabajada desde la filosofía académica, sino desde la política, la historia militar y sus propias experiencias.

Insistamos que Clausewitz y Fichte analizaban la situación alemana desde el drama y la urgencia de una verdadera catástrofe; Aron lo examina con profundidad: Prusia derrotada, sometida y sin programa de liberación frente a las fuerzas. Las lecturas y elaboraciones que ambos hacen sobre Maquiavelo se tensan desde el propósito de la liberación nacional, y es desde aquí que Clausewitz se ubica para sugerir la formación de una milicia territorial, observando las formas partisanas del pueblo español contra las tropas francesas. Clausewitz señala que la guerra no “es un juego de ajedrez; la guerra es una lucha de fuerzas tanto físicas como intelectuales y morales”. La fuerza es, en la medida que es un duelo, un choque físico, pero la guerra real se establece en virtud de una política. Esa insistencia refiere —creemos— a una lectura rigurosa de Maquiavelo, el cual enfrentaba el gran tema de formar una fuerza no mercenaria como sustrato de una unificación nacional.

Los sistemas del tipo que sean, geométricos o ultraformalizados que Aron subestima, expresan en la guerra de forma directa la falta de análisis real del objeto de la guerra y se refieren a la pérdida de sentido y agudeza en el estudio del fenómeno. Ni la política o la guerra pueden ser congeladas en fórmulas sofisticadas e irreales. Recordemos que son un arte más que una ciencia. Hay algo en la

mentalidad militar que podría tender al mecanicismo y la reiteración. Es singular que los grandes estrategas son los que innovan, y hacen la guerra de una forma diferente a la última.

Aquí señalemos dos puntos de los análisis tardíos de Aron en relación con Clausewitz. Desde luego, una guerra es una síntesis también de resultados parciales, mirada en sus sentidos políticos y militares. Las batallas se usan para el objetivo de la guerra; la estrategia ordena esos objetivos como vimos antes. Pero cada tiempo en ese orden, desde luego, acumula en el sentido de un final buscado. Si en el último instante se logra una victoria aparentemente sorprendente, es porque se construyó a lo largo de una acumulación de encuentros y no como resultado puro del azar.

Hay que analizar desde sus ángulos de definición y efectos el párrafo anterior. De alguna forma, Aron examina esto en toda su analítica sobre la guerra y la paz: “La destrucción de las fuerzas armadas se extiende más al sentido moral que al sentido material”. El conjunto total de las fuerzas que se ponen en combate y, desde luego, su dirección estratégica y política, busca la derrota moral del contendor. Esto no se logra sin derramar sangre. La fuerza moral permite equilibrar las fuerzas frente al predominio material y logístico; pero, además, la noción de fuerza moral tiene que ver tanto con la confianza de una fuerza como con su grado de unidad interna. El propósito en la guerra real es producir una crisis de confianza, es decir, en un sentido más amplio, una crisis moral en el contendor. Recordemos que el adversario desea quitar algo que yo poseo, por medio de la fuerza en la imagen del duelo. Pero estos adversarios en realidad no son simétricos. Dentro de los recursos de cada cual, la fuerza moral es un tipo de fuerza que alude a los recursos que son la energía esencial de la fuerza de cada duelista; los combates son el medio del que se hace la estrategia, son el momento y lugar en el que se pone en juego la fuerza como totalidad humana, moral, material y de dirección. Clausewitz define al genio militar como el que crea nuevas reglas, formas, visiones, como lo hacía Kant. Esto remite mucho al que es capaz de gestar unos procesos de formación de fuerza moral.

Defensa y ataque constituyen, en el cuadro de las operaciones militares, los conceptos clave por dos razones. Sustituyen la simetría aparente de los luchadores que quieren tumbarse uno al otro por la asimetría política (uno quiere modificar el *statu quo*) y militar (uno toma la iniciativa de invadir el territorio del otro). Más aún, estos dos conceptos se vuelven sobre las dos parejas precedentes evocando la acción recíproca de los duelistas, ya sea de elegir un fin o de imponer la fuerza moral. El actor se determina en relación con el otro. Luego, la relación entre los adversarios está penetrada por la asimetría de la defensa y el ataque.

La teoría de las leyes y las reglas que Aron relativiza siempre no pertenecen, manifiestamente, a la misma categoría que estas tres parejas conceptuales. Incluso me parece difícil diferenciar las leyes y reglas que se aplican a cada uno de los elementos de la extraña trinidad. O, al menos, la única distinción radical es entre las leyes necesarias y las leyes de probabilidad. Pero las primeras no son válidas para los acontecimientos o el devenir, para *das Geschehen*, como lo sugiere Schering; solo son válidas para los objetos intelectuales, para la realidad ideal o intelectual.

Este panorama expuesto en este último capítulo nos permite mostrar el campo intelectual y político de Raymond Aron desde una lógica de hechos e ideas en movimiento, por lo demás nunca unívocos, de forma complementaria al desarrollo del resto de este escrito. Aron es un pensador de inmensa densidad y, desde luego, aquí abarcamos solo aspectos singulares de su larga producción.

Algunas obras de Raymond Aron

El hombre contra los tiranos (1944)

Las guerras en cadena (1951)

El opio de los intelectuales (1955)

Dimensiones de la conciencia histórica (1961)

Paz y guerra entre las naciones (1962)

Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial (1965)

Democracia y totalitarismo (1965)

Las etapas del pensamiento sociológico (1967)

La Révolution introuvable. Réflexions sur la révolution de mai (1968)

Progreso y Desilusión, La dialéctica de la sociedad moderna (1968)

De una Sagrada familia a la otra. Ensayos sobre los marxismos imaginarios (1969)

La libertad, ¿liberal o libertaria? (1972)

Estudios políticos (1972)

La República Imperial (1973)

Pensar la guerra: Clausewitz (1976)

Memorias (1983)

Los últimos años del siglo (1984)

Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución (1997)

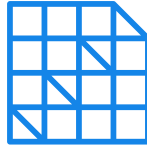
El marxismo de Marx (2002)

Referencias bibliográficas

- Abrisketa, J. (s.f.). *Intervención humanitaria*. Recuperado de <http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrar/131>
- Aron, R. (1955). *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- _____ (1967). *Las etapas del pensamiento sociológico*. España: Tecnos.
- _____ (1968). *La Révolution introuvable. Réflexions sur la révolution de mai*. París: Fayard.
- _____ (1972). *Estudios Políticos*. España: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1973). *Un siglo de guerra total*. Buenos Aires: Editorial Rioplatense.
- _____ (1983). *El Observador comprometido*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- _____ (1985a). *Los últimos años del siglo*. Buenos Aires: Emecé.
- _____ (1985). *Memorias*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____ (1985). *Paz y Guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____ (21 de junio de 1987). *La guerra fría y la crisis de Cuba (1962)*. Recuperado de <https://www.politicaexterior.com/producto/la-guerra-fria-y-la-crisis-de-cuba-1962/>
- _____ (1987). *Pensar la guerra, Clausewitz. Tomo I*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- _____ (1996). *Lecciones sobre la historia. Cursos del College de France*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2010). *El marxismo de Marx*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bert, J. (2008). *Diálogo: Raymond Aron y Michel Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bonaparte, N. (2014). *Memorias de Napoleón*. Barcelona: Biblok Book Export.

- Elía, Ó. (2007). “Pensar la guerra, Clausewitz”: La interpretación aroniana de Vom Kriege. *Anuario Filosófico*, 109-127.
- Esteves Arria, J. (18 de agosto de 2018). *Jean-Paul Sartre y Raymond Aron*. Recuperado de <https://www.analitica.com/opinion/jean-paul-sartre-y-raymond-aron/>
- Fernández, J. (2005). *Las guerras de la política: Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.
- Freud, S. (2011). *Tótem y Tabú*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fukuyama, F. (2002). *El fin del hombre: consecuencias de la revolución biotecnológica*. Barcelona: S.A. Ediciones B.
- García Caneiro, J. (2000). Rousseau y Hegel. En J. García Caneiro, *La Racionalidad de la Guerra. Borrador para una Crítica de la Razón Bélica* (p. 15). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Glucksmann, A. (1969). *El discurso de la Guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Gorbachov, M. (1994). *Memorias de los años decisivos*. Madrid: Globus.
- Gramsci, A. (2003). *Notas sobre Maquiavelo: Sobre la Política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión Argentina.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y Paz en el siglo XXI*. Barcelona: Crítica.
- Howard, M. (2001). *La invención de la paz. Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*. España: Salvat Contemporánea.
- Jünger, E. (2013). *Diario de Guerra (1914-1918)*. Madrid: Tusquets.
- Kant, I. (2016). *La paz perpetua*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kissinger, H. (2012). *China*. España: Penguin Random House Grupo Editorial España.
- Negri, A. (1993). *La anomalía salvaje*. Barcelona: Anthropos.
- _____. (2015). *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. España: Traficantes de Sueños.
- Regan, G. (2001). *Historia de la incompetencia militar*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Rivas, P. (2011). *Aproximación crítica al Análisis Estratégico*. Quito: Ministerio del Interior.

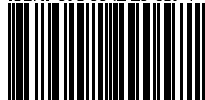
- Snyder, T. (2015). *Tierra negra. El Holocausto como historia y advertencia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Sur, S. (2 de junio de 2013). R. Aron “*Paix et guerre entre les nations*”, *un demi-siècle plus tard*. Recuperado de <https://www.diploweb.com/R-Aron-Paix-et-guerre-entre-les.html>
- Weber, M. (1982). *Alemania entre las grandes potencias europeas*. Ciudad de México: Folios Ediciones.



Regresar sobre las elaboraciones intelectuales de autores clásicos y trascendentes es parte del rigor intelectual de académicos y analistas; pero también es un ejercicio de reflexión de quienes piensan los asuntos humanos desde el plano de las tensiones y pugnas de poder de larga duración. Raymond Aron ha sobrevivido como un clásico indispensable de la creación del análisis histórico y estratégico, en el que el rigor erudito se combina con la agudeza reflexiva que supera las fórmulas y dogmas de muchas doctrinas de las teorías políticas. Resaltar que Aron es uno de los autores más lucidos del pensamiento liberal del siglo XX es insuficiente. También es necesario regresar hoy en tiempos de incertidumbre internacional sobre su amplia obra, así como la búsqueda del diálogo con su voz crítica sobre el despliegue de la historia humana, tanto desde el plano de la política mundial como desde la geopolítica.

El libro *Pensando a Raymond Aron y la guerra de Clausewitz* es un original esfuerzo por ingresar al laboratorio de ideas de un pensador en el sentido más clásico. Se propone estudiar la guerra con base en la analítica del gran estratega prusiano y lo hace desde la historia, la política y las grandes conductas complejas del poder, el Estado y el conflicto.

ISBN: 978-9942-29-057-1



9789942290571